

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR  
FUE

*Amar al  
príncipe*

1

Parte 2

Click  
EDICIONES

# Índice

Dedicatoria

MI ERROR FUE AMAR AL PRÍNCIPE

PARTE II

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Próximamente

Créditos  
Click

Te damos las gracias por adquirir este  
**EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura  
¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**  
**Comparte**

*Dedico esta serie a mis lectores.  
Gracias por estar conmigo en cada  
libro  
y por vuestro cariño y apoyo constante.  
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

**MI ERROR  
FUE AMAR AL PRÍNCIPE**

# PARTE II

# CAPÍTULO 12



Ha pasado un mes desde que se anunció que Liam se había prometido. Desde entonces no hemos vuelto a mediar palabra. Mis ojos no lo han buscado más y las veces que me lo he cruzado, he desviado la mirada. He aprendido a ser fuerte mientras estoy en clase pero, a pesar de ello, cuando estoy sola me acuerdo de él. Yo creía que con el paso de los días dejaría de anhelar su cercanía, dejaría de dolerme tanto verlo con Bianca, pero no es así. Cada vez que los veo juntos, mi corazón sufre.

Mi ritmo en los estudios va bien, ya

que ahora solo vivo para estudiar, o más bien he vuelto a mi vida anterior, a como era antes de conocer a Liam, cuando creía que era feliz estudiando. Ahora sé que no, que fuera de los libros hay una vida y que me gusta vivirla; sin embargo, no tengo fuerzas para otra cosa que no sea sumergirme en mis libros. Mis padres están preocupados. En su presencia trato de disimular mi tristeza, pero a ellos no les engaño, y ahí viene otro problema: creían que esa Elen de sonrisa fácil y ojos iluminados que fui durante un corto periodo de tiempo era por Robert y que ahora, al no estar con él, he vuelto a ser la de siempre.

Me miro en el espejo. He quedado con Laia para salir. No tengo ninguna

gana, la verdad, pero llevaba insistiéndome desde hace varios días y no he podido negarme más. Cuando le conté todo, me preguntó si quería noche de pelis románticas y comida basura, pero le dije que no, pues temo derrumbarme delante de ella y ninguna de las dos estamos preparadas para eso. Cuesta mucho apretar la boca para no llorar cuando un ser querido te pregunta algo tan simple como «¿estás bien?». Es como si esa pregunta tirara de un mazazo el muro con el que has intentado protegerte y tus sentimientos quedaran expuestos a la vista de todos.

Lo peor es que, aunque sé que me dolería seguir quedando con Liam, no paro de mirar el móvil o de esperar que

venga a verme. No comprendo por qué no hemos vuelto a hablar, por qué en su vida ya no hay sitio para mí si solo éramos amigos, si nunca le he hablado de mis sentimientos y, por tanto, no puede saber que verlo solo me haría más daño. ¿Por qué él se ha alejado de mí? Quizás la respuesta sea simple: ahora la tiene a ella. Ya no necesita escapar, ser libre, tener un «respiro». Él la ha elegido y puede que, aunque al principio no le gustara la idea, esté aprendiendo a amarla y solo tenga ojos y tiempo para su prometida.

Salgo hacia casa de Laia y meto las manos en los bolsillos de mi abrigo para resguardarlas del frío. Al hacerlo, toco el pequeño rodillo de madera que me

regaló Liam. Siempre lo llevo conmigo. Es mi amuleto, pues, a pesar de todo, doy gracias a la vida por haberlo conocido. Por haber sentido. Y es que el amor entra en tu corazón sin avisar, sin darte cuenta, pero ya no sale con la misma facilidad.

## LIAM

Me tomo mi copa mientras echo un vistazo por la discoteca. Bianca está a mi lado hablando con una de sus nuevas amigas de universidad. Yo hace rato que dejé de escucharla. Fue ella quien me propuso venir, yo no tenía ganas, me apetecía quedarme estudiando o viendo la tele y, a poder ser, solo. Bianca se ha convertido en mi sombra, lo cual me

hace sentir inquieto constantemente. De hecho, ninguno de los dos es feliz con esto: cuando Bianca cree que no la observo, puedo ver en sus ojos un gran pesar. Pero sé que la obligan a comportarse así y que no puede dejar de hacerlo. Su padre viene de tanto en tanto para ver cómo va nuestra relación y el mío le manda informes regularmente. Es horrible. Me gustaría culparla por mi situación; sin embargo, he encontrado en ella a alguien que me entiende en silencio. Ambos estamos haciendo lo que se espera de nosotros y se ha convertido en una amiga. Incluso me gusta lo que atisbo de ella cuando no interpreta el papel de mujer perfecta. Pero esto no es amor. En cuanto paso

más de media hora solo en su compañía, mi mente no para de crear excusas convincentes para salir corriendo. Trato de llevarlo lo mejor que puedo, pero no hay día que no odie haber tenido que tomar esta decisión. Mi padre ya me ha dado consejos para evitarla después de la boda: viajar o, mejor aún, mandarla a ella de viaje. Al principio me sorprendieron sus comentarios, pero luego me di cuenta de que en mi interior los veía bien.

—Voy a por algo de beber.

Bianca solo asiente conforme. Le sonrío y salgo de aquí. Con suerte no me seguirá. Para mi alivio, se queda en la mesa hablando con nuestras compañeras de clase, o más bien escuchándolas.

Bianca no habla mucho con la gente, se muestra siempre fría y distante. Digna hija de un duque. Todo fachada, pero nadie lo sabe y yo no voy a delatarla.

Llego a la barra, me pido lo mismo que estaba tomando y, cuando me lo ponen, me giro para mirar la sala. Está llena de gente. Doy un trago a la bebida y casi me atraganto cuando... Miro otra vez pensando que se trata de una broma, pero no lo es. Ante mí, en una de las mesas, está Elen apostando copas con la que supongo es su amiga Laia; ambas riendo y rodeadas de un grupo de chicos que no paran de mirar sus escotes sin que ellas se den cuenta. Elen se toma otro de los chupitos y rompe a reír. ¿Qué hace aquí? Me empiezo a acercar, pero

entonces alguien se me adelanta y ese alguien no es otro que Adair. Toma la botella y, tras dársela al primer camarero que pasa por su lado, mira a ambas con cara de enfado. Laia se ríe en su cara y Elen la imita. Cuando Laia hace amago de apartarse de su lado, Adair la agarra; Elen recoge sus cosas y trata también de irse, pero yo llego antes y la sujeto por los hombros.

—La fiesta ha acabado, Elen.

La sonrisa de Elen se trasforma en un rictus de odio e intenta zafarse de mi agarre.

Llevo un mes alejado de ella, precisamente porque deseaba hacer justamente lo contrario. No he dejado de pensar en ella, de echarla de menos, y

eso no me beneficia en nada cuando estoy intentando asumir el destino que se me ha impuesto.

—¿Me echas una mano para llevarlas a mi coche? —me pregunta Adair.

—Claro.

—¡Déjame en paz!! —me espeta Elen.

La ignoro y la arrastro fuera de aquí siguiendo a Adair, que lleva a Laia. Cuando llegamos a su coche, Elen se suelta y va hacia el coche sin mí con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Déjame en paz!

—No deberías beber tanto, esto no es propio de ti.

—¡Todo es por tu culpa! Te odio,

Liam —me grita, y sus palabras se me clavan en el corazón.

—Elen...

—Quiero dejar de sentir..., duele..., duele mucho... ¿Por qué apareciste en mi vida? Yo antes era feliz porque no sabía lo feliz que se podía llegar a ser, por eso no podía extrañarlo. Pero por tu culpa lo he conocido, y por tu culpa lo extraño cada día que pasa. ¡¡Todo esto es por tu culpa, Liam!! Quiero que te alejes de mí para siempre.

—Tranquila, no volveré a acercarme a ti.

Elen abre la puerta y yo me quedo mirando sintiendo un gran peso en mi interior y un profundo dolor en el pecho, pues pienso lo mismo que ella: de no

haberla conocido, ahora mi vida sería más llevadera pues, como ella bien ha dicho, es difícil añorar lo que no se ha conocido.

Me quedo parado en medio de la calle incluso después de que el coche se aleje, preguntándome por qué el destino es tan caprichoso y sabiendo que, pese a todo, conocerla es lo mejor que me ha pasado en la vida.

## **ELEN**

Me despierto con un intenso dolor de cabeza y la boca seca. Bebo un poco de agua de la botella que tengo en la mesilla sintiendo como si la cabeza me fuera a estallar. La luz que se filtra por la ventana me hace cerrar los ojos con

fuerza. Me pregunto en qué momento se me ocurrió seguirle el juego a Laia. Ninguna de las dos sabía lo que hacía — nunca habíamos bebido y creíamos que un chupito no haría daño—, pero estaba rico y detrás de uno vino otro. Mientras nos los bebíamos no sentíamos nada, ni ella ni yo, hasta que llegó un momento en que perdí la cuenta y me olvidé de todo lo demás.

Me siento en la cama intentando aplacar la jaqueca y las náuseas, sintiéndome tremendamente irresponsable. Tengo claro que nunca más volveré a beber. ¡Ni siquiera sé cómo llegué a mi casa! Creo que Adair me trajo en coche con cara de pocos amigos... Me parece que Laia le besó

cuando la dejó en su casa, o lo intentó al menos, y él la apartó de su lado; y que ella le llamó idiota y le preguntó si era gay. Me llevo la mano a la cabeza intentando hacer memoria mientras comienzo a buscar en el armario algo que ponerme. Y de pronto, me quedo impactada. Recuerdo a Liam. Lo que le dije. Y ahora, sin los efectos del alcohol, soy capaz de ver que su mirada se tiñó de dolor. ¿Cómo pude decirle todo eso? Porque es la verdad, supongo; yo solo le di voz. Y también recuerdo que... ¿le dije que le odio? Me siento en la cama mortificada. Liam no se merecía mis palabras...

Cojo el móvil de la mesilla de noche y con muchas dudas tecleo un

corto mensaje y se lo envió antes de arrepentirme. Le he puesto:

«Lo siento, me arrepiento de lo que te dije.»

Vuelvo a dejar el móvil sobre la mesilla y voy hacia el baño para darme una larga ducha. Cuando salgo, veo a mi madre en el pasillo mirándome con cara de pocos amigos.

—No tienes buena cara.

—No me siento bien.

—No me extraña. Te he dejado una infusión en tu cuarto. Tómatela y que esto te sirva de lección para no beber nunca más.

—Tranquila, ya me ha servido. Se nos fue de las manos.

—¿No me digas? Menos mal que

ese joven te trajo a casa.

—Sí.

Entro en mi cuarto y me topo con la humeante infusión esperándome en el escritorio. No dejo de arrepentirme de todo lo que sucedió anoche, sobre todo porque parece que este dolor punzante en la cabeza y este malestar de estómago no se pasarán nunca. «¿Cómo puede la gente aguantarlo todos los fines de semana?», pienso dando el primer sorbo a la infusión. Al girarme hacia la cama, veo que el móvil parpadea avisándome de que tengo una llamada o un mensaje. Lo cojo deseando que sea de Liam y temiéndolo a la vez. Cuando descubro que es un SMS de él, me pongo nerviosa y lo abro expectante:

«No dijiste nada que no fuera verdad. No te preocupes, no volveré a molestarte. Me ha gustado conocerte, Elen. Elige siempre con juicio y, sobre todo, sé feliz. Liam.»

Noto como se me empeña la vista, pues este mensaje es una clara despedida. Me siento fatal e impotente, porque, aunque quisiera, no puedo hacer nada más. No puedo mandarle un mensaje explicándole que si le dije todo aquello es por lo que siento, que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Solo puedo aceptar sus palabras y callar.

«Adiós, Liam», me digo esperando ser lo bastante fuerte para aceptar esa verdad.

—¿A que sentías que la cabeza se te iba a partir en dos? Y yo no sé si tus padres te habrán echado un sermón, pero los míos sí, y mi hermano también.

—Sí, ha sido horrible —digo apoyando el codo en mi escritorio.

Estaba estudiando antes de que Laia me llamara, o más bien intentándolo.

—Y lo peor es recordar lo que has hecho sin querer. ¡¡Casi besé a Adair!! Seguro que ahora me odia. No sé qué hacía allí, pero gracias a él dejamos de hacer el ridículo. Te prometo que nunca más te retaré. Nosotras no estamos hechas para eso, lo nuestro son las pelis románticas y la comida basura.

—Es bueno no olvidarlo. Le he mandado un mensaje a Liam diciendo que lo siento... y él me ha escrito uno de despedida. Y me temo que esta vez es de verdad..., no sé.

—Mejor, Elen. Ahora está prometido...

—Sí..., pero no dejo de preguntarme por qué quiso el destino que nos conociéramos justo antes de que él siguiera su camino. Si no hubiera entrado ese día en la heladería, si mis padres no se hubieran ido...

—¿Te arrepientes?

—No, pero eso no hace que duela menos.

—Dímelo a mí. Llevo así media vida, pero se acabó. Tú y yo tenemos

una meta: olvidar. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Te deajo, me duele mucho la cabeza. Hablamos.

—Buenas noches.

\* \* \*

Cuando llego a clase el lunes, me siento en mi pupitre y, al contrario que últimamente, cada vez que entra alguien miro a ver si es Liam, pues tengo un mal presentimiento.

Roberta llega con cara de pocos amigos y tira su mochila en su asiento con rabia.

—¡¡No entiendo cómo ha podido irse!! Pero pienso descubrir a dónde y perseguirlo.

—Pregunta a quien te ha contado que se ha ido para no regresar por un largo tiempo —le dice Ainara retadora.

Miro mi libreta muy triste. Eso era lo que presentía: se ha marchado. Pero ¿a dónde? ¿Para cuánto tiempo?

—Si esa fuente lo supiera, me lo habría dicho, ¿no crees? —responde Roberta con insolencia.

Dejo de escucharlas y, cuando entra el profesor, me sorprende ver a Bianca tras él. Pensaba que se habría ido con Liam, pero parece que se fue solo. Una gran parte de mí se alegra y otra me recuerda que eso no cambia nada.

Cuando terminan las clases, vuelvo a mi casa y a mi antigua vida, tratando

de hacer —y esta vez en serio— como si nada hubiera pasado. Espero poder acostumbrarme a este profundo dolor en el pecho, aunque no sé si lo conseguiré, porque una parte de mí sabe que me costará mucho dejar de amarlo...

# CAPÍTULO 13



## ELEN

Estamos a finales de marzo y se nota que las temperaturas ya son más cálidas. Me encuentro junto al lago, viendo el atardecer caer sobre sus aguas. Es así desde que se fue Liam: o bien me encierro en mi cuarto y me mato a estudiar, o bien salgo un rato de casa para dar un paseo por el lago. A los ojos de los demás estoy bien, nada ha cambiado en mí: universidad, estudiar, ayudar a mis padres..., pero en mi

interior, sí. El que no haya vuelto a llorar desde que se fue Liam no significa nada. Puede que me ha haya endurecido, pero sigo teniéndolo muy presente y lo echo de menos.

La tarde se transforma en noche y decido volver a ayudar a mis padres. Cuando me interno en la arboleda, me parece escuchar unas voces; miro a mi derecha y veo a una pareja besándose tras un árbol. No es la primera vez que encuentro a una por aquí, pero justo cuando voy a apartar la vista, me doy cuenta de quién es la joven que se está besando con un chico: Bianca. Me quedo quieta un segundo, impactada, y luego apresuro el paso hacia mi casa. ¿Qué está pasando? Enseguida pienso en

Liam. Me siento triste por él. ¿Debería decírselo? No he sabido nada de él en todo este tiempo... No, no puedo hacerlo. No me creería y además, no tengo pruebas. Aunque Albert ha estado rondando a Bianca desde hace más o menos un mes, no daba la impresión de que ella fuera a caer en sus redes. Por lo visto, me equivoqué.

Cuando llego a casa, mi madre me llama para que baje a ayudarlos en la heladería. Mientras atiendo las mesas veo entrar a Roberta con una sonrisa de oreja a oreja y el móvil en la mano.

—¡Os dije que al final lo conseguiría! —exclama enseñándoles el móvil a sus amigas inseparables.

—¡Se está enrollando con él! —

grita una de sus amigas alarmada.

—Albert es un conquistador nato —explica Roberta resabida—. Le ha costado más tiempo de lo que esperaba, pero al final ella ha caído en sus redes como yo suponía.

—Eres una bruja —le dice Gloria.

Se ríen a carcajadas y luego veo que Roberta hace algo con el móvil y la escucho decir:

—Ya está. Él no tardará en dejarla.

Enseguida me siento mal por Liam, porque, si él la quiere, cuando reciba la foto se sentirá fatal, y también por Bianca, porque ha sido engañada por Albert. Y todo por la ambición de Roberta, que sigue riéndose por el éxito de su artimaña. No ha parado hasta que

ha conseguido su objetivo. Me pregunto cómo Bianca ha sido tan tonta como para dejarse embaucar. Desde la barra, mientras preparo los pedidos, veo entrar a Albert, que se sienta al lado de Roberta; parece distante, pero cuando Roberta lo mira, asiente, confirmando las palabras de Roberta: ha sido todo una trampa.

—Mamá, tengo que hacer algo.

Ahora vengo.

—Vale, cariño.

Voy hacia mi cuarto a por el móvil y llamo a Liam. El corazón me martillea en el pecho. Tengo que sentarme, pues las piernas no me sostienen por los nervios. No me lo coge y no me extraña después de nuestro último encuentro, de

modo que decido enviarle un mensaje y explicarle la situación y que, hasta que no hable con Bianca, no se crea nada. Termine escribiéndole que lo siento y que sigo siendo su amiga a pesar de todo. Leo el final varias veces hasta que me decido y lo mando; a fin de cuentas, es la verdad: lo echo mucho de menos como amigo.

Por la noche, cuando cerramos la heladería, subo a casa y llamo a Laia para contárselo todo. Liam no me ha contestado todavía y, aunque no esperaba que lo hiciera, me ha desilusionado no ver respuesta.

Laia no tarda en cogerme el teléfono y nos tiramos un buen rato hablando. Llevo cuatro meses sin verla,

pues una tía suya le brindó la oportunidad de irse a vivir con ella a otra ciudad y así olvidar, y Laia no dudó en irse. Está muy contenta con la experiencia y muy pronto terminará los estudios. También la echo mucho de menos.

Estoy hablando con ella cuando noto un pitido en el móvil.

—Espera, creo que me ha llegado un mensaje.

—Lo mismo es de Liam.

Le doy al altavoz y abro el mensaje; es de Liam.

—Dice «Gracias».

—¿Y nada más?

—No. Algo es algo.

—Elen, me preocupas.

—¿Por qué?

—Porque el tiempo no te ha hecho olvidar.

—Bueno, he aprendido a vivir sin él, sigo siendo la misma que antes.

—Pero no eres feliz.

—Tú tampoco.

—¡Eh, que aquí ligo mucho! —Laia se ríe—. No sé, tal vez sea hora de pasar página. Últimamente no pienso tanto en Adair. He conocido a un chico muy simpático y atento. ¡Y es guapísimo! Moreno, ojos azules...

—Umm... Laia, ¿no crees que se parece a alguien?

—No, este no tiene los ojos plateados y serios de Adair.

—Ten cuidado.

—Y tú. Te echo de menos.

—Yo a ti también.

—Te dejo. He quedado para salir a dar un paseo. Deséame suerte.

—Suerte.

Después de colgar, leo una vez más el mensaje de Liam y luego, como si quisiera mortificarme aún más, leo todos los que tengo guardados de él.

Estoy casi dormida cuando me parece oír el teléfono. Al principio me creo que está dentro del sueño, pero entonces oigo el siguiente tono, me incorporo en la cama sobresaltada y lo cojo sin mirar quién me llama a estas horas.

—¿Sí, dígame?

—Soy Liam.

Me despierto del todo y enciendo la luz de la mesita. El corazón me late tan fuerte que parece que se me va a salir del pecho y una enorme sonrisa se ha dibujado en mi cara nada más escuchar su voz.

—¡Liam! —exclamo como si me costara creer que de verdad es él después de tanto tiempo.

—Cuánto tiempo, ¿no?

—Mucho. Liam, sobre lo de antes...

—No te preocupes, Elen, ya está todo arreglado.

—¿Sí? ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. No ha pasado nada que a mí me pueda molestar.

—Ah..., vaya..., no sé qué decir.

—¿Por qué me has mandado un mensaje para decirme que hablara con ella?

Pienso en su pregunta.

—No sé. Yo los vi, pero no quería hacerte daño, no sé cuánto te importa Bianca. Y cuando me di cuenta de que te ibas a enterar de todas formas por otro lado... ¿Hice mal?

—No, no hiciste mal.

Liam se queda en silencio y yo también. No sé por dónde va a continuar esta conversación. Tengo tantas cosas que decirle, que contarle..., pero no sé en qué punto se encuentra nuestra amistad.

—Elen... Te he echado mucho de menos.

Noto que mis ojos se inundan de lágrimas de felicidad por sus palabras.

—Yo también..., mucho.

—¿Estás llorando?

—No seas tonto —le digo molesta porque me lo haya notado.

Liam se ríe y yo sonrío. Cuánto he extrañado su risa.

—Eres única, Elen, única.

—Tenía ganas de saber de ti..., pero pensaba que...

—Te comprendo.

Otra vez nos quedamos en silencio. Me da la impresión de que Liam duda en si decirme algo o no, así que me quedo esperando.

—Estoy en la parte trasera de tu casa. ¿Bajas?

Antes de que termine la pregunta ya estoy buscando las zapatillas.

—Ahora mismo.

Me pongo la bata y voy hacia el trastero para salir por la ventana. Me da igual que estar con él me haga sufrir después, cuando no esté y note su ausencia, pero tendré más momentos a su lado para poder recordarle. Y con suerte podremos ser siempre amigos. Prefiero tenerlo solo como amigo a no tener nada, por mucho que me duela verlo con ella.

Bajo por la escalera de hierro, pero no lo veo cuando llego al suelo. Miro a mi alrededor pensando que aún no ha llegado y entonces lo descubro apoyado en la pared, con su pelo rubio

revuelto, que le da un aire despreocupado. Parece serio. Sus ojos verdes me miran sin perder detalle y me pierdo una vez más en ellos. Está más guapo de lo que lo recordaba.

—Liam.

Él me sonrío y, antes de pensar en lo que estoy haciendo, voy hacia él y me sumerjo entre sus brazos. Suponía que se tensaría o que me daría un abrazo de cortesía pero, en vez de eso, me abraza con fuerza y baja su cabeza hacia la mía, estrechando aún más el abrazo y acortando aún más las distancias entre nosotros.

Encajamos a la perfección, como si fuéramos dos piezas de un puzle único que acaban de encontrarse. Puedo sentir

la dureza de sus músculos, la calidez de su piel, el olor de su perfume que tanto he extrañado estos meses. Me parece increíble que esté aquí. Mi corazón late como un loco, pero soy tan feliz que no me importa dejarle que sea libre para sentir.

—Elen... —dice mi nombre como si él tampoco acabara de creerse que esté aquí.

Me separo un poco y alzo la cabeza para mirarlo, hipnotizada por su voz, y él me devuelve la mirada con sus intensos ojos verdes. Sonrío sin poder evitarlo. Nunca olvidaré este abrazo. Pase lo que pase mañana, este recuerdo es mío.

—He tratado de... ¡Maldita sea, no

puedo negarlo más!

Lo miro sin comprender, pero solo durante un segundo, pues la hambrienta boca de Liam se posa sobre la mía, abrasando mis labios y llenándolos de un sinfín de sensaciones. Acaricio sus labios con los míos como si fuera el manjar más delicioso que he probado en mi vida. El beso empieza a convertirse en más pasional, mezclado con un fuerte deseo cargado de anhelo. Mis manos se alzan hacia el cuello de Liam y lo atraigo más hacia mí. No pienso en nada más que en este momento. Él ha eclipsado todo lo demás. Solo existe Liam.

La boca de Liam se deleita con la mía, sus manos me abrazan y me

acarician con ternura. Siento tal explosión de sentimientos ahora mismo, que mis ojos se humedecen por las lágrimas contenidas. Su lengua no tarda en pedir paso en mi boca y yo la recibo para bailar juntos una danza de placer y amor que hasta ahora nos habíamos negado mutuamente.

Ya no queda nada de la dulzura del principio, que se ha visto remplazada por desesperación, por temor a que este instante solo sea un momento robado que no volverá a repetirse.

Lo amo tanto que cada segundo se graba con más fuerza en mi mente.

Lo abrazo. Mis dedos juegan con el cabello de su nuca al tiempo que mis labios acarician los suyos. Absorbo su

fuerza y me invade la tristeza al saber que, aunque desearía que este beso fuera el primero de muchos, lo más probable es que sea el último.

—Elen... —dice Liam poniendo su frente sobre la mía, y yo trato de calmar mi acelerado corazón.

—Yo...

—¿Te arrepientes?

—No, pero tú... Bian... —Liam no me deja acabar y me da un ligero beso en los labios.

—No quiero pensar en ella.

Me acuerdo de lo que ha pasado hace tan solo unas horas y me remuevo inquieta, con la sensación de que tal vez me esté utilizando para pagarle a Bianca con la misma moneda.

—Ella es tu prometida.

Me separo lentamente de él y empiezo a caminar hacia la escalera dándole la espalda. ¿Por qué nos hemos besado? Yo sí sé por qué lo he hecho: porque no puedo negar lo que siento. Pero... ¿y él?

—Elen..., ¿qué pasa? Siento si te he ofendido. Llevo luchando contra esto mucho tiempo, incluso antes de ser realista y reconocermé a mí mismo la verdad... Perdóname si...

—Liam, no me ha molestado el beso. Yo también lo deseaba..., mucho.

Cierro los ojos y reúno fuerza antes de volverme, y, cuando me giro, él me está mirando con tristeza.

—Liam, yo..., yo estoy enamorada

de ti. Por eso no me arrepiento de esto, pero no quiero que haya sido por vengarte de Bianca. Me dolería mucho...

Liam se acerca y me seca una de las dichas lágrimas que no han sabido quedarse bailando en mis ojos.

—Elen... ¿De verdad estás enamorada de mí?

—¿Esperas que te regale los oídos otra vez? —Liam se ríe, cosa que me sorprende, y luego me abraza.

—No sé qué será de nosotros. Me fui porque no podía estar cerca de ti y no tenerte... Debo aceptar lo que el destino ha dispuesto para mí, pero me era muy difícil contigo a mi lado...

Miles de mariposas aletean en mi

estómago y me siento flotar ante lo que está sucediendo.

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque te echaba de menos —no añade más y tampoco hay necesidad de ampliar esa verdad que tan bien comprendo.

—Yo también.

—Cuando me mandaste el mensaje, realmente no me importó lo que contaban de Bianca. Digamos que ella y yo solo hemos aceptado lo que se espera de ambos, pero entre nosotros no hay relación alguna, solo apariencia. Cada uno sigue su vida en la medida de lo posible. Por eso no me molestó, aunque sí me sorprendió.

—Vaya, no lo sabía.

—Espero que sepa lo que hace, no porque me moleste; al contrario, no me ha importado ver su foto con ese joven.

—Tal vez ella solo quiera llamar tu atención.

—No, no lo creo.

Me apoyo en el hueco de su cuello.

—¿Y en qué punto estamos nosotros? Tú ya sabes lo que siento yo...

—Elen, si he vuelto ha sido porque, al leer tu mensaje, me di cuenta de que no ha habido día que no deseara saber de ti. La distancia no ha servido para hacer que te olvide.

—Que estés aquí no cambia nada.

Lo digo con la voz rota y me aferro más a él.

Liam me separa un poco de él para que le mire a los ojos.

—Haré lo que esté en mi mano para poder...

Alzo la mano y la pongo sobre sus labios.

—No prometas algo que no puedes cumplir.

—¿Entonces?

—No lo sé...

—No quiero renunciar a ti.

—Ni yo a ti... Tal vez solo podamos disfrutar unos momentos furtivos antes de que cada uno siga su camino...

Liam sonrío sin alegría.

—Te quiero, Elen, y tú y yo sabemos que esto solo nos traerá

complicaciones... Es fácil resignarse cuando no sabes a qué estás renunciando.

Lo miro y sonrío con tristeza. Me hace feliz saber que él siente lo mismo, aunque eso no cambie la cruda realidad.

—Yo también te quiero, Liam.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Mis ojos plateados se funden con los suyos.

—Ahora sé que, incluso cuando no estoy contigo, no dejo de pensar en ti... Habrá un día en el que cada uno tenga que seguir con su camino; dentro de unas semanas o unos meses. Pero si ese tiempo, por corto que sea, es lo único que tenemos juntos... no quiero desaprovecharlo. Haré lo que esté en mi

mano para que ese camino que nos queda por recorrer lo hagamos juntos. No puedo prometerte que lo consigamos, pero sí que no desistiré.

—Entonces, estaremos juntos hasta que el puente que hay entre tu mundo y el mío se destruya.

Liam me sonrío con tristeza.

—Supongo que sí.

—¿Por qué has vuelto precisamente ahora y no antes?

—Porque estaba buscando una señal y tu mensaje fue el impulso que necesitaba para dejar de engañarme a mí mismo pensando que la distancia me ayudaría a olvidarte.

—En ese caso, me alegro de haberte enviado ese mensaje.

Liam sonríe y baja la cabeza para atrapar nuevamente mis labios. Disfrutamos del beso, sellando con él nuestras palabras. Siento ganas de reír, de llorar, de gritar, de saltar... y a la vez tengo miedo de que al separarnos todo esto termine. Pero ahora él est  aquí.

Liam desliza una mano dentro de mi bata y no tardo en sentir la calidez de su mano en mi cintura. Este gesto me derrite y agradezco que me sostenga con sus brazos, pues las piernas no me responden.

—Elen, es tarde. Deberías volver a tu cuarto antes de que te constipes...

—Pero si no tengo frío...

Liam se ríe.

—Te aseguro que yo tampoco, pero es muy tarde.

Liam se aparta un poco y mete su mano en la cazadora.

—Te he traído algo, aunque no sé si dártelo ahora o esperar a mañana.

—¿Por? —digo atenta a lo que va a sacar del bolsillo.

—Porque intuyo que la curiosidad te hará mirarlo y acostarte muy tarde... O bien puedo dártelo ahora, pero con la promesa de que lo verás mañana.

—¿Tengo que aguantar hasta mañana? —me quejo. Liam saca la mano sin nada—. Vale, está bien, te lo prometo.

Vuelve a meter la mano en la cazadora y, cuando saca un CD, una

parte de mí intuye lo que puede ser y pregunto ilusionada:

—¿Son fotos?

—Vaya, se me olvidaba que estaba ante un cerebrito —me dice de forma cariñosa.

—¿De verdad lo son?

—Sí, he hecho fotos de lugares que me gustaban y me recordaban a ti. También hay notas y correos que nunca llegué a enviarte. —Liam me lo da y yo lo miro feliz.

—Gracias. Yo no tengo nada...

Liam se ríe y me da un ligero beso en los labios.

—Verte así de feliz ya es un regalo, Elen. Antes de conocerte, creía que el tamaño de la sonrisa de una mujer era

proporcional al precio del regalo. Ahora sé que no. —No digo nada y Liam mira el reloj—. Me voy. Nos vemos mañana, ¿vale?

—¿Irás a clase?

—Si no mañana, pasado. Haré algo para que podamos vernos.

—De acuerdo.

Le doy a Liam un beso de despedida y empiezo a subir las escaleras.

—Elen. —Me giro—. ¿Sigues sin sentir nada cuando besas?

Me sonrojo y agrando los ojos.

—¡No pienso responderte a eso!

Liam se ríe y se empieza a ir.

—¿Ya te das por vencido?

—Tu cara te delata, Elen, me ha

dicho lo que yo necesitaba saber.

—¡No vale! Tú sabes ocultar mejor que yo las emociones.

—Algo bueno tenía que tener ser quien soy, ¿no? Buenas noches, Elen.

—Buenas noches, Liam.

Entro por la ventana de nuestra casa y cuando llego a mi cuarto me siento inquieto, y feliz. No paro de revivir el encuentro con Liam y, sobre todo, los besos. ¡No puedo creerme lo que me ha pasado! Aunque una parte de mí, la más sensata, me dice que tenga los pies en el suelo, que esto solo es un paréntesis en nuestras vidas, no puedo dejar de sonreír. ¡Me quiere! Miro el móvil. ¡La una y media! Llamaría a Laia para contárselo, pero ya debe de estar

dormida. Quiero saltar, correr..., me recorre por las venas una gran excitación. Acabo de despedirme de él y ya me muero por saber cuándo será nuestro próximo momento robado.

Me siento en la cama y me quedo mirando el CD entre mis manos. No, le prometí que no lo vería ahora, así que lo dejo en la mesilla y me acuesto, reviviendo una y otra vez la textura de sus labios, el calor de su abrazo. No sé a qué hora de la madrugada se apodera de mí el sueño, pero sí que lo último en lo que estaba pensando era en él.

# CAPÍTULO 14



## LIAM

Bajo para hablar con mi padre a primera hora de la mañana. Anoche, después de dejar a Elen, no tenía ganas de hablar con nadie, y menos de que me amargaran uno de los pocos momentos de felicidad que he tenido últimamente.

Al entrar en su despacho, lo encuentro mirando por la ventana, pero se vuelve nada más advertir mi presencia.

—Me alegra que por fin hayas

decidido levantarte.

—Son las siete, padre. ¿De qué quieres hablar?

—Quiero saber por qué has vuelto.

—Me apetecía. Me fui porque quise y he vuelto por el mismo motivo.

—¿No tiene nada que ver con Bianca?

—No, hasta ahora no he encontrado la forma de librarme de ella, así que tranquilo.

Mi padre me mira furioso.

—No me hagas adelantar los esponsales.

Me tenso por dentro, pero sigo sonriéndole para que no note nada.

—No lo haré. ¿Me necesitas para algo más?

—No, intuyo que retomarás tus clases en la universidad y dejarás de estudiar a distancia. —Asiento—. Bien. Nos vemos.

Salgo del despacho. Me encuentro en el pasillo con Bianca, que me mira asombrada y luego trata de sonreírme, pero la alegría no llega a sus ojos. Durante los meses que llevamos sin vernos, solo he pensado en ella lo estrictamente necesario, pero no he deseado su compañía. No como me pasaba a todas horas con Elen.

—Has vuelto.

—Sí, y me gustaría hablar contigo. —Le señalo una salita próxima a donde estamos. Dejo que pase delante de mí y cierro la puerta para que nadie nos

moleste.

—Tú dirás.

—Ayer recibí esto. —Saco el móvil y busco la foto.

Bianca se acerca. Cuando se reconoce, los ojos se le llenan de lágrimas, pero finalmente consigue reprimirlas y me mira como si no acabara de batallar con sus sentimientos.

—Yo... ¿Te lo envió Roberta? — se la nota afectada, pero hace lo imposible por ocultarlo, tal como la educaron a hacer.

—Sí. ¿Te gusta este chico?

—Eso es lo de menos. Entendería que quisieras anular el compromiso. — Aunque ella no lo admita, creo conocerla lo suficiente como para saber

que nunca habría dado este paso si Albert no le importara, si no sintiera algo por él. Es siempre muy correcta, pero mantiene las distancias con todos.

—No voy a casarme contigo.

Bianca agranda los ojos y me observa.

—Entiendo. Recogeré mis cosas y...

—¿Qué sientes por Albert?

Bianca me mira. Por sus ojos azules pasan un sinfín de emociones y se asoma el rubor a sus mejillas.

—Nada. No está en mi derecho sentir. Si no necesitas nada más... —Se da la vuelta para marcharse, pero la cojo del brazo.

—Bianca..., puedes confiar en mí.

Bianca se calla y luego mira hacia la ventana.

—¿Qué importa lo que yo sienta? ¿O lo que sientas tú? —Al decir esto último, se gira hacia mí—. Tú mejor que nadie sabes que lo que uno sienta o deje de sentir es indiferente en nuestro mundo. Para mis padres solo soy una moneda de cambio. Yo sabía del trato de nuestras familias y desde pequeña me han educado para ser una buena esposa para ti. Sé lo que te gusta, lo que no..., he tenido que estudiarte, Liam. Y aun así...

—... No me amas.

—No, y nunca lo haré.

—No pasa nada.

Pienso en lo que ha dicho, en la

presión que ha debido de soportar desde que era niña, sabiendo que estaba destinada a casarse conmigo, sin poder negarse, sin poder amar a nadie. Por primera vez desde que la conozco me siento cercano a ella, pues compartimos un sentimiento común.

—He sido más libre en este tiempo contigo que en toda mi vida, pese a que mis damas de compañía pocas veces me dejaban sola. —Me mira—. Yo... Da igual.

—Te gustaba Albert...

—Sí —admite—, pero eso ya es indiferente.

—Bianca..., Albert estaba confabulado con Roberta. Te lo digo para que no sufras.

—Me lo he imaginado al ver la foto.

—Lo siento, Bianca.

—No pasa nada. Voy a recoger mis cosas...

—No tienes por qué irte. Si has sido libre este tiempo... puedes quedarte un poco más y aparentar que seguimos prometidos. —«Así tendré margen para idear algo para estar con Elen», pienso—. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Pero no quiero muestras de cariño. A nadie le extrañará si pasamos el uno del otro después de lo de Albert mientras no digamos que hemos roto el compromiso. Todos saben que es concertado.

—Sí, Roberta filtró la noticia. ¿Por qué es tan insoportable?

—Creo que su problema es que siempre quiere lo que no tiene. Hasta he llegado a pensar que, aunque consiguiera lo que busca, nunca sería suficiente para ella.

—No la soporto.

Sonrío y Bianca me mira relajada.

—¿Qué vas hacer con Albert?

—Ignorarlo. Para mí ha dejado de existir. Haré lo imposible por olvidar a ese mentiroso. Para mí ha muerto en mi corazón... Gracias por informarme de su trato con Roberta.

—De nada. —Miro el reloj—. Si no necesitas nada más...

—No —contesta Bianca.

Nos dirigimos hacia la puerta pero, antes de abrirla, Bianca se gira y me dice:

—Tus padres me dijeron que tú no sabías nada del trato y tú me elegiste. ¿Por qué?

Sonrío.

—Me pasaron *dossieres* de las posibles candidatas y me hablaban de todas menos de ti. Eso me llamo la atención. Y luego... —La miro—. Por el color de tu pelo. Me recuerdas a alguien.

—A alguien a quien quieres... o querías.

—Sí, es posible.

Bianca asiente y salimos de la salita.

Llego a la biblioteca. Es muy temprano todavía y no hay casi nadie por los pasillos de la universidad. Quería pasarme por aquí por si a Elen se le ha ocurrido venir a estudiar antes de ir a clase. No le he mandado ningún mensaje porque la conozco y, de no estar, saldría corriendo de casa para vernos, aunque luego no pudiéramos por falta de tiempo.

Camino hacia las últimas estanterías y, cuando las paso, la veo sentada con un gran libro abierto y varios apuntes esparcidos por la mesa. Sonrío y me quedo observándola desde un ángulo en el que nadie pueda descubrirme mirándola. Su pelo cobrizo,

medio recogido, le cae por la espalda, más liso que de costumbre, y el flequillo se lo ha metido detrás de la oreja; solo un travieso mechón se ha escapado de este confinamiento. Está mordiendo un boli, concentrada. Eso hace que me fije en sus labios y abandone mi escondrijo para acercarme a ella, pues desde anoche no he pensado en otra cosa que no sea en volver a besarla.

Cuando estoy casi llegando, se percata de mi presencia y alza la vista del papel. En cuanto me ve, sus ojos plateados me sonríen como nunca antes lo han hecho al verme, y se levanta. No tardo en tenerla en mis brazos. Su cariño y su espontaneidad me sorprenden, y me alegra saber que yo soy el causante del

brillo en su mirada.

—Liam... No sabía que vendrías...

Le levanto la barbilla con una mano y la beso sin perder más tiempo, sabiendo que con cada beso no menguan mis ganas de ello, sino más bien al contrario. La pasión nos arrastra a ambos, ahora mismo la deseo, ansío poder acariciar cada centímetro de su cuerpo, pero no quiero asustarla. Elen es muy inocente en más de un sentido. Alza sus brazos hacia mi cuello y enreda sus dedos en mi pelo. La sensación de tenerla así me vuelve loco, me hace perder el norte y se me olvida estar pendiente de que nadie nos pille in fraganti; ahora estoy por entero en este momento. El beso se hace cada vez más

intenso y sonrío cuando Elen toma la iniciativa —aprende muy rápido—. El deseo empieza a nublar-me la razón y de pronto me descubro metiendo una mano por debajo de su camisa para sentir la calidez de su piel...

—Es mejor que paremos. —Le acaricio la mejilla y le sonrío para que no piense que ha hecho algo malo.

—¿Qué tal estás? —Elen pone su pequeña mano en mi pecho.

—Bien. He vuelto a la casa del ogro.

Elen sonrío.

Oímos voces acercándose. Elen se pone tensa y nos separamos, ella hacia su asiento y yo hacia la ventana. Las voces se detienen a pocos metros y miro

de reojo a Elen; ella me mira con un ápice de tristeza en el rostro. Nada me gustaría más que poder ofrecerle algo tan sencillo como una relación normal, decir a todos lo que ella es para mí. Mi novia.

—¿Os lo podéis creer? ¡¡Se estaba liando con Albert!! —Elen pega un respingo cuando escucha la voz de Roberta—. Y esa pretendía ser reina.

—Y tú seguro que corraste a chivárselo al príncipe.

—Por supuesto, es mi deber — contesta Roberta a una de sus amigas. Oímos de nuevo los pasos, que se dirigen derechos hacia nosotros. Veo que Elen se mete de lleno en aparentar que estudia y se saca el flequillo de

detrás de la oreja para taparse la cara, que aún está algo sonrojada por nuestro acercamiento. Yo tomo un libro de la estantería al azar y lo abro mostrando una apariencia despreocupada.

—Él no me contestó... —Roberta llega a donde estamos y la miro por encima del libro—. ¡Liam!

Tras el primer segundo de sorpresa, me mira muy sonriente y viene hacia mí ignorando a Elen —ella nunca la consideraría una rival a menos que vieran en mí un acercamiento en público.

—No sabía que hubieses vuelto. Pero claro, después de lo que pasado... —Me pone una mano en el brazo, que yo aparto con sutileza. Me percató de que

Elen está recogiendo sus cosas, pero soy el único que lo nota.

—Sí. Como ves, he regresado y estaba en la biblioteca poniéndome al día.

—Me alegra que estés aquí... Además llegas a tiempo para la fiesta que voy a celebrar en mi casa este fin de semana. —Me lanza una mirada seductora y luego se gira hacia sus amigas y les hace un leve gesto con la cabeza, creyendo que soy tan tonto como para no darme cuenta de su treta.

—Nosotras, tenemos que... Adiós —dicen las otras antes de irse, y veo que Elen también sale sin hacer ruido de la biblioteca. Roberta espera a que estemos solos para volverse y acercarse

a mí, pero yo doy un paso a un lado y me alejo de ella y de sus intenciones.

—Siento mucho lo de Bianca. Es un palo para su familia...

—No te confundas, Roberta. Tu foto estaba muy oscura, no se podía apreciar lo que pasaba. Puede que él solo estuviese diciéndole algo al oído.

—¡¡Pero se estaban besando!! Yo les vi...

—Ella dice lo contrario —miento — y yo la creo a ella. Es mi prometida, ¿recuerdas? —digo para defenderla.

—Pero ella...

—Ella se merece tu respeto y no me gustaría saber que se lo faltas. —La miro tan serio, que Roberta se calla y asiente.

—Claro.

Se da media vuelta y se va, pero me da tiempo a ver en su mirada el odio que siente. Tendré que prevenir a Bianca.

Cuando salgo de la biblioteca, miro a mi alrededor buscando a Elen, pero no la encuentro. A quien sí veo es a Bianca ignorando a Albert, que va tras ella diciéndole algo que solo pueden escuchar ellos dos. Cuando me ve, su cara se ilumina con una sonrisa y viene a darme un largo abrazo.

—Qué ganas tenía de estar a tu lado. En este tiempo separados me he dado cuenta de que nunca encontraré a nadie mejor que tú —me dice aún más sonriente. Yo le paso una mano por la

cintura sin apartar los ojos de Albert, quien me mira serio y sigue su camino.

—Tenemos que hablar —le comento flojito y empezamos a andar hacia clase.

—Gracias —me susurra.

—De nada.

—¿Qué querías contarme?

—Que tengas mucho cuidado con Roberta.

—¿Más? —comenta con ironía—. De acuerdo, lo tendré.

Llegamos a clase y yo le aguanto la puerta. Al entrar, veo a Elen en su sitio. Levanta la cabeza disimuladamente y cuando nos ve juntos, la vuelve a agachar y se centra en sus cosas. Antes no he podido explicarle nada de lo que

hable anoche con Bianca. «Eso me pasa por no saber tener las manos alejadas de ella —me reprendo—. ¡Ni que fuera primerizo en esto de tener novia!» Me siento al lado de Bianca y saco el móvil para mandarle un SMS a Elen:

«Tenemos que hablar. Esta mañana me distrajiste...»

Le doy a «Enviar» justo cuando entra el profesor. Al poco noto vibrar mi móvil y lo saco disimuladamente.

«La culpa fue tuya. Debe ser pecado estar tan guapo tan temprano... Besos.»

Sonrío y tecleo un SMS vigilando que no me pille el profesor.

«Me debes esos besos, ahora no te escapas. Por cierto, deberías prestar

más atención a las clases, que luego te tengo que prestar los apuntes :P.»

Lo guardo y espero una respuesta, pero el profesor se ha puesto delante de Elen y no puede sacar el móvil. Me centro en la clase hasta que de pronto siento que alguien me observa. Al buscar quién es, descubro a Roberta mirándome como si supiera lo que acaba de pasar. Algo que es imposible, pero aun así, decido que a partir de ahora se acabó el hacer el idiota en clase con los mensajes. Y que debo tener más cuidado. No podemos arriesgarnos a que nos pillen antes de averiguar cómo hacer posible nuestra relación porque, si eso sucediera, la que saldría más perjudicada sería Elen, no yo, y no

dejaré que nadie la lastime. Aunque es irónico pensar esto cuando sé que el que más daño puede hacerle soy yo.

# CAPÍTULO 15



## ELEN

Recojo una de las mesas que se han quedado libres y llevo los platos al fregadero. Hoy he visto poco a Liam; de hecho, casi lo he rehuido por temor a delatarme, pues no sé fingir que me es indiferente. Mi mente no para de recordar lo de anoche y lo de esta mañana, me ha costado mucho concentrarme en clase y me cuesta aún más no sonreír todo el rato como una tonta. Mis padres lo notarían enseguida

y no quiero mentirles si me preguntan.

—¿Elen? —Me giro a mirar a mi madre, que se está quitando el delantal —. Nos vamos a ir ya. Como es lunes, no creo que venga mucha gente. Si ves que no entra nadie, cierras temprano y te subes a casa, ¿vale? Vendremos después de cenar.

Asiento. Tras darme un beso mis padres se van, dejándome sola en la heladería. Me quedo en la barra mirando hacia el local vacío, recordando cuando vi a Liam por primera vez. Ese día me pareció un chico increíble, pero nunca pensé que fuera el príncipe... Mi mirada se entristece y comienzo a meter los platos en el lavavajillas para distraerme. ¿Cómo sería todo si él solo

fuera Liam? Decido no responderme a esta pregunta, pues me haría daño imaginarme algo imposible. Es mejor aceptar la verdad, y la verdad es que, aunque Liam crea que puede encontrar un modo de estar juntos, no lo hará, y que lo único que está a mi alcance es aprovechar los pocos momentos que tenga a su lado.

Subo un momento a casa y me bajo el móvil y los apuntes para trabajar aquí por si viniera alguien. A media tarde entra una mujer con sus hijos a merendar y tomar unos helados de postre. Luego me vuelvo a quedar sola. Estoy terminado de recoger cuando me suena el móvil y veo que es Liam.

—Hola.

—¿Qué hacías?

—Estaba terminado de recoger y me iba a poner a estudiar otra vez. ¿Y tú?

—Estaba mirando cómo caía la noche en el lago... ¿Puedes venir?

—Me encantaría pero no puedo. Mis padres no están y tengo que atender la heladería.

—Vaya... ¿Ha entrado algún indeseable?

—No, solo una mujer con sus hijos.

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo. Además, los meses que has estado fuera me he quedado sola varias veces y sigo aquí, ¿no?

Liam se queda callado y yo espero

que diga algo.

—¿A qué hora regresan tus padres?

—Después de cenar, casi a medianoche. Me han dicho que cierre temprano si no hay clientes... —De pronto se me ocurre una idea—. Liam, mis padres llegarán casi a medianoche..., estaba pensando..., no sé, si querrías quedarte a cenar conmigo..., aunque seguramente tengas cosas que hacer...

—Cuando cierres, dame un toque y ábreme la ventana de la escalera trasera. Nos vemos.

—Vale.

Me quedo mirando el móvil y de repente se me forma un nudo en el estómago. Acabo de invitar a Liam a mi

casa..., los dos solos... ¿Estará pensando en que nos acostemos? No, ¿verdad?

Me sonrojo y me empiezo a poner muy nerviosa. Solo viene a cenar, solo eso. Miro hacia la cocina. ¿Y si cojo algo de aquí? Al final, acordándome del día que nos conocimos, decido utilizar la tortilla que queda para hacer unos bocadillos.

Pasan unos minutos que se me hacen eternos y, viendo que no viene nadie, cierro, cojo la tortilla, el pan y algunas cosas más y subo a mi casa. Estoy tan nerviosa que temo que se me caigan los platos por las escaleras. Cuando entro, los dejo en la cocina y me miro en el espejo, a ver qué aspecto

tengo. ¿Debería arreglarme más? No, mejor no. Si lo hiciera se notaría mucho. Me paseo nerviosa de arriba abajo y corro a abrirle la ventana para que pueda subir. Le doy un toque a Liam. Me quedo esperándole en la penumbra y no tardeo mucho en oír ruidos en la escalera exterior.

Cuando pasa por encima del alféizar, lo abrazo y Liam me da un ardiente beso. Luego se separa y, tras cerrar la ventana, me coge de la mano para ir hacia el salón, que es donde hay luz. Yendo detrás de Liam, observo mi casa como si la viera por primera vez, tratando de imaginar cómo la ven los ojos de un príncipe. Intuyo que el cuarto de Liam será prácticamente tan grande

como toda nuestra casa.

—Me gusta, es muy acogedora. Me gustan sobre todo las fotos de familia.

Me relajo y sonrío.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunto.

—Solo hasta las diez.

Como son casi las ocho, digo:

—Entonces cenaremos pronto —Y me voy hacia la cocina. Liam me sigue —. Si quieres, puedes quedarte en el salón...

—Prefiero ayudarte; así hablamos —dice arremangándose.

Le paso la lechuga, para que prepare la ensalada como más le guste.

—Esta mañana hablé con Bianca. Ante los ojos de todos seguimos

prometidos, pero estamos de acuerdo en que no nos vamos a casar.

Miro a Liam sorprendida por la noticia.

—¿Y por qué no decirlo ya?

Me cuenta la historia de Bianca. Enseguida me cae bien y siento lástima de ella; no me extraña que quiera unos meses más de paz.

—Lo comprendo.

Liam deja el resto de la lechuga sobre la encimera, se lava las manos y me sonrío mientras se las seca. Le doy un beso rápido, pero no me deja escapar y acabamos besándonos apasionadamente en la cocina. Cuando ponemos fin al beso, me siento acalorada y no paro de sonreír.

—Creo que será mejor que ponga la mesa —dice.

Me río y Liam se pone a buscar en los armarios cuando le digo dónde están las cosas. Me tiemblan las manos por lo que ha pasado y tengo el estómago hecho un manojito de nervios; no creo que pueda comer mucho y menos teniéndolo a él delante.

Durante la cena hablamos de las clases y de lo que Liam ha estado haciendo estos meses: ha viajado por varios sitios, asistiendo a reuniones diplomáticas con gente importante en nombre de su padre. Le comento que vi el CD nada más llegar de clase y que me encantaron todos los lugares.

—Algún día te llevaré...

—No, no quiero que me prometas cosas que no sabes si podrán suceder — le corto.

Cuando terminamos, recogemos los platos y nos sentamos a ver la tele un rato. Liam mete la mano bajo mi camiseta. Sus caricias me producen cientos de escalofríos. Me separo y pillo a Liam mirándome a mí en vez de a la televisión: en sus ojos hay deseo y me alzo hacia su boca, seducida por la promesa que veo en ellos y que calienta mi ser. Liam atrapa mis labios y se hace con el beso. Me devora, me seduce, me hacer sentir mujer. Se mueve lo justo para que mi espalda se apoye en el sofá sin dejar de besarme. Su lengua acaricia la mía. Sus manos, más atrevidas, se

pierden bajo mi ropa y yo aprovecho para acariciar su torneado pecho. La temperatura sube y de repente hace mucho calor. Sobre todo cuando una de sus manos se queda cerca de mi sujetador. Nunca he sentido nada así por nadie. Nunca he sentido este torrente de deseo. Me remuevo entre sus brazos y Liam se coloca mejor entre mis piernas. Lo miro un segundo a los ojos, acalorada. Él debe de notar que todo esto para mí es demasiado nuevo, porque baja su mano y me acaricia el estómago al tiempo que me da cientos de besos por la mejilla y los labios para relajarme. Me cobija entre sus brazos y me dejo hacer. Disfruto de sus caricias, pero también anhelo más, a la vez que lo

temo por mi inexperiencia.

Pasado un rato cambiamos de postura y me pone sobre su pecho para ver la tele, aunque intuyo que no me enteraré de nada, porque solo puedo pensar en él. En todo lo que me hace sentir. Me gusta estar así con él y creo que no podría tener esta complicidad con ningún otro.

—¿Alguna vez has estado así con alguien? —No sé por qué le pregunto algo así. Quizás porque en el fondo espero que me diga que no y que también sea para él su primera vez.

—Sí. —Cuando hace esa afirmación, parte de mi sonrisa se pierde—. Hace unos años estuve con alguien. Llegué a renunciar a mi reino

por ella.

Me levanto y lo miro, tratando de asimilar esta nueva información. No esperaba ser la primera en su vida, desde luego, pero enterarme de que quiso a alguien tanto como para dejarlo todo me ha dejado helada.

—Me gustaría escuchar la historia.

Liam me observa serio.

—De acuerdo, pero antes, debes saber que yo solo tenía dieciocho años en aquel entonces... —Lo miro—. Bueno, no quiero decir que tú no seas madura... —Se levanta y se pasa la mano por el pelo—, ... sino que yo no era tan maduro como tú con esa edad, y que he madurado mucho en los casi cuatro años que han pasado desde

aquello.

Asiento.

—Era mi primer año de universidad y yo me había ido a estudiar fuera. —Se levanta del sofá y camina hacia la ventana—. Me sentía libre, lejos del control de mis padres..., bueno, o eso creía, porque no me habían dicho que tenían guardaespaldas repartidos por todo el campus vigilándome... El caso es que conocí a una joven de mi clase que me cautivó.

Liam está de espaldas a mí, mirando por la ventana, recordando. Yo subo los pies encima del sofá y me abrazo las piernas.

—Era muy bonita y yo me creía que lo sabía todo. —Lo veo sonreír con

tristeza a través del cristal—. Empezamos a salir. Me enamoré, o eso pensaba yo entonces. Les dije a mis padres que lo dejaba todo, que no quería saber nada de ellos, que no me importaba nada excepto ella. Cuando al poco se lo conté, me dejó. Solo veía en mí al príncipe, nunca me vio a mí. Regresé junto a mis padres con el rabo entre las piernas, como se suele decir; no me dijeron nada sobre ese tema y yo lo preferí. Ellos nunca me tomaron en serio. Pero de haber seguido todo hacia delante y no haber querido volver, ellos habrían ordenado a sus guardaespaldas que me trajeran de vuelta al reino sí o sí.

—¿En algún momento has pensado que yo era como ella?

Liam se gira y me mira serio.

—Sí, lo he pensado. No te mentiría. A ti no.

—Bien. —Bajo los pies del sofá y me levanto—. Estoy cansada...

Liam se acerca.

—Elen, ella no significó nada. Ahora lo sé.

—Me alegro por ti —digo sin mirarle a la cara. Él me coge de los brazos.

—Elen...

—¿Qué? —Lo miro. Liam alza su mano y me acaricia la mejilla.

—A ella nunca le dije que la amaba.

—¿Cómo sabes que me amas?  
¿Cómo sabes que no te atraigo solo

porque soy un desafío contra lo que se espera de ti? Tú mismo lo dijiste, Liam, soy tu respiro. Tal vez solo sea eso. — Él me mira herido y yo suspiro con resignación—. Siento si te duele oír eso, pero es lo que pienso. Yo te quiero, Liam, pero quererte me hace más daño que otra cosa, porque yo sé que nunca podremos tener un futuro juntos. Tú te empeñas en que sí, pero después de contarme esto, temo que yo no sea más que una nueva forma de rebelarte contra tus padres y confundas eso con amor.

—¿De verdad crees eso?

—También creíste estar enamorado de ella —le digo con el corazón cada vez más roto—. Puede que un día, al igual que ahora sabes que a ella no la

querías, descubras que a mí tampoco.

—Renunciaría a todo por ti...

—Es lo mismo que hiciste por ella.

Liam, yo nunca te pediría que renunciaras a nada. Me encantaría que no fueras el príncipe pero, sinceramente, yo no estoy preparada para ser reina, y si renuncias a tu reino por mí me sentiría mal... No hay salida —Solo de pensarlo siento que me falta el aire y tengo una imperiosa necesidad de llorar.

—¿Qué debo hacer para demostrarte que me importas? —Sus ojos verdes siguen serios y dolidos.

Me sabe mal decirle esto, pero esta historia me ha traído de vuelta a la realidad. Aunque él me quisiera de verdad, ¿qué cambiaría eso? Nada. Él lo

ha dicho, su padre nunca dejaría que se escapara de sus responsabilidades. Y además, siempre me quedará la duda de si él me quiere a mí o me quiere por lo que yo represento, la libertad que cree tener conmigo.

—Nada... Es mejor que disfrutemos de esto mientras dure, sea lo que sea.

—Si tú sigues convencida de que acabará, no tengo más que decir.

Liam empieza a irse y yo lo sigo.

—Liam, por favor, no te vayas así...

—¿Y qué quieras que haga entonces? ¡Estás poniendo en tela de juicio mis sentimientos por un error que cometí de joven! ¿Crees que no sería

más fácil para mí no sentir nada? Como tú, sé muy bien que no puedo escapar de mi destino. Esa es la verdad. Pero la verdad a veces no nos hace ser más felices ni luchar por lo que queremos. ¿Mejor así?

Me acerco a él y le pongo una mano en la mejilla.

—Tengo miedo, Liam. Miedo de que, cuando esto acabe, no sepa seguir viviendo sin ti.

Mis ojos se llenan de lágrimas y Liam me las limpia.

—Yo también. —Me abraza con fuerza y yo a él.

—Siento haberte dicho esas cosas, pero es que quiero tener los pies en el suelo, estar preparada para cuando

llegue el momento...

—Elen, nunca dudes de lo que siento por ti, pase lo que pase. Eres lo único verdadero que me ha pasado en la vida.

En ese momento le suena el móvil. Se separa un poco para contestar y, tras una breve conversación, cuelga y me dice:

—Tengo que irme.

Vamos a la habitación en que está la escalera y me levanta la cara para besarme. Me pierdo en sus labios y lo abrazo con fuerza. Cuando nos separamos, las ganas de que esto nunca termine han vuelto a aumentar y eso aún me pone más triste. Quiero disfrutar al máximo los momentos que tenga a su

lado, pero sé que cuando llegue el momento de decirle adiós, una parte de mí morirá para siempre.

Liam posa un pie en la escalera de hierro, pero antes de salir del todo, me clava sus increíbles ojos verdes y dice:

—Te quiero, Elen. Lo que pasó con aquella chica me enseñó a no confiar en nadie y en los años que han pasado desde entonces no he vuelto a creer sentir algo por ninguna otra..., pero todo cambió cuando te conocí.

Asiento y Liam se marcha, no sin antes asegurarse de que cierro bien la ventana.

Para cuando regresan mis padres ya lo he recogido todo, no queda nada que delate que Liam ha estado aquí. Me

acuesto y pongo el móvil bajo la colcha. Llevo un rato pensando en todo lo que me ha contado Liam. Tecleo un SMS y se lo envío:

«Te amo, buenas noches.»

Dejo el móvil sobre la mesa y trato de dormir, pero mi mente es un hervidero. Aunque una parte de mí quiere reír de júbilo por lo que estoy viviendo, porque por primera vez me siento viva, otra quiere llorar porque algún día terminará y no dejar de hacerlo hasta que no me queden lágrimas.

\* \* \*

Voy corriendo a la universidad. Anoche no dormí bien dándole vueltas a

todo y esta mañana cuando sonó el despertador ni lo escuché. Estoy entrando por la puerta cuando me llega un SMS de Liam:

«¿Se te han pegado las sábanas? Besos.»

Lo leo mientras camino por los pasillos, procurando no sonreír. Cuando estoy a punto de llegar a mi clase y alzo los ojos, veo a Liam hablando por el móvil en la puerta. Me sonrío disimuladamente y yo hago lo mismo. Al pasar por su lado para entrar en el aula, siento como acaricia mi mano sin que nadie lo note salvo yo. Un sinfín de escalofríos me recorre y trato de que la felicidad que me trasmite su caricia no se vea reflejada en mi cara. Creo que

fingir que me es indiferente es lo más difícil que he hecho en mi vida.

Al llegar la hora del descanso me dirijo a la biblioteca para repasar unas cosas mientras me tomo el almuerzo. He visto a Liam de lejos con Bianca. Ahora que sé su historia, me he dado cuenta de la tristeza que hay en su mirada. Especialmente cuando Albert anda cerca.

Llego a las mesas del fondo, que están vacías como de costumbre, dejo mis cosas en la mesa y cojo de la estantería el libro que me hace falta.

—¿Te ayudo?

La voz de Liam susurra en mi oído y me dejo caer hacia atrás al tiempo que pasa una de sus manos por mi cintura.

—¿Y si alguien nos ve?

—Ahora no hay nadie.

Me giro en sus brazos para mirarlo y Liam baja su cabeza para atrapar mis labios.

—¿Qué te ha pasado esta mañana?

—me pregunta separándose y alejándose hacia la ventana. Yo, disimulando, también me siento en la mesa.

—Cuando escuché el despertador pensaba que estaba soñando y seguí durmiendo hasta que mi madre entró a despertarme.

—Te pido disculpas por la parte que me toca.

—No pasa nada.

Liam se sienta a mi lado y dice:

—Si alguien viene, estamos

estudiando —Y me da un beso rápido. Como me le quedo mirando feliz, añade —: Vamos, haz lo que tengas que hacer. Si no, me sentiré aún más culpable por retrasarte también en los estudios.

—Me cuesta un poco concentrarme contigo tan cerca —le digo sonriente.

—¿Prefieres que me vaya?

—No, no, haré el esfuerzo.

Liam se ríe y los dos nos concentramos en nuestros respectivos libros. Me gusta verlo así. De vez en cuando, nuestras manos se juntan para darnos una muestra de cariño. Nuestras sillas están cada vez más cerca, mi hombro se está tocando con el suyo y aunque no me puedo concentrar bien, no cambiaría esta forma de estudiar por

nada. Me sorprendo cuando suena el timbre para la siguiente clase —el tiempo se me ha pasado volando— y miro a Liam con tristeza. No quiero salir de la biblioteca y fingir otra vez que no hay nada entre nosotros.

—No me pongas esa cara.

—Yo no te estoy... —Antes de que pueda acabar, Liam me besa cogiéndome la cara con sus dos manos —. No creas que así consigues que me calle.

—Al menos consigo que no estés triste.

No puedo evitar sonreír y Liam me da otro beso antes de levantarse.

—Intentaré encontrar un hueco para vernos —dice.

Asiento y lo veo marchar. Luego recojo mis cosas con prisa para ir a mi siguiente clase, pero es difícil cuando te tiemblan las manos y tienes a la razón y al corazón luchando en tu interior sin darte tregua. Como siempre, silencio a ambos y me digo que debo disfrutar de esto, sin pensar en lo que pasará cuando todo termine.

\* \* \*

Ya es sábado. Esta semana solo he visto a Liam de lejos en la universidad, me ha llamado unas pocas veces, cuando ha tenido un rato, y nos hemos enviado algunos mensajes. No hemos vuelto a sacar la conversación de la otra noche. No dudo de que es sincero cuando dice

que me quiere, el problema reside en que no creo que sepa lo que siente por mí. Me he mirado muchas veces al espejo estos días tratando de averiguar qué es lo que ha visto Liam en mí. Siempre me he considerado una joven muy normal —y con bastante tendencia a sonrojarse, por cierto—. Sé que el físico no es todo, que a Liam le atrae mi inteligencia, porque le encanta debatir conmigo sobre temas importantes, y a mí que él quiera hacerlo, saber que puedo contarle cosas que a otras personas nunca les diría por temor a que piensen que voy de lista, porque con él no es así.

Es tarde y esta noche Liam tenía una fiesta en casa de Roberta, que sigue empeñada en conquistarlo. Y Bianca no

se ha separado de Liam en toda la semana. El hecho de saber que han roto no mitiga mis celos al verlos juntos, pues en el fondo pienso que cuando yo siga mi camino, él acabará con ella. A veces me siento como una intrusa entre los dos.

Oigo la puerta de la heladería cuando estoy sirviendo una de las mesas y, al alzar la cabeza, me sorprende ver entrar a Ángel, Adair y Robert, pues no vienen mucho por aquí. Los tres me saludan desde lejos y, por la sonrisa sincera que me dedica Robert, sé que lo que pasara entre nosotros ya ha quedado atrás. Y eso me alegra mucho.

—Hola, chicos —les digo acercándome a ellos; todos me dan dos

besos.

—Venimos a cenar y a probar vuestros famosos helados —me dice Ángel.

—Eso está hecho, pasad por aquí —digo conduciéndoles a una de las mesas.

—¿Qué tal todo? —me pregunta Robert cuando les tiendo las cartas.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien —me dice alegre.

—Eso es porque ha conocido a una joven, o a varias... —Robert golpea a Ángel y este se ríe.

—Me alegro por ti. —Le sonrío.

Mi madre, que les ha visto entrar, se acerca a saludar a Robert; se cruzan algunas palabras de cortesía y, cuando

se va, empiezo a tomarles nota. Cuando le toca el turno a Adair, me está observando de tal manera que por un momento pienso que me puede leer la mente.

—¿Y tú, Adair?

Él cambia el gesto, me sonrío y me pide la cena. Me dirijo a la cocina a pasarle el pedido a mi padre, que me mira sonriente en cuanto cruzo la puerta y en sus ojos se lee lo que está pensando ahora mismo, que me gusta Robert, por eso me adelanto a añadir:

—Ya no me gusta Robert.

—Yo no he dicho nada —se defiende mi padre sonriente y me quita la nota de las manos.

—Pues está muy guapo —añade mi

madre—. Es una lástima. ¿De verdad que no te gusta?

Miro a mi madre y bufo. Si ellos supieran...

Preparo las bebidas que han pedido y se las llevo a la mesa, y lo mismo hago cuando está la cena. Para cuando me piden los helados de postre, ya prácticamente se ha ido todo el mundo.

—Elen. —Oigo que me llama Ángel, y me acerco a ellos—. Vamos a ir a tomar algo al pueblo, ¿te quieres venir? Ahora que Laia no está, no sales mucho...

—No, no me apetece...

—¡Por supuesto que va! Siempre está aquí metida con sus libros y esa no es vida para una joven de dieciocho

años —dice mi madre. Voy a replicar algo, pero la forma en que me mira me hace aceptar. Está ilusionada porque haga algo normal, aparte de estudiar y de ayudarlos en la heladería.

—Está bien, subiré a cambiarme.

Cuando bajo, ellos son los únicos clientes que quedan en la heladería y mis padres ya están recogiendo para cerrar.

—Ya estoy.

—Traedla luego a casa —les pide mi madre—. Cuidádmela y pasadlo muy bien.

Me da un beso y salimos hacia el aparcamiento. En cuanto veo el coche en el que han venido, pienso inmediatamente en Liam, pues es el

suyo. Adair ha debido de pedirselo prestado.

—¿Te puedes creer que Adair tenía este pedazo de coche y casi no lo saca del garaje? —comenta Ángel.

—Sí —digo mirando al implicado.

Nos montamos en el coche, yo atrás junto a Robert. Cuando me abrocho el cinturón y el coche se pone en marcha, lo pillo mirándome.

—¿Has estado bien? —me pregunta con cariño.

—Sí... Lo que pasó...

—... Era lo que tenía que pasar — Robert me coge cariñosamente la mano.

—Me alegra que estés bien. No quería hacerte daño...

—Tranquila, estoy perfectamente.

—Ojalá un día encuentres a alguien que te ame como te mereces.

—Tú también.

Miro por la ventanilla para que no advierta el halo de tristeza que ha pasado por mis ojos. Me siento mal por haber utilizado a Robert para no enamorarme de Liam. Siento que le debo una explicación, pese a que ahora esté a mi lado sonriente. No quiero perderlo como amigo y siento que hasta que no le diga la verdad, no lo seremos del todo.

Robert suelta la mano y seguimos el viaje. Ya en el *pub* nos pedimos algo de beber y Ángel me toma la mano e intenta sacarme a bailar, aunque yo me niegue. Al final consigue arrastrarme hasta la pista, por lo que no me queda

más remedio que sonreír y moverme al ritmo de la música. Mientras bailamos, dos jóvenes se acercan a la mesa en la que estamos; Ángel lo ve y se apresura a llegar hasta ellas. Me quedo sola en la pista porque me siento un poco intrusa y no quiero molestar, pero Adair no parece interesado en darles conversación, por lo que me acerco y me siento a su lado.

—¿Qué tal con Liam? —me pregunta mientras Ángel y Robert hablan con las otras chicas.

Me sonrojo. Menos mal que con la poca luz que hay no lo va a notar, o eso espero.

—Bien..., normal...

Adair me estudia y yo le doy un

sorbo a mi bebida sin alcohol, nerviosa.

No me da más conversación por lo que, pasado un rato, el ambiente empieza a aburrirme. De pronto noto que me vibra el móvil y lo saco. Es Liam. Me levanto y busco un sitio donde podamos hablar sin chillar, porque aquí, con la música tan alta, no va a oírme.

—Un momento —le contesto al descolgar mientras corro hacia el aseo de las chicas.

Cuando entro, pongo cara de asco por lo sucio que está, pero cierro la puerta igualmente.

—Hola, Liam. Ahora te escucho mejor.

—¿Dónde estás?

—En un *pub*. He salido a tomar

algo con Adair, Ángel y Robert.

—¿Robert? Qué bien. —Me parece notar ciertos celos en su voz; sin embargo, suena alegre cuando añade—: Bueno, entonces pásalo bien. Nos vemos.

—¡Liam! —grito temiendo que me haya colgado, pero no lo ha hecho.

—¿Qué?

—Yo no...

—Elen, solo ten cuidado, ¿vale?

—Sí... ¿Dónde estás?

—Debajo de tu casa. Te llamaba por si podías bajar un momento, pero ya quedaremos otro día.

—Me hubiera gustado verte...

—A mí también. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuelgo y salgo de los aseos algo triste por haber perdido la oportunidad de verle. Y también por cómo se apresuró a ocultar los celos en su voz: porque aunque estemos jugando a ser algo más que amigos, en realidad no somos novios y nunca lo seremos. Por eso él no se ha sentido con derecho a tener celos de un ex, del mismo modo que yo tengo que mirar hacia otro lado cuando está con Bianca.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Adair cuando regreso con ellos a la mesa. Yo asiento y trato de sonreír. Él me observa muy serio un segundo, y luego se levanta y me tiende la chaqueta —. Chicos, voy a llevarla a su casa.

Me sorprende su reacción pero lo

agradezco. No tengo ningunas ganas de estar aquí.

—¿Ya te vas? Qué lástima —dice Ángel levantándose y dándome dos besos. Robert hace lo mismo y añade:

—Nos vemos, Elen.

Adair y yo nos montamos en el coche y comienza a conducir en silencio. Me pregunto si se le pasará algo por alto. Resulta escalofriante que sus ojos plateados no dejen escapar detalle de nada.

—No tenías muchas ganas de salir, ¿verdad? Pero por una madre... — comenta como para romper el hielo.

—Mi madre se siente culpable. Cree que entre los libros y la heladería no tengo vida social.

—¿Y así es?

Miro hacia la carretera temiendo que mis ojos me delaten cuando le conteste.

—Solo en parte.

Llegamos a mi casa. Cuando Adair detiene el coche, se queda mirando un punto oscuro en el aparcamiento y, al mirar en esa dirección, advierto un movimiento. Mi corazón late acelerado pensando que puede ser Liam.

—Estás jugando con fuego. Bueno, los dos... ¿Por qué te haces esto, Elen?

Me giro hacia Adair y sé, sin necesidad de preguntar, que lo sabe todo y que no dirá nada.

—Porque le quiero —respondo sin más.

Adair sonríe con tristeza.

—Ya lo conoces desde hace tiempo. A estas alturas, deberías saber que a veces el amor no es suficiente..., t  misma.

Adair no dice nada más y yo abro la puerta para salir.

—Tranquilo, s  que al final tendr  que verlo marchar; pero hasta entonces, quiero disfrutar del poco tiempo que pueda estar a su lado.

Adair no dice nada. Yo termino de bajar del coche, cierro la puerta y él se va. Me giro y camino hacia donde creo que estar  Liam, que no tarda mucho en salir a la luz y sonre rme.

No me arrepiento de lo que estoy haciendo. Prefiero amarlo y recordarlo

que pasarme toda la vida preguntándome cómo hubiera sido estar con él y lamentando no haberlo hecho.

# CAPÍTULO 16



## ELEN

Liam está sentado con la espalda apoyada en uno de los árboles que hay junto al lago. Después de irse Adair, hemos venido aquí tras coger una manta fina que llevaba Liam guardada en la moto. No hemos hablado mucho, pero sí nos hemos besado hasta perder el sentido. Lo observo callado con los ojos puestos en el lago iluminado por la luna.

—Mi madre cree que mi vida se reduce a la heladería y los estudios.

Liam me sonríe con cariño.

—Por eso sal  con ellos.

—No pasa nada, Elen.

— No te molesta que...?

—Sí, pero confío en ti. —Me

quedo mirando sus ojos verdes y me alzo de su pecho para darle un beso.

— No te preguntas con quién estar  cuando esto termine? —le pregunto, pues esa idea me atormenta cada vez que pienso en él.

Liam me mira serio.

—No habrá nadie más, Elen.

Conseguir ...

Le pongo la mano en los labios.

—No digas nada...

Liam acepta mi petición y nos quedamos en silencio abrazados juntos,

cada uno sumido en nuestros tormentosos pensamientos.

Nos volvemos a besar sabiendo que tenemos los momentos contados. Nunca me sacio lo suficiente de sus labios, los minutos pasan como si fueran segundos y la hora de la despedida es cada vez más amarga por no saber cuándo tendremos otro momento robado para nosotros dos.

## **LIAM**

Me pierdo en la boca de Elen y me olvido de todo salvo de ella. Su sabor y su dulzura. Y trato de borrar con mis besos cada duda que veo aflorar en su plateada mirada. Cada atisbo de tristeza cuando cree que de verdad tenemos los

minutos contados y un día nos diremos adiós. Yo no pienso decirle adiós. No pienso renunciar a ella.

Sus labios acarician los míos y siento que pierdo la razón cuando se pega a mi pecho buscando una mejor postura para nuestro intercambio de besos. Sentirla pegada a mí cuando la deseo tanto es una tortura, pero debo recordarme que aún es muy inexperta en esto, tanto como desearía serlo yo también. Profundizo el beso introduciendo mi lengua en su boca y ella me sigue arrastrada por este mar de pasión. Ella se remueve. Mi deseo se acentúa. Busco el bajo de su camiseta y meto mi mano dentro, ansiando acariciar su cremosa piel. Cuando lo consigo,

subo mis manos por su espalda desnuda hasta rozar el sujetador. Esta vez Elen no se tensa, no se aparta. Me atrevo a dar un paso más y acaricio la parte baja de sus pechos sobre el sostén. La caricia la recorre entera y noto como su deseo se incrementa. Desciendo por su cuello, dejando un reguero de besos por el camino. Su perfume me embriaga, me enloquece. Cuando la beso bajo la oreja, la escucho reprimir un gemido. Sonrío y lo vuelvo a hacer. Elen se remueve de nuevo entre mis brazos y cada vez me cuesta más recordar los motivos para ir despacio, solo pienso en besar cada centímetro de su aterciopelada piel. Mis labios siguen avanzando y acaricio con mi lengua su clavícula. Su respiración se

agita. Sus pechos suben y bajan. Atrevido por su reacción, alzo un poco más mi mano y acaricio su pecho por completo sobre la gruesa tela que me priva de disfrutarlo en su totalidad. Ella se retuerce y lleva sus manos a mi camisa. Me encanta cómo responde a mis caricias sin esconderse nada. Sin pensar en nada salvo en lo que estamos haciendo. Todo lo demás deja de existir cuando estamos juntos. Ella es mi vida entera y no sé qué haría si un día no la tuviera a mi lado. Bajo mis labios hasta la cima de sus pechos, justo en el borde de su sujetador, y noto como se tensa ante la novedad. Sonrío y decido que por hoy es suficiente. Le doy pequeños besos por el cuello y la beso con ternura

en los labios al tiempo que aparto mi mano de sus pechos para abrazarla contra mi pecho. Poco a poco, nuestras respiraciones se van acompasando. De pronto me asalta una idea, tal vez un tanto arriesgada, pero ya todo me da igual excepto ella y necesito borrar esas dudas que siento respecto a lo nuestro.

—¿Te apetece ir a un concierto conmigo el sábado que viene? —le pregunto acariciando su espalda. Se levanta y me observa.

—¿No será peligroso que nos vean juntos?

—No creo que allí se sorprenda nadie si me ven con gorra y gafas de sol. —Sonrío pero eso no alivia la tensión en su mirada. Le acaricio la mejilla—.

Confía en mí.

—Yo... Nunca he ido a un concierto, la verdad. Y me apetece pero...

—No hay peros que valgan, ya te diré cómo quedamos.

—¿Estás seguro de que nadie nos descubrirá?

—Sí.

—Entonces vale, me apetece mucho.

Atrapo sus labios y me separo cuando siento que una vez más voy a perder el control.

Nos despedimos con un largo beso y la veo subir a su casa entre las sombras, deseando que un día desaparezca esa velada despedida de su

mirada.

## ELEN

Termina la última clase del viernes y miro de reojo a Liam mientras guardo mis cosas en la cartera. Desde el sábado no hemos podido volver a quedar solos, porque le recoge un coche de su padre cuando sale de la universidad para ir a atender asuntos con él. Liam se percata de que lo estoy mirando y me devuelve la mirada de manera casual, para que nadie note lo que dicen nuestros ojos. Tan solo él y yo sabemos lo que nos trasmitimos.

Corto el contacto visual y salgo del aula pasando cerca de Liam y Bianca. Me cuesta mucho aparentar indiferencia

cuando les veo juntos, sobre todo porque me encantaría volverme y abrazarlo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras me alejo y a duras penas consigo reprimir mis ganas de girarme y mirarlo de nuevo. Aún no hemos hablado de cómo quedar mañana para el concierto. Me sigue pareciendo un poco peligroso, pero deseo tanto ir con él, que estoy dispuesta a correr el riesgo.

Es media tarde cuando decido ir al pueblo a comprar unas cosas y dar un paseo. Aunque mis padres me han dicho que no tenga prisa en regresar, no me demoraré mucho, porque hoy, al ser comienzo de fin de semana, suele venir mucha gente a cenar.

Entro en algunas tiendas pero no compro nada. Mis pies me llevan a un antiguo restaurante que fue cerrado hace un año por la jubilación del dueño. Por lo que parece, lo están reformando. Mis padres me trajeron una vez a comer aquí. Me gustó mucho el lugar: los suelos eran de parqué y las paredes estaban decoradas con mucho mimo.

—Hola, Elen. —Me giro y veo a Robert tras de mí con unas bolsas.

—Hola. —Me da dos besos y miro hacia el restaurante—. No sabía que lo abrían de nuevo.

—Sí, y tú conoces a los dueños.

—¿Yo?

Robert me sonrío.

—Adair ha dejado por fin que su

padraastro le ayude con los gastos en la compra del local para su madre.

—No sabía que la madre de Adair quisiera abrir un restaurante.

—Es culpa del hablador de Adair —ironiza—. Le irá todo muy bien a Blanca, la madre de Adair. Estoy seguro.

—Seguro que sí.

—¿Adónde ibas?

—A ningún sitio en concreto..., me apetecía dar un paseo.

—No tienes buena cara.

Lo miro y, una vez más, veo a mi amigo, al que me escuchaba cuando no existía entre nosotros la tensión de querer ser algo más. Sus ojos dorados me contemplan con cariño.

—Es lo que tiene pensar mucho.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Sí, lo sé.

—¿Te apetece venir a mi casa a merendar? Mi abuela ha dejado un bizcocho hecho antes de irse con mi abuelo a su partida de los viernes en el asilo.

—Sí, me encantaría. Así también te cuento algo...

—No me tienes que dar explicaciones.

—Quiero hacerlo.

Robert asiente y me tiende una bolsa que pesa poco después de yo pedirle que me deje ayudarlo. Nos encaminamos a su casa, que está en una

zona residencial de casitas adosadas a las afueras del pueblo pero no muy lejos del centro. Cuando llegamos, Robert abre la puerta y vamos hacia la cocina. Una vez que hemos guardado toda la compra, corta el bizcocho y saca dos batidos de chocolate.

—Vamos afuera. Hoy no hace mucho frío y estaremos más a gusto.

Le sigo hasta la parte trasera de la casa, un pequeño patio con una barbacoa en un extremo y una amplia mesa bajo un porche de madera. Dejamos la merienda sobre la mesa, nos sentamos y me quedo mirándolo. No sé muy bien por dónde empezar. Al final acabo contándole todo. Robert me escucha con cariño sin decir nada; cuando termino, se queda en

silencio.

—Siento mucho...

—No pasa nada, Elen. Tú y yo solo hemos sido amigos. No puedo negarte que me gustabas, pero nunca fue amor. No como lo que tú sientes por Liam.

—Todo habría sido más fácil si yo me hubiera sentido atraída por ti.

—Hubieras sufrido menos, eso sí. —Robert me mira serio—. Elen, me preocupas. Tengo miedo de que esto te haga daño...

—No quiero renunciar a él. Pero soy consciente de que un día lo tendré que hacer.

—Yo no contaré nada de esto a nadie. Puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Seguimos merendando en silencio, pero esta vez el silencio a su lado no me resulta incómodo.

—Me siento una intrusa en mi universidad. Más que nunca. Antes solo sentía que no encajaba; ahora es como si quisiera ocupar un lugar que no me corresponde. Muchas veces he pensado si no habría sido mejor para Liam y para mí no habernos conocido nunca. Él habría aceptado a Bianca y yo nunca habría sabido lo que es amarle...

—No te arrepientes en absoluto. Lo puedo leer en tus ojos.

—No, pero no sé si podré irme sin mirar atrás.

Robert acaricia mi mejilla y me doy cuenta de que estoy llorando.

—Siempre nos tendrás a nosotros.

—Gracias. Pero si me voy, no volveré hasta que lo haya olvidado.

—¿Y si pudieras reinar a su lado?

Enseguida siento que me falta el aire.

—Yo no... no... —Me levanto realmente agobiada y Robert, asustado, se pone detrás de mí para acariciar mi espalda.

—Tranquila, Elen, pero es lo que él acabará siendo.

—Yo no estoy preparada para ser reina. Ni siquiera me he planteado que realmente exista esa posibilidad. Yo no podría...

—Liam lleva toda la vida preparándose para eso, es normal que tú

te agobies ante esa perspectiva.

—No estoy a la altura de algo así.

—Tienes que tener más fe en ti,

Elen.

Robert me abraza y yo me sumerjo en sus brazos aceptando su cariño. Nos quedamos un rato así, en silencio. Mi mente no deja de darle vueltas a todo lo vivido, pero como sé que la opción de ser reina nunca se presentará, no la tengo en cuenta.

—No cambiaría este tiempo con él por nada. Me va a doler igual cuando le diga adiós.

—Ánimo, Elen. Te envidio, pues sentir esto por alguien debe de ser muy grande.

—Sí, es una lástima que el amor no

sea suficiente.

Él me acaricia la espalda y yo me separo para reponerme, pues no quiero volver a derrumbarme por hoy.

\* \* \*

Robert me lleva en coche a mi casa y cuando llegamos, veo que hay mucha gente en la heladería.

—Gracias por todo. Me alegra haber hablado contigo —le digo.

—De nada, y a mí también. Lo echaba de menos. Si mañana necesitas una coartada para ir al concierto, llámanos y venimos a por ti.

Le he contado a Robert lo del concierto de mañana mientras veníamos y, aunque no me gusta engañar a mis

padres, me alegra poder contar con la ayuda de mis amigos.

—Gracias. Nos vemos.

Entro en la heladería y enseguida, como si mi instinto lo supiera, mis ojos se fijan en Liam, que está sentado en una mesa con varios compañeros de mi universidad, entre ellos Bianca y, cómo no, Roberta. Aparto la mirada, pues Liam me estaba mirando muy serio, supongo que porque Robert me haya traído en su coche, y he sentido el impulso de ir a darle una explicación. Subo a mi casa para cambiarme y bajar a ayudar a mis padres. Cuando dejo el bolso, saco el móvil y compruebo extrañada que tengo dos mensajes y una llamada de Liam. ¿Cómo no lo escuché?

Miro el móvil y descubro que lo tengo en silencio. ¡Se me olvidó ponerle el sonido después de las clases! Abro los mensajes y los leo:

«Hola, preciosa. Ya sé cómo quedar mañana. Cuando puedas llámame y te lo comento. He quedado con algunos compañeros de la universidad para ir a tu heladería. Te veré por allí. Besos.»

«¿Dónde andas? Pásatelo bien. Cuando puedas llámame, besos.»

Los leo sintiéndome un poco mal y le mando un SMS antes de bajar a la heladería:

«Hola. Acabo de ver tus mensajes : ( Se me olvidó ponerle sonido al móvil después de clase. ¿Cómo quedamos mañana? Tengo ganas de estar contigo.

Besos.»»

Bajo a ayudar a mis padres y de vez en cuando miro a Liam de reojo: sigue serio, pero ya dudo que sea por mí. Habla con sus compañeros y les contesta con cortesía, pero sus preciosos ojos verdes están ausentes.

Entro en la cocina a dar a mi padre unas notas y saco el móvil que llevo en el bolsillo. He sentido antes que me entraba un mensaje, pues lo puse en vibración; es de Liam:

«Te veo a medianoche en la parte trasera de tu casa y hablamos. Si te tienes que retrasar, no te preocupes, te esperaré. Besos.»»

Le escribo diciéndole que no me retrasaré y sigo atendiendo mesas. Son

cerca de las once cuando Liam se marcha con los demás, no sin antes volverse para mirarme sin que nadie se percate. Yo hago lo mismo y sigo a lo mío. Al poco se van todos los clientes y me pongo con mis padres a recoger el local.

—Voy a ir a dar un paseo por aquí cerca —digo cuando estamos casi acabando.

—Ten cuidado —me dice mi padre.

—Si veo que está muy oscuro, me quedaré por los alrededores. Pero hace buena noche y me apetece evadirme.

—No tienes que darnos explicaciones. Ya eres mayor —me comenta mi madre—. No vuelvas tarde.

—No.

Subo a por mi chaqueta y luego salgo por la puerta trasera. Todavía no son las doce, no espero que Liam venga tan pronto, por lo que me siento en la escalera a esperarlo. Después de un rato miro el móvil: ya son pasadas las doce, me extraña que no haya llegado aún.

Escucho la puerta abrirse y veo a mi padre salir por ella.

—Hija, nos vamos a dormir. Quédate el tiempo que necesites, pero no te alejes demasiado —dice.

Yo asiento y él se va; escucho la puerta cerrarse con llave. Miro una vez más mi entorno, o lo que me permite ver la luz trasera de la casa.

—Elen.

Me giro hacia donde proviene la voz de Liam, que no tarda mucho en salir de la oscuridad. Me levanto, voy hacia él y lo abrazo. Liam me devuelve el abrazo. Tenía muchas ganas de estar así con él. Demasiadas, lo cual me hace preguntarme enseguida cómo podré vivir cuando sus brazos no estén para arroparme.

—Tenía ganas de tenerte así.

—Yo también. No he podido venir antes y tengo que marcharme pronto.

—Pero ahora estás aquí. —Salgo un poco del cobijo de sus brazos y Liam me besa. No sé cuánto tiempo pasa antes de que se detenga con la respiración agitada, al igual que la mía.

—He de irme..., aunque me

gustaría quedarme, pero mañana estaremos más tiempo juntos. Te espero en la pizzería de siempre, a las siete de la tarde. Te pasaré a buscar con el coche.

—Allí estaré.

—¿Seguro que tus padres no pondrán pega en que vengas?

—Por mis padres no te preocupes, les diré que salgo con mis amigos. Eso me recuerda...

—Sé que has estado con Robert. Te vi salir de su coche.

—No se te escapa una —digo con expresión pícara.

—No, pero tranquila, no me debes explicaciones. Confío plenamente en ti.

—Entonces, ¿por qué tenías esa

cara cuando entre?

—Me acordé de algo que me dijiste el otro día. Voy a luchar por nosotros, Elen. No tengas duda. Para mí, tú eres mi novia desde el instante en que empezamos esto y no pienso perderte. Esperaré el tiempo que haga falta hasta que tú aceptes que tu destino es estar junto a mí.

Aparto la mirada, impactada por su confesión. Yo también quiero sentir que somos eso, novios..., pero la razón mantiene anclados mis pies en el suelo. No puedo evitarlo, yo no tengo esa fe ciega de Liam en poder encontrar una salida para nosotros. Y menos si la única salida posible y lógica es que yo reine a su lado...

—¿Estás bien? —Me ha dado un escalofrío al pensar en el reino y Liam lo ha malinterpretado.

—Sí...

La llamada al móvil de Liam me corta; este lo saca de su chaqueta y contesta sin soltarme.

—Sí..., ahora mismo voy... No, no me olvido de vosotros. —Liam cuelga y me observa serio—. Tengo que irme ya. —Me besa y se separa para irse—. Duerme bien.

—Tú también. Nos vemos mañana.

Liam asiente y me quedo de pie, mirándolo hasta que lo pierdo de vista. Una vez más, hemos conseguido robarle unos instantes de tiempo a la realidad.

**LIAM**

Tras desayunar en mi cuarto, bajo al despacho de mi padre para una reunión urgente, o al menos eso dice él. Por las escaleras me cruzo con Bianca seguida de sus doncellas. Cuando está en el castillo no la dejan sola ni a sol ni a sombra —su padre así lo dispuso— y en la universidad no se separa de mi lado, seguramente para evitar hablar con Albert.

—Bianca. —Alza la vista y me sonrío—. ¿Tienes un minuto?

Asiente y se disculpa con sus doncellas. Entramos en una salita y cierro la puerta para tener un poco de privacidad.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, bueno. Mis padres vienen

mañana de visita y no sé cuánto tiempo se quedarán por aquí.

—Esa no es una buena noticia.

—No, eso limitará aún más tus salidas. Lo siento, Liam.

—No pasa nada.

—De todas formas, no te preocupes, esta tarde fingiré que me voy contigo y me quedaré en mi cuarto sola, sin que nadie me moleste.

—Gracias por cubrirme.

—De nada, lo hago encantada. ¿Has pensado ya en cómo poder estar con Elen?

Niego con la cabeza. Le conté todo a Bianca, pues sé que puedo confiar en ella y en este tiempo se ha convertido en una buena amiga. No dudó en ofrecerse

como coartada para que mañana pueda ir con Elen al concierto. Utilizaremos los pasadizos secretos del castillo para que la gente no la vea subir a su cuarto y crean que va en el coche conmigo. Era la única forma de que mi padre me dejara en paz, porque cuando le comenté que saldría el sábado sin Bianca empezó a poner pegajos por todo, hasta que Bianca salió al quite y dijo que iría conmigo. Me siento cada vez más asfixiado en palacio y lo peor de todo es que esto no ha hecho más que comenzar.

—No —digo respondiendo a su pregunta—. Pero lo conseguiré.

—Confío en que sí. —Bianca me da un apretón en el brazo y ambos salimos tras quedar para la tarde.

Espero a Elen enfrente de la pizzería, donde he aparcado el coche que guardo en el garaje de Adair. Mi coche oficial lo he dejado escondido en el bosque; de vuelta pasaré a por él y llamaré a Bianca para que vaya al final de uno de los pasadizos —que da a las afueras del pueblo y es por donde ha vuelto a su habitación—; allí la recogeré y entraremos juntos en palacio, para que nadie sospeche nada.

Elen no tarda en aparecer y entrar en el coche sonriente. Tras abrocharse el cinturón, se acerca para recibir mi beso y me toca la gorra que llevo puesta.

—Sigo sin ver claro tu camuflaje.

—Te aseguro que en el concierto

no seré yo el que más llame la atención.

—Bien, entonces no tengo nada más que decir.

Sonrío y pongo el coche en marcha. El lugar donde será el concierto es un pequeño campo de fútbol que queda a media hora de aquí. Vendrá gente de todas partes y dudo que alguien se fije en mí, pues estarán emocionados por ver a los cantantes del grupo.

Mientras conduzco, aprovecho cualquier oportunidad para tomar la mano de Elen, que reposa en su pierna. Aunque Elen no me lo diga, sé que está preocupada por lo nuestro y cree que no seré capaz de encontrar la solución para que podamos estar juntos y, aunque estoy dispuesto a contradecirla, aún no

he encontrado la forma de hacerlo.

Treinta minutos después llegamos al concierto. Salgo del coche tras ponerme las gafas, cojo a Elen de la mano y nos adentramos en la marea de gente que hay aglomerada alrededor del estadio de fútbol. Antes de entrar, compro una gorra del grupo para Elen en uno de los puestos. Está eufórica, no para de sonreír y de mirar a todos lados con atención, como una niña a la que llevan por primera vez al parque de atracciones. Me encanta ver cuánto lo está disfrutando. Una vez pasada la puerta, le doy a Elen las entradas, pues sé que le hará ilusión guardarlas de recuerdo, y vamos hacia la parte de abajo para ver al grupo lo más cerca

posible. Al llegar, pongo a Elen delante de mí y la abrazo por detrás.

—¿Te gusta? —le digo al oído.

—Mucho. Tengo ganas de que empiece —me dice alzándose, y yo aprovecho para besarla.

Luego vuelvo a ponerla de cara al escenario, saco del bolsillo el colgante que compré para ella el otro día y poniéndolo delante de sus ojos, digo:

—Es para ti.

Elen coge con los dedos el colgante: un pequeño sol con centro de nácar rodeado de rayos de plata sinuosos.

—¡Liam, es precioso! —me dice girándose sonriente.

—Puede que no pasemos juntos

todo el tiempo que me gustaría, pero quiero que recuerdes que soy como el sol: aunque no me veas, siempre estoy presente.

Elen me mira con tristeza y luego sonrío.

—Así te recordaré cuando no...

La silencio con un beso antes de que diga lo que está pensando. Le pongo el colgante al tiempo que las luces se apagan y comienza el concierto. La gente empieza a gritar cuando sale el grupo y a empujar hacia delante, y yo acerco a Elen a mí para protegerla. Cuando suenan los primeros acordes, nos sumamos al vaivén de la masa. Elen no se sabe las canciones, pero no para de reír por lo que sucede a su alrededor.

Entre canciones, caricias y besos, la noche va pasando, para mi desgracia. Al salir, le compro el CD del grupo pese a sus quejas, pero después de mucho protestar, al final se lo guarda en el bolso y me lo agradece.

—Voy un momento al servicio.

Se alza para darme un beso y entra en los aseos. Están llenos de gente y tardará un buen rato, por lo que me apoyo en la pared a esperarla.

—¿Liam? ¡Claro que eres Liam! — Me tenso al escuchar la voz de Roberta y trato de hacerme el tonto—. ¿Liam? — repite poniéndose a mi lado.

«¿Cómo diablos ha adivinado que soy yo?»

—¿Qué haces aquí? Por un

momento dudé si eras tú, pero conozco a muy pocas personas con ese pelo rubio y ese hoyuelo... ¿Sorprendido porque te haya reconocido a pesar de tu disfraz?

—Sorprendido no es la palabra.

—«Más bien sería cabreado, o molesto», pienso.

—¿Vienes solo?

—No, he venido con unos amigos, pero no los encuentro. Voy a ir a buscarlos.

—Te acompaño. Tranquilo, no te delataré. —Y me coge del brazo con descaro.

—Preferiría ir solo.

—No lo creo, porque entonces me vería obligada a revelar tu identidad.

—¿Me estás amenazando, Roberta?

—No, estoy usando mis bazas para retenerte a mi lado.

—No juegues conmigo...

—No soy yo la que se está escondiendo —me recuerda con una sonrisa.

La miro serio y saco el móvil. ¡Maldita sea...! Si no quiero que mi padre se entere de esto, tendré que seguirle la corriente. Mando un mensaje a Adair pidiéndole que venga a por Elen, pues intuyo que Roberta no me dejará en paz hasta que ella considere que ha llegado el momento de irse, y no me hace gracia que Elen se quede aquí sola esperando. Al poco me llega su respuesta: viene hacia aquí, que le espere en las taquillas. Escribo otro

mensaje a Elen diciéndole que vaya a las taquillas para volverse con Adair, que Roberta me ha descubierto, y finalizo con un «lo siento». No tarda en responderme:

«No lo sientas, al menos no nos vio juntos. No me arrepiento de esta noche pese a este final. Nos vemos, besos. Gracias por todo.»

Miro a Roberta y maldigo mi suerte mientras se agarra a mi brazo, y pienso que nunca me he arrepentido tanto de ser príncipe como en estos últimos meses. Nunca.

## ELEN

Adair detiene el coche frente a las taquillas. Al entrar lo saludo y él me

devuelve el saludo serio.

—Sé lo que estás pensando.

—No te confundas, Elen. Entiendo que quieras estar con él, pero eso no evitará el dolor cuando llegue el momento de decirle adiós.

—¿Algo más?

—No. ¿Te llevo a tu casa o te apetece venir conmigo a tomar algo? Ángel y Robert me están esperando en un pub.

—No me apetece ir a mi casa, pero tampoco quiero molestar.

—No molestas.

Y sin más, pone el coche en marcha. Yo miro una vez más hacia el estadio por la ventanilla, con la esperanza de ver a Liam, pero al mismo

tiempo respirando aliviada de alejarme de allí. Si Roberta llega a vernos juntos, no sé cómo le habría explicado mi presencia. Durante unas horas, he dejado de ser precavida, de pensar que alguien podía descubrirnos. Éramos solo Liam y yo, su título había quedado en nuestro pueblo. Estaba disfrutando de un concierto, jugando a que éramos iguales... hasta que llegó la realidad en forma de Roberta.

Cuando Adair aparca y entramos en el pub, Ángel y Robert me saludan con cariño. Están echando una partida de billar y, después de mucho insistir, accedo a que me enseñen a jugar. Aunque trato de pasármelo bien y su alegría contagiosa me hace sonreír, mi

mente está lejos de aquí.

—¿Qué tal el concierto? —me pregunta Robert.

—Bien, me ha gustado.

—Yo quería haber ido, pero no conseguí entradas, llevan tiempo agotadas. Solo quedaban en la reventa a un precio escandaloso.

—No tenía ni idea.

¿Cuánto dinero se habrá gastado Liam en ellas? Me inquieta que haya sido mucho. Seguimos jugando, yo con Robert y Ángel con Adair. A media partida, me doy cuenta de que unas chicas que están en la barra no paran de mirar hacia aquí; de hecho, una de ellas se está comiendo a Robert con los ojos. Lo miro y le sonrío.

—¿Y esa sonrisa?

—La morena de la barra no te quita la vista de encima.

Se inclina sobre la mesa para tirar, pues nos toca, y noto como la mira disimuladamente.

—No está mal —me dice bajito y con cara de interesante tras meter un par de bolas.

—Ligón.

Se ríe y va a por su copa.

—Me voy a pedir una copa; esta se me ha acabado.

Ángel lo mira y luego a la barra.

—La mía también.

Ambos se encaminan a la barra y, a los dos minutos, ya han entablado conversación con las dos jóvenes, que

no paran de hacerles ojitos. No me extraña, ambos son rubios e impresionantes. Ángel tiene los ojos verdes, de un tono parecido al de Laia, y, cuando sonrío, hace que la chica a la que va dirigida esa sonrisa se quede sin aire. Y Robert no es menos: sus ojos dorados tienen algo especial y único.

—¿Tú no vas? —le pregunto a Adair.

—No.

No añade nada más y se apoya en la mesa de billar.

—Te toca.

Tiro y meto una bola de chiripa. Continuamos la partida entre los dos, pero Adair no tarda mucho en ganarme. Robert y Ángel aún están hablando con

las dos chicas de la barra. La morena está coqueteando con Robert descaradamente y a él parece no importarle.

—¿Otra o nos vamos?

—Yo..., mejor nos vamos, sí.

—Creo que nos quedamos —dice mirando detrás de mí.

Extrañada, me giro y, al seguir la mirada de Adair, veo entrar a Liam por la puerta, sin la gorra y sin las gafas. Por suerte, la gente que hay hoy en el local está metida en sus cosas y no notan su presencia.

—Hola. —Tiende la mano a Adair y se saludan con cariño—. ¿Jugando al billar? Me apunto.

—No te dije dónde estábamos para

que te presentaras aquí —comenta Adair serio mirándole fijamente, pero Liam ignora su comentario y me observa sonriente.

—¿No temes que te descubra alguien?

—Sí, pero no creo que vean nada malo en que salga con mis amigos. No es la primera vez que vengo a este pub con Adair.

Asiento, pero sigo inquieta.

—Jugad vosotros, yo prefiero mirar.

—Cobarde —me pica Liam sonriente. Parece relajado, como si fuera lo más normal del mundo estar aquí; yo, en cambio, después de lo que pasó con Roberta, estoy alerta y

distante. Sobre todo, evito mirarlo, por si mis ojos van a sus labios y me delato.

—Aunque hayas venido, luego la llevo yo a casa —dice serio Adair.

—Sé tener cuidado.

—Te conozco, Liam, y ahora mismo lo único que quieres es demostrar a todos que eres un joven más y que tienes el control de tu vida. Pero no lo tienes.

—¡Maldita sea! —grita, encarándose con su amigo.

—Es mejor que te vayas antes de que alguien te reconozca y eso le cause problemas a Elen.

Liam me mira triste y al final asiente y se marcha enfadado. Es evidente que Adair ha dado en el clavo:

viniendo al pub, Liam quería demostrar que él tiene el control de su vida, y no su título. La tristeza se apodera de mí.

—Vamos, te llevo a tu casa.

\* \* \*

Adair para el coche en la parte de atrás de la heladería y, mirando hacia el aparcamiento, dice:

—Buenas noches, Elen. Si necesitas algo, cuenta con nosotros. Sobre todo, cuando todo vuelva a la normalidad.

—¿Y si...?

—Ojalá pudiera ser tan romántico como Laia y decirte alguna de sus frases cargadas de esperanzas... —Me sorprende que diga eso de Laia, y

especialmente que por un momento ha parecido esfumarse esa seriedad que siempre lo acompaña—. Me gustaría que ambos fuerais felices, de verdad, pero yo sé mejor que nadie que lo que uno quiera no es bastante.

—¿Tú...?

—No te voy a decir más, Elen.

—Vale. Gracias por tu sinceridad.

—De nada.

Bajo del coche sintiendo la curiosidad de a quién ha querido Adair y no ha podido tener. Si Laia se enterara de esto se pondría muy triste, pues he visto en sus ojos que esa persona le sigue importando. Camino hacia las sombras, hacia el lugar donde sé que me espera Liam, y cuando llego a su lado

me sumerjo entre sus brazos. Ya habrá tiempo de pensar más tarde. Mucho más tarde...

# CAPÍTULO 17



## ELEN

Subimos al coche de Liam y dejo que conduzca en silencio. Siento que lo necesita.

Gira a la derecha y toma el camino de tierra que se interna en el bosque, dejando la carretera atrás. Unos cien metros más adelante, lo detiene cerca de un coche oficial de palacio. Es de noche, y todo parece muy tranquilo y silencioso.

—Ahí están los pasadizos que a

veces uso para escapar —dice señalándome los. Apenas se ven entre la maleza, y menos cuando apaga las luces del coche—. No pienso rendirme.

Abro la boca para decirle que sea realista, pero la cierro enseguida, pues una parte de mí ansía que de verdad encuentre una salida para lo nuestro.

—No quería que la noche acabara así.

—La noche ha sido, y está siendo, perfecta —le digo buscando su cara en la oscuridad. Le encuentro y acaricio su mejilla, con esa barba ya incipiente en su perfecto rostro—. Encontrarás más momentos para estar solos los dos.

Liam se gira y, tras echar su asiento hacia atrás, me coge con sus fuertes

brazos. Me quedo sentada a horcajadas sobre él. Es una postura muy íntima, soy plenamente consciente de dónde se tocan nuestros cuerpos y de su creciente deseo que es comparable al mío. Liam asalta mi boca y me dejo ir sin querer pensar en nada salvo que en este coche, a su lado, todo es posible. El beso cada vez se torna más intenso. Más pasional. Siento sus manos en mi espalda acariciándome, acercándome más a él. Instintivamente, sumerjo los dedos de las mías en su cabello y tiro de él. Me embriaga su sabor; cuando su lengua danza con la mía sin tregua, sé que estoy perdida. Me retuerzo y noto como su dureza se incrementa. Me siento muy femenina y, aunque todo esto me asusta

por mi desconocimiento, confío tanto en Liam y lo deseo hasta tal punto que no siento que está mal, al contrario. Lo quiero todo de él, por si un día solo me quedaran de Liam los recuerdos.

Mete una de sus manos bajo mi camiseta y tira con la otra de ella. Sé lo que quiere hacer, así que me separo lo justo para quitarme yo misma la prenda, decidida. Mi respiración se agita solo de pensar que, aunque estamos a oscuras, estoy en sujetador ante él. Acto seguido, Liam también se quita la camiseta, para que estemos en igualdad de condiciones, y se queda quieto, como esperando que sea la primera en dar el siguiente paso. Apoyo mis manos en su firme pecho y lo acaricio. Me sorprende

el suave cosquilleo de su vello en mis dedos. Voy deslizando mis manos por su abdomen y lo noto bien marcado, tal como intuía por sus abrazos. Me gustaría verlo con luz, pero no estoy preparada para que él me vea a mí, al menos, no esta noche.

Llevo mis labios hasta su cuello y lo beso donde el otro día me besó enloqueciéndome. Liam gime de placer y eso me da poder. Lo beso otra vez. Su perfume está concentrado en ese punto; me encanta cómo huele mezclado con su esencia. Mientras, Liam lleva sus manos a mi espalda y me acaricia, jugando con el cierre del sujetador. Me tenso cuando este se abre bajo sus expertos dedos. Siento mis pechos libres, ansiosos y

temerosos ante sus caricias. Liam me alza la cabeza y me besa con ternura al tiempo que su mano inicia por mi costado un tierno recorrido hacia mis cimas. Cuando llega bajo estas mi cuerpo se tensa, pero intensifico el beso para que sepa que no quiero que se detenga. Y no lo hace. Su mano asciende por mi seno hasta que lo coge por entero y lo acaricia. Siento cómo se endurece bajo su mano, cómo se hincha, y un escalofrío me recorre entera desde el pecho hasta el centro de mi ser. Liam me besa, me acaricia cada vez con más ardor. Me muevo sin saber qué busco exactamente. Lo siento bajo mis pantalones y el roce de su miembro en mi punto más caliente me hace

enloquecer pese a las prendas que nos separan. Él se separa de mis labios y baja un reguero de besos por mi cuello, posando una de sus manos en mi cintura para que me mueva contra él. Es como si estuviera en mi mente y supiera qué siento y qué necesito. Cuando sus labios atrapan mi endurecido pezón grito de placer, y más cuando Liam se mueve lo justo para que mi placer se intensifique y me guía hasta que me dejo ir en esta espiral de deseo de la que no sé ni de dónde ha salido ni cómo he llegado a ella. Exploto entre sus brazos. Liam me aferra contra su pecho hasta que los espasmos se me pasan y mi cuerpo se relaja, quedándose lánguido sobre el suyo, mientras me acaricia y me da

pequeños y tiernos besos en la frente.

—Gracias por darme este maravilloso regalo. Eres perfecta. —Me besa con ternura los labios—. No te avergüences por esto. Es el principio de todo lo que te quiero enseñar.

No me sorprende que una vez más sepa lo que pienso. Lo abrazo con fuerza y cuando me separo, lo beso.

—Te quiero —me dice entre mis labios.

—Te quiero —le respondo perdidamente enamorada de este príncipe que me tiene loca desde que lo vi.

## LIAM

Entro en la universidad seguido de

Bianca. Al poco nos cruzamos con Albert, que no se cansa de intentar acercársele para explicarle por qué jugó y se portó así con ella, por lo que esta me coge la mano y me sonrío con cariño. Albert endurece su gesto y se marcha. La verdad es que me extraña que esté insistiendo tanto. Siempre lo he tenido por alguien frío y que pasa de todo salvo de sí mismo. Puede que me equivoque y que bajo esa helada coraza haya algo más.

Andamos hacia nuestra clase y veo a Elen apoyada en la puerta del aula mirando su móvil. Como si me presintiera, alza sus ojos grises, me localiza y me sonrío sonrojada, quién sabe si recordando lo que vivimos el

sábado. Algo en lo que no he podido dejar de pensar desde entonces. Su entrega total, sin reservarse nada, casi consigue que me olvidase de ir despacio. Me costó mucho no despojarnos de la ropa y hacerle el amor en el asiento trasero del coche, pero sé que aún no está preparada y quiero que su primera vez sea especial.

Elen aparta la mirada y se centra en su móvil. Llego a mi sitio y saco el móvil para escribirle:

«Bonito sonrojo. Me hubiera gustado ver hasta donde llegó la otra noche...»

Espero su respuesta, sabiendo que ahora mismo está aún más ruborizada que antes.

«No me digas esas cosas si no quieres que me delate.»

Sonrío y le contesto:

«Te espero en la biblioteca en el intercambio de clase. No tardes.»

La respuesta me llega rápida:

«Eres un mandón.»

No me dice si vendrá o no, pero sé que lo hará, o eso espero. En cuanto finaliza la clase, voy a la biblioteca y camino hacia las mesas del fondo, donde nos hemos encontrado otras veces. Al poco escucho unos pasos a mi espalda y no tardo en verla. Cuando llega a mi altura, tiro de ella hacia mi pecho y, cogiendo su cara entre mis manos, la beso imprudentemente, sin pensar en las consecuencias de que nos vean.

Necesito sentir con este beso que todo está bien entre los dos. Que nada ha cambiado. Quiero alejar de ella todas las dudas que veo en su mirada y esa clara despedida que se esconde tras sus iris plateados. El beso se hace cada vez más intenso. La alzo para que me rodee con las piernas y, en esa posición, la apoyo en la mesa. Subo una de mis manos por su torneado muslo al tiempo que le levanto la falda y acaricio su cremosidad. No tengo suficiente de ella. La deseo como nunca he deseado a nadie...

Unos pasos son los que me traen de nuevo a la realidad. Maldigo y me alejo hacia la ventana, asqueado por tener que robar instantes a cuentagotas para estar

con la persona que más quiero.

—Soy yo —nos anuncia Bianca. Al girarme, veo que Elen está sentada ojeando un libro y que Bianca está desarreglándose la ropa y el pelo—. Roberta viene hacia aquí.

Y dicho esto, tira de mí tras una de las estanterías, ocultándonos a los ojos de todos, y comienza a desarreglarme la corbata. Yo le dejo, sabiendo que lo hace por ayudarnos y que no nos pille.

—¿Has visto a Liam? —oigo que pregunta Roberta.

—Creo que está con su prometida por allí —le responde Elen con tono de indiferencia.

Salgo de detrás de la estantería, seguido de Bianca, que sonrío y me da

un beso en la mejilla. Roberta rezuma rabia al vernos juntos.

—¿Me buscabas?

—Era para saber si esta tarde podrías quedar.

—No, no puede. Mis padres están de visita y tenemos muchas cosas de las que hablar. Y ahora, piérdete —le responde Bianca con energía, aunque yo soy el único que nota cómo tiembla la mano que le tengo cogida. Le doy un ligero apretón para infundirle ánimo.

Roberta no sabe qué decir. Roja de rabia, se gira y se marcha.

—No la soporto —me dice Bianca.

Miro hacia donde estaba Elen y descubro que se ha ido. No sé en qué momento ha sido. Estaba tan pendiente

de no delatarme delante de Roberta que no quise mirarla.

—Por suerte me quedé cerca y la vi llegar. Ten cuidado, Liam. A mí me protege mi título. Pero a Elen no hay nada que la proteja contra esta gente que se creen mejores por tener dinero y no son más que un atajo de idiotas.

—Lo sé, y gracias.

Me sonrío con cariño y, tras arreglarnos la ropa, salimos de la biblioteca hacia la siguiente clase. En el pasillo veo a Elen. No me mira, pero tampoco hace falta que lo haga para saber que todo esto le gusta tan poco como a mí y que sigue creyendo que para mí no es más que un respiro, mi realidad. Y lo malo es que, hasta cierto

punto, tiene razón: no sé qué hacer para que lo sea, pero no descansaré hasta que podamos estar juntos a la vista de todos.

## ELEN

Nada más bajar del autobús, les mando un SMS a mis padres para decirles que he llegado bien y voy a buscar a Laia. Tras mucho insistir Laia me ha convencido para que venga a pasar el fin de semana con ella en casa de su tía. La verdad es que la echaba mucho de menos y, aunque me he hecho de rogar, en el fondo estaba deseando pasar con ella un rato a solas y contarle cómo ha cambiado mi vida últimamente. Necesito una sesión de las nuestras.

Me echo la mochila al hombro

antes de buscar el contacto de Liam para llamarlo. Me dijo que lo hiciera en cuanto llegara. Que si no podía cogérmelo, luego me llamaría, pero que así al menos sabría que había llegado «sana y salva». Lo llamo y espero a que responda. Esta semana casi no nos hemos visto a solas, y menos en la universidad, porque después de nuestra casi pillada del otro día, la biblioteca se ha convertido de repente en un lugar muy frecuentado por Roberta. He de reconocer que cuando vi a Liam y Bianca salir de detrás de la estantería como si se acabaran de liar, fue como si viera un resquicio de futuro. Uno en el que yo ya no estoy y ellos acaban aceptándose como lo que son:

prometidos. Para colmo, si ya de por sí era complicado que Liam pudiera escaparse de sus obligaciones, ahora se le han sumado los padres de Bianca, que han venido a pasar unos días a palacio para comprobar cómo va el compromiso. Y luego Liam saldrá de viaje con ellos, como una familia feliz antes del enlace. Y saberlo me retuerce las entrañas. Me duele saber que cada día que pasa está más lejos de mí, aunque él quiera creer que estamos juntos. Tengo que esforzarme por mantener los pies en la tierra porque, cuando estoy con él, siento que me eleva hacia el cielo y no quiero perder de vista la realidad. No quiero que la caída sea tan dura que después no sea capaz

de levantarme de nuevo. Lo que sí tengo claro es que, a pesar de todo, no pienso desaprovechar cada minuto que pueda vivir a su lado.

—¿Ya has llegado? —escucho al otro lado de la línea cuando estaba a punto de colgar.

—Sí, ahora estoy buscando la cafetería donde me dijo que estaría con sus amigos.

—Deberías haber dejado que fuera a por ti.

—No me voy a perder.

—A cabezota no te gana nadie.

—Bueno, sí, tú.

Escucho una puerta abrirse y alguien que llama a Liam.

—Tengo que colgar..., no sabes

cómo odio mis responsabilidades ahora mismo. Y la gente se cree que los príncipes pueden elegir su vida y hacer lo que les dé la gana... En fin, te escribiré cuando pueda. Ten cuidado.

—Lo tendré. Ya estoy a punto de llegar a la cafetería.

—Me alegro, pasadlo bien. Y acuérdate un poco de mí.

—No lo sé, es posible que algo pueda recordarte. —Lo pico—. Nos vemos.

Me despido de Liam y cruzo la calle en dirección a la cafetería. Entro y recorro con la mirada el local buscando a Laia, que enseguida me ve y viene a recibirme con esa alegría que la caracteriza. Me da un efusivo abrazo

que le devuelvo de la misma manera.

—¡Qué alegría tenerte aquí! Ven, voy a presentarte a mis amigos.

Me lleva hasta una mesa y me presenta a Luisa, a Paco y a Carlos. Enseguida sé que este último es el chico que le gusta y del que me ha hablado, porque se da un aire con Adair —es moreno y tiene los ojos azules—. Sin embargo, a mí me parece que no tiene nada que hacer contra él porque Adair es mucho más guapo. Además, hay algo en Carlos que no me llega a agradar del todo. Tal vez sea que Laia le ríe todas las gracias, aunque de gracia tengan poco. Estoy deseando quedarme a solas con ella y saber más cosas.

—Y este es mi cuarto. Es pequeño, pero está bien.

Dejo mi mochila junto a la cama. Como dice Laia, no es muy grande y no se parece en nada a su otro cuarto, lleno de películas y de pósteres con actores guapos. Acabamos de llegar tras pasar por la panadería a hacer acopio de más dulces, como si todo lo que me ha contado Laia que ha comprado no fuera suficiente. Su tía este fin de semana no está, pues ha salido de viaje; ese es uno de los motivos por los que vine, porque podríamos estar solas y hablar a nuestras anchas sin oídos indiscretos.

—Vamos a hacer la cena mientras me cuentas qué te tiene en ese estado.

Que a mí no me engañas y siento que algo te preocupa —me dice.

—No se te pasa una.

—Soy tu mejor amiga, te conozco bien.

Vamos a la cocina y pensamos qué podemos preparar para cenar. Al final metemos una pizza en el horno, pues tenemos más ganas de hablar que de cocinar.

—Y bien, cuéntame —me dice tras sentarnos en el sofá con unos refrescos.

—Estoy con Liam. —Laia agranda los ojos y le cuento todo desde el principio—. Como ves, lo de «estar», en nuestro caso, no es del todo cierto; no sé bien qué somos...

—Él sí te ve como su novia, por lo

que parece. —La miro dejando claro lo que pienso—. Sé que tienes miedo, lo veo en tus ojos. Pero debes creer que los imposibles a veces son posibles. No te cierres. Tienes una oportunidad de estar a su lado...

—No si para ello debe renunciar a lo que es. No quiero que el hecho de que renuncie al trono nos acabe por separar. Y, desde luego, yo no estoy preparada para ser reina. —Me entra la risa nerviosa y después un conato de ataque de ansiedad de solo pensarlo—. ¡Yo odio ser el centro de atención! —Me levanto del sofá y doy vueltas por la sala, nerviosa, hasta que Laia se levanta también y me abraza.

—Llegará un momento en que

tengas que tomar una decisión, pero no hoy, ni ahora. Disfruta de lo que tenéis juntos. Por lo que me has contado, se nota que le importas de verdad, y eso no hay título ni responsabilidades que lo cambien.

—Lo que tenga que ser será, ¿no?

—Asiente—. Y al final triunfará el amor —bufo, y Laia se ríe. En el fondo, me encanta que sea tan romántica y que luche tanto por lo que cree. Me gusta mirar sus ojos verdes y sentir que todo es posible cuando se ama de verdad.

Cenamos la pizza, patatas fritas y todo un surtido de comida basura. Me cuenta risueña lo feliz que está aquí, hasta que me pregunta por Adair.

—Sigue como siempre.

—Es decir, huraño y taciturno con todo el mundo.

—Sí.

La mirada de Laia se empaña, lo cual me confirma que no lo ha olvidado como le gustaría.

—Bueno, pienso olvidarlo sea como sea. Además, Carlos no está nada mal.

—Se le da un aire a...

—No se parece en nada a Adair — me corta enseguida—. Es mucho más guapo y más atento. No tienen nada que ver. Al menos, Carlos no me ve como a una niña. Estoy cansada de que Adair me trate así. Por eso he decidido que no voy a regresar. No mientras no consiga pasar página de verdad, y si vuelvo a

verlo ahora, sé que no lo conseguiré.

La miro y trato de ocultar el dolor que me provoca no tenerla a mi lado, pero no debo de haberlo logrado, porque me coge las manos con cariño.

—Te entiendo —le digo—. Yo tampoco podría estar cerca de Liam si tuviera que olvidarme de él. Verlo me haría daño.

—¿A que ahora no piensas que el amor sea una invención de las películas?

—Sus ojos relucen como siempre.

—No, ahora no.

Es imposible que lo haga cuando siento que amar a Liam es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

Seguimos hablando hasta que al

final nos dan las tantas y decidimos acostarnos. Y aunque con la luz apagada, pasamos otro rato largo despertándonos la una a la otra para contarnos alguna cosa que se nos ha quedado por decir. Entiendo que Laia no quiera regresar por el momento, pero la voy a echar mucho de menos.

\* \* \*

Me estoy terminado de arreglar cuando suena el timbre de la puerta. Son cerca de las siete de la tarde. Hemos quedado a cenar con los amigos de Laia y luego iremos a tomar algo por ahí — Laia ha cumplido ya los dieciocho y no tenemos que preocuparnos de que nos pidan los carnés para entrar en según

qué sitios.

—Es para ti —me dice emocionada tendiéndome una caja embalada con papel de estraza que ha traído un mensajero.

Busco el remitente, pero no lo veo por ningún lado. Al desenvolverlo, encuentro una caja y, sobre ella, un pequeño sobre firmado por Liam. Su letra me encanta. Abro la nota y se la enseño a Laia, que no pierde detalle:

«Para que te acuerdes de mí un poquito más. Te quiero.»

—¡Te quiero! —grita Laia—. Me encanta cómo lo ha dicho. Es tan romántico... Ábrelo, a ver qué es.

Lo abro y saco una pequeña bola de nieve como la que yo le regalé

cuando estuvimos visitando aquel pueblo, ocultos a los ojos de todos. Sé que no es la misma porque la mía tenía el fondo azul y esta lo tiene en tonos rosas, pero en ella se ve el mismo castillo. Es preciosa.

—No me puedo creer que haya ido aposta a comprarla.

—Supongo que para ti tendrá un significado especial. —Asiento—. Esos son los mejores regalos: los que haces porque sabes que les van a gustar a esa persona. Me encanta tu Liam. Estoy convencida de que el amor podrá con todo —dice risueña.

Yo, por un día, la dejo estar y no le recuerdo —ni me recuerdo— que a veces el amor no es suficiente.

—Y ahora vamos, que ya nos estarán esperando.

De camino, llamo a Liam. No tarda en responderme.

—Empiezo a entender para qué querías saber la dirección exacta de la tía de Laia —le digo a modo de saludo cuando descuelga.

—Quería que fuera una sorpresa. ¿Te ha gustado?

—Sabes que sí. Y no hacía falta que me regalaras nada para que pensara en ti.

—Me alegra escuchar eso.

—Hola, chicas —nos saluda Paco. Liam, que ha debido de escucharle, pregunta:

—¿Habéis quedado?

—Sí, vamos a cenar y luego a tomar algo.

No dice nada, pero sé que Liam no siente celos, que su silencio se debe a la rabia de no poder hacer algo tan sencillo como quedar con amigos conmigo.

—Pasadlo bien y tened mucho cuidado.

—Siempre lo tengo.

—Escríbeme cuando lleguéis a casa esta noche.

—Lo haré.

Nos despedimos y guardo el móvil con la sensación de que a veces estar juntos nos hace daño por la cantidad de cosas a las que debemos renunciar como pareja y por saber que, cuando nos separemos, lamentaremos todas las que

quisimos y no pudimos hacer, y ya será tarde para ello.

\* \* \*

Doy un trago a mi copa sin alcohol. Aún recuerdo la noche que Laia y yo nos emborrachamos para olvidar, y hoy no quería tentar a la suerte. Observo a Laia hablando con Carlos. Se les ve bien. No parece mal chico. Tal vez sea capaz de hacer que Laia acabe mirando hacia otro lado y olvide a Adair. Ojalá lo logre.

Cuando me despido de Laia, me cuesta no hacerlo con lágrimas en los ojos, porque la voy a echar mucho de menos, y el no saber cuándo nos veremos de nuevo hace más amarga la despedida. Llamo a Liam al bajarme del

autobús, pero no me coge el teléfono. Mi padre ha venido a recogerme a la estación y cuando llegamos, la heladería está llena. El buen tiempo ayuda a que venga más gente.

Entro por la puerta trasera y subo a casa para cambiarme. Me pongo ropa cómoda, me hago una coleta, cojo uno de los delantales y me dispongo a atender las mesas. Y entonces, cuando levanto la cabeza y miro hacia el local, mis ojos se encuentran con los suyos. Liam está en una de ellas con sus amigos. Ahora entiendo que no me cogiera la llamada; no podía hablar delante de ellos, pero eso no hace que me moleste menos. Bianca está a su lado y me fijo en que su mano está sobre la

de Liam. Otra vez representando el papel de pareja perfecta. Aparto la mirada y me pongo a trabajar sintiendo el aguijonazo de los celos en el pecho. Recojo unas mesas y voy a la caja registradora para cobrar a unos clientes.

—¿Cuánto te debo?

Reconozco la voz de Liam.

Alzo la mirada lo justo: en sus ojos veo que está preocupado. Miro su pedido y le digo cuánto es. Me tiende un billete de tal forma que puedo ver que hay una nota dentro de él. Lo cojo y me guardo la nota al ir a dejar el billete en la caja. Le doy el cambio y él me acaricia la mano antes de apartarla. Lo miro un instante.

—Elen, ve a atender aquella mesa

—dice mi madre, ajena a nuestro intercambio de miradas.

Liam se va con Bianca y sus amigos sin que haya tenido tiempo de leer la nota. Cuando ya estamos recogiendo, me escondo lo justo para que mis padres no me vean y leo lo que pone:

«Mira el móvil.»

Lo busco y abro su mensaje:

«Te espero en la zona trasera cuando tus padres duerman. Te esperaré el tiempo que haga falta. No es lo que crees. Sabes que, de poder elegir, siempre te elegiría a ti.»

Sonrío con tristeza. Ahí está la cuestión de todo: él no puede elegir. Incluso antes de que naciera, otros ya

habían marcado su camino.

Termino de recoger el local y subo a casa. Agotada y para hacer tiempo, me doy una ducha, me pongo ropa cómoda y espero a que la casa se quede en silencio y que mis padres se duerman. Son las doce pasadas cuando mi padre inicia su sesión de ronquidos y mi madre ni protesta —suele hacerle ruidos raros para que se calle.

Salgo de mi cuarto sin hacer ruido y me dirijo a la ventana para bajar por la escalera. Ya en el aparcamiento, busco a Liam, pero no lo veo hasta que no se acerca a la pequeña luz anaranjada que mi padre deja siempre encendida para que los alrededores de la casa no sean tan oscuros. Me mira dubitativo un

segundo; yo me acerco a él y me acoge contra su pecho. Su aroma me tranquiliza mientras lo abrazo.

—¿Llevas mucho esperando?

—Un poco. —Alzo la cabeza. Liam me acaricia la mejilla tras robarme un ligero beso—. No pude contestarte. Si sacaba el móvil, los demás verían tu nombre, y, cuando traté de levantarme, Roberta hizo amago de seguirme para ver de quién era esa llamada que no quería responder. Confía en mí, sabes que a veces no hago lo que quiero, sino lo que debo.

Asiento y una vez más da nombre a otra gran verdad que encierra cuál será nuestro destino: su deber.

—Ven. Se está nublando, pero con

suerte llegaremos al lago antes de que la luna se oculte. Esta noche hay luna llena.

Tira de mí hacia el lago. Hacia ese gran espejo donde la coqueta luna se mira cada noche y es testigo de cómo dos amantes secretos se besan con libertad. Mientras pienso esto cogida de la mano de Liam, me pregunto cuántas personas a lo largo de su vida se han escapado a este paraje a disfrutar de esta primitiva tranquilidad. Es lo que me encanta de la belleza de los paisajes naturales, que cuando los contemplas sin fijarte en la civilización que los rodea, puedes soñar por un instante que has viajado en el tiempo.

—Se está ocultando —digo refiriéndome a la luna, que ya se

esconde tras las nubes.

Liam me coloca delante de él y me abraza por detrás apoyando su cabeza sobre la mía.

—La vi antes y era preciosa.

—Cuando la miro, siempre pienso que todo tiene dos caras: una que vemos y otra oculta. Lo mismo ocurre con las personas: todos tenemos una cara que solo nosotros y las personas a las que queremos mostrársela podemos ver.

—Es una lástima que para poder llevar una vida en secreto debas hacer creer a todos lo que no eres.

—La gente solo ve lo que espera ver. —Nos quedamos en silencio observando como la luna se pierde en el horizonte—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, aunque Laia no sabe cuándo volverá.

—Y eso te pone triste.

—Sí, pero la entiendo. Entiendo que se aleje...

—La entiendes porque tú harías lo mismo si pudieras —adivina, y no lo niego. Me gira entre sus brazos—. Prométeme que no huirás de mí, encontraré el modo de que estemos juntos.

Agacho la mirada y callo. No le prometo nada, porque en el fondo sé que tarde o temprano Liam aceptará que lo nuestro no puede ser, a pesar de que nunca en mi vida he deseado tanto estar equivocada. Me alzo y lo beso con todo el amor que siento por él, y dejo que una

estúpida lágrima se escape del confinamiento de mis ojos. De repente siento algo frío en la mejilla y, por un instante, creo que Liam también está llorando, hasta que, al separarnos, me doy cuenta de que un sinfín de gotas de lluvia está cayendo a nuestro alrededor.

—Has hecho llorar al cielo con tu mudo silencio. —Aunque bromea, noto el dolor en sus palabras y cómo espera que una vez más le dé alas para creer que todo es posible.

—¡Nos vamos a calar!

La lluvia arrecia y corremos cogidos de la mano hasta mi casa. Entre risas y algún resbalón conseguimos llegar, eso sí, empapados. Nos resguardamos bajo la chapa que hay en

la puerta trasera y Liam asalta mis labios. Sabe a él mezclado con esta lluvia salvaje y primitiva. Nos besamos con pasión. Son muchos días deseando quedarnos a solas y muchas noches soñando con que tal vez al día siguiente encontraremos un momento para hacerlo. Tanto, que ni esta lluvia puede forzar la despedida, pues es más fuerte nuestro deseo de estar juntos que nuestra prudencia.

Me alzo y lo rodeo con mis piernas usando la puerta como apoyo. Las manos de Liam están por todas partes y las mías no se quedan atrás. Lo deseo y necesito marcarle a fuego cada una de mis caricias. El viento cambia y la lluvia nos moja, pero no nos importa.

Nada importa salvo nuestro pequeño mundo. Liam desciende por mi cuello dejando un reguero de besos al tiempo que sus manos suben por mi costado y atrapan mis senos ansiosos de sus caricias. Nunca imaginé que fueran tan sensibles y receptivos, ni que una sola caricia de Liam hiciera que todo mi cuerpo se estremeciera. Ahora lo sé. Por eso no me sorprende la sacudida que siento, ni cómo mi deseo se incrementa cuando me los acaricia.

—¡Maldita sea! Este no es el lugar —Liam se separa y apoya su frente en la mía—. Me vuelves loco.

—No es mi culpa. —Lo beso con ternura y lo abrazo—. No quiero separarme de ti. Nunca —admito al fin,

pues aunque sé que un día lo haré, no es lo que deseo.

—Ni yo.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, abrazados bajo la lluvia, hasta que esta se hace aún más fuerte y nos despedimos para evitar coger una pulmonía. Lo único en lo que pienso mientras me seco con una toalla, ya en mi habitación, es si esta lluvia que no ha parado de incrementarse hasta separarnos no será una premonición de lo que en verdad sucederá.

# CAPÍTULO 18



## LIAM

Al bajar a la cocina, me parece escuchar la voz de Adair. Efectivamente, lo veo junto a su madre cuando entro. Adair me sonríe al verme. Tiene los ojos de su madre, aunque los de Blanca son más risueños. Ella está recogiendo sus cosas para irse. Adair ha luchado mucho para que dejara este trabajo, para que fuera su propia jefa, y lo ha conseguido. Nunca le gustó que su

madre trabajara a las órdenes de nadie y esto hizo que desde muy joven trabajara en lo que fuera solo para ahorrar. Ahora por fin ha logrado reunir el dinero suficiente, o más bien ha dejado que el marido de su madre le deje lo que le faltaba para montar el negocio y ha aceptado que ya no es el único hombre de la casa ni el único que quiere lo mejor para Blanca.

—¿Cómo va todo? —me pregunta Adair a modo de saludo dándome un pequeño abrazo.

—Ya te lo imaginas. Es un asco no poder hacer nada normal.

Adair solo asiente. No hace falta que diga a qué me refiero. Esta semana Elen y yo casi no nos hemos visto y hoy,

que tengo el día libre, he de esperar hasta la noche para quedar con ella porque la prensa lleva una semana persiguiéndome. Les ha llegado el rumor de que mi relación con Bianca no es tan idílica como parece y están a la caza de sacar algo morboso de alguno de los dos. Y sé quién ha hecho correr ese rumor: Roberta. Solo ella disfruta arruinando mi vida creyendo que así, pillándome en alguna falta, me quedaré con ella. Ni que estuviera tan loco como para acabar con una persona tan rastrera. Es increíble hasta dónde puede llegar el ser humano, cómo es capaz de manipular la realidad para que le sea favorable.

—No te separes del móvil. Tengo

una idea. —Adair me guiña un ojo y se va hacia donde está su madre para coger una caja con sus últimas pertenencias.

Blanca se acerca y me abraza con cariño. Va a ser raro para mí no verla en las cocinas de palacio.

—Sabes que mi casa siempre será tu casa. Eres como otro hijo para mí.

—Lo sé.

Me besa en las mejillas con lágrimas en los ojos y se despide con la mano antes de dejar el que ha sido su trabajo desde que no era más que una niña.

## ELEN

Atiendo una mesa y voy hacia otra cerca de la puerta. En ese momento

entran Ángel, Robert y Adair, que me saludan y van hacia la barra donde está mi madre. Veo a Ángel hablar con ella utilizando su encanto particular, y luego a mi madre sonreír como una adolescente. Al final ella asiente y los tres van hacia donde están los delantales. ¿Acaso se han vuelto locos? Adair se queda con mi padre en la cocina, Ángel va a tomar nota a una de las mesas, mientras que Robert se coloca tras la barra y empieza a poner bebidas. Mi madre sonrío feliz.

Termino de tomar nota y voy hacia ella.

—¿Qué está pasando?

—No están echando una mano a cambio de helados gratis y de que tú te

vayas antes esta noche a cenar con ellos. No podía negarme.

Robert me guiña un ojo cuando me acerco a la barra. Sus ojos dorados me miran sonrientes y pícaros.

—¿Qué estáis tramando? —le susurro.

—Una noche libre para nuestra amiga. Déjate llevar.

Pongo los ojos en blanco y sigo a lo mío. Con su ayuda, las cenas se sirven en nada y la gente queda satisfecha. Los que entran a partir de las diez ya son clientes que vienen a tomar helados o algo de beber. Nada complicado. Ángel es el primero en marcharse. Supongo que quedaremos luego con él.

—Ya podéis iros. Ve a cambiarte, hija, mientras les pongo los helados.

Asiento a mi madre y me dejo llevar. La verdad es que me apetece hacer algo fuera de aquí. Entre los estudios y el trabajo, no tengo mucho tiempo para mí aunque, por suerte, tampoco lo tengo para pensar en lo poco que veo a Liam últimamente. Me escribió antes para decirme que trataría de sacar tiempo para que nos viéramos esta noche, a pesar de que no sabía cómo hacerlo sin alertar a los periodistas. Esta semana ha salido varias veces en la prensa del corazón y está más alerta que nunca. Por eso en la universidad casi ni me mira, si bien nunca olvida mandarme un mensaje en el

que me dice todo lo que tienen que esconder sus ojos.

—Vamos a cenar en mi casa —me dice Robert cuando nos subimos los tres en el coche de Adair—. Es tarde, pero así hacemos hambre y disfrutaremos más la barbacoa. Ángel se ha ido un poco antes para ir preparando las brasas.

—Pero ¿y tus abuelos? ¿No les molestaremos? —pregunto.

—Están de viaje con los del asilo del pueblo hasta el domingo. Lo pasaremos bien.

—Eso seguro.

De camino, escribo a Liam para hablarle del plan y decirle que, si puede quedar, le diré a Adair que me lleve de vuelta temprano y que nos vemos en mi

casa, pero no responde y acabo guardando el móvil.

Adair aparca justo frente a la casa de Robert. Nos bajamos, les ayudo a sacar las bolsas del maletero —veo que mis padres les han dado varias tarrinas de helados caseros— y las llevamos a la mesa que hay en el jardín. Ángel ya tiene controladas las ascuas, de modo que preparamos la carne para ponerla en las parrillas.

Al rato, tocan al timbre y Adair va a abrir. Estoy tendiéndole a Ángel algunas chuletas ya con sal cuando de repente siento que alguien me abraza por detrás. Por el vuelco que me da el corazón sé de quién se trata; sin embargo, me sorprende que esté aquí y

que haga algo así delante de Robert y Ángel.

—Eh, tranquila, que no diremos nada —me dice Ángel cuando lee la preocupación en mi mirada.

—Gracias —le responde Liam antes de girarme y saludarme con un beso.

Sonrío feliz y nos ponemos a ayudar a hacer la cena. No era consciente de lo mucho que necesitaba hacer algo normal con Liam hasta ahora. El único problema es que verlo con mis amigos hace que me olvide de que todo sigue igual entre los dos.

Nos sentamos a cenar en la mesa del jardín. Me río con las historias que cuentan Ángel y Robert.

—Es lo que tiene estudiar Periodismo, que al final te acabas por enterar de los trapos sucios de todo el mundo —remata Ángel tras contarnos cómo pilló a su profesora dándose el lote con un compañero en clase—. Pero no fui yo quien difundió la noticia, sino ellos solitos. Se olvidaron de que la clase tenía una cámara de seguridad a raíz de los robos que se habían dado este año en la facultad.

—Entonces es una suerte que no fueras tú ese alumno —le pica Robert.

—Pues sí, la verdad es que la profesora estaba de muy buen ver. —Ángel sonrío y, cambiando de tema, me pregunta—: ¿Cómo has visto a Laia?

—Muy bien. —Observo a Adair,

que, como siempre, se muestra impasible ante todo lo que se refiere a mi amiga.

—Mi madre dice que sospecha que se ha echado un noviete. ¿Es cierto?

—Puede ser. —Por un instante, Adair endurece el gesto, pero es tan rápido que creo que lo he imaginado—. Alguien hay.

—Creo que voy a tener que hacer una visita a mi hermanita, no vaya a ser que tenga que partirle la cara a alguien.

—Ya es mayorcita, puede hacer lo que le dé la gana, al igual que tú —le recuerda Liam.

—Ya, tío, pero es mi hermana..., para mí sigue siendo una niña. —Los ojos de Ángel desprenden un profundo

amor por su hermana; la echa de menos —. Me costará contenerme, ¿sabes?

—Pobre del que acabe con tu hermana —apunta Robert.

—Pues sí, porque como no me guste, pienso amargarle la existencia. Eso como mínimo. —Ángel lo dice con una media sonrisa, pero no me cabe duda de que protegerá a su hermana de quien haga falta.

Siempre he envidiado cuánto se quieren. Me hubiera gustado tener un hermano por el que sentir algo así, pero mis padres siempre tuvieron claro que no querían más hijos y yo ahí no entro, es decisión suya.

Robert saca unos cubatas cuando terminamos de cenar, pero solo Ángel y

él los toman. Yo me bebo un refresco a medias con Liam, que está sentado a mi lado en una hamaca. Me río con las cosas que dicen; me siento cómoda con ellos, como siempre me he sentido. Liam está ausente, pero cada vez que lo miro, me sonrío para que no note nada raro; aun así, sé que algo le preocupa.

Son cerca de las dos cuando me despido de Liam en el jardín y me monto en el coche de Adair para que me lleve de vuelta a mi casa. Estoy tan distraída pensando en qué puede ser lo que preocupe a Liam, que no sé por dónde vamos hasta que Adair detiene el coche y me fijo en que todo está oscuro a nuestro alrededor.

—No tardará en venir, aunque yo le

he advertido que me parece arriesgado lo que tiene en mente.

—¿Y qué es?

—Él te lo dirá. —Asiento. Se queda un rato en silencio y luego añade —: ¿Laia es feliz?

Su pregunta me sorprende. Enseguida pienso que no, que no lo es porque no lo tiene a él. Pero como él solo se interesa por la hermana de Ángel, no por la mujer que es Laia, respondo:

—Sí, es feliz allí. —Algo que no es del todo falso, pues Laia lo parecía.

Asiento y sale del coche. Poco después escucho la moto de Liam, que la detiene cerca del coche de Adair. Mientras Liam esconde su moto y se

quita el casco, intercambian algunas frases que no alcanzo a escuchar; Liam niega con la cabeza y Adair asiente. Liam me llama con la mano, por lo que me bajo del coche y voy hacia ellos. Adair se despide de mí y nos deja solos; sin embargo, no se va hasta que entramos en el pasadizo secreto, para que podamos seguir viendo el entorno gracias a los faros del coche.

—¿A dónde vamos? —le digo a Liam cuando saca una linterna de su chaqueta y la enciende.

—Confía en mí. Nunca te expondría, pero quiero enseñarte parte de mi mundo.

Le miro con el ceño fruncido, no muy convencida. Empiezo entender por

qué a Adair no le hacía gracia todo esto: entrar en palacio es muy arriesgado —¿y si me descubren?—, pero confío en Liam, así que lo sigo nerviosa ante lo que puedo descubrir.

Él tira de mí por los oscuros pasadizos. Huelen muchísimo a humedad e incluso me ha parecido escuchar una rata. Me da repelús estar aquí. Subimos unas escaleras estrechas y, por fin, Liam se detiene y busca algo en la pared.

—Aquí es. —Tira de una palanca y, cuando la pared se abre, se hace a un lado y me invita a pasar—. Este es mi cuarto. El cuarto que me ha visto crecer. Mi santuario cuando quería huir y no podía salir de palacio.

Entro. Hay una pequeña luz que

alumbra parte de la estancia. Liam enciende la del techo y me sorprende ante lo que veo ante mí. Es un dormitorio grande y espacioso. Por todas partes hay cuadros de bellos paisajes de todo el mundo, colgados sin ningún orden, pero que dan mucha vida a la estancia. Sobre el cabecero de la cama, un mapa con chinchetas y fotos de lugares donde Liam ha estado, y una de las paredes está forrada de estanterías repletas de libros y CD de música amontonados. Me gusta. Entiendo por qué un niño quiso crear este pequeño caos en su habitación: porque quería sentir que al menos aquí, en este rincón del palacio, sí era el dueño de su vida.

De pronto, me fijo en que, sobre la

mesilla de noche, tiene el regalo que le hice. Me siento en la cama y doy la vuelta a la bola de cristal, haciendo que la purpurina brille. Liam apaga la luz del techo y me observa.

—Me encantaría poner fotos tuyas, pero no puedo. Al menos, no a la vista. Abre el cajón.

Lo abro. Dentro hay una foto mía que ignoraba que me había hecho: en ella salgo tras la barra de la heladería sonriendo por algo. La calidad no es muy buena, pero me gusta.

—No sabía que me hubieras hecho esta foto.

—Me gustaría robarte muchas más instantáneas, pero de momento me conformaré con esta.

—Me gusta tu cuarto.

—A mí, que tú estés en él. Tal vez no pueda tenerlo lleno de tus fotos, pero ahora sí puedo guardar un recuerdo de ti entre estas cuatro paredes.

Lo que me dice me conmueve y tiro de su mano hasta que sus labios quedan a un suspiro de los míos. Pone una mano a cada lado de mi cuerpo. La cama es alta, solo tiene que agacharse lo justo para besarme. Me pierdo en su sabor hasta que vuelvo a ser consciente de dónde estamos.

—Nadie entra nunca en mi cuarto sin mi permiso —me responde adivinando mis pensamientos— y, si lo intentara, la puerta está cerrada.

Asiento y Liam vuelve a asaltar mis

labios. La pasión se desata entre los dos. No tengo suficiente, necesito más de él. Liam tira de mi chaqueta para quitármela y yo hago lo mismo con su jersey, que se acaba sacando por la cabeza.

—No te traje para que pase nada...

—No tiene por qué pasar nada, solo no dejes de besarme aún.

Sonríe y me besa al tiempo que me coge con sus fuertes brazos y me deja en el centro de la cama, haciendo que los cojines que tiene de adorno me rodeen. Cojines que se van cayendo al suelo conforme la intensidad de nuestros besos aumenta. Liam tira de mi camiseta hacia arriba y yo le dejo hacer. La lanza a los pies de la cama y se detiene un

segundo, durante el que me observa con absoluta veneración. Luego alza la mano y me acaricia con lentitud desde el nacimiento de mi pelo hasta la cima de mis pechos, que suben y bajan bajo su escrutinio. Mi respiración se acelera cuando los toca sobre la ropa interior. Sus ojos buscan los míos, como si necesitara mi permiso para seguir, y yo asiento. Su mano se cuela dentro y veo como coge mi pezón endurecido por sus caricias.

Después se separa y se quita la camiseta de un solo movimiento. Mis ojos observan su cincelado cuerpo. Alzo mi mano y le acaricio. Él no se mueve, se queda quieto, dejando que lo explore. Es impresionante. Me cuesta creer que

alguien tan maravilloso por dentro y por fuera se haya fijado en mí. Atrevida, me acerco y dejo un reguero de besos por su cuello y por su pecho. Estamos de rodillas en su enorme cama. Liam posa sus manos en mi cintura y las va subiendo poco a poco, hacia el cierre de mi sujetador. Cuando lo abre, noto como resbala por mis brazos. Me tapo con mis manos, en un ataque de vergüenza.

—No me prives de esta belleza. Eres preciosa, mi salvaje pelirroja.

Sonrío porque sé que lo ha dicho por cómo nos conocimos, y porque me alegra que ambos demos tanta importancia al instante en que nuestra vida cambió para siempre.

Decidida, aparto las manos. La

prenda cae sobre la cama; sin embargo, Liam no mira mis pechos. Sus ojos están fijos en los míos y veo tanto amor en ellos, que me alzo para darle un beso que le diga cuánto lo amo. Liam me abraza con fuerza, como si tratara de fundirme con su piel para que nunca me vaya de su lado... y no hay nada que desee más que el que eso fuera posible, pues aquí, entre sus brazos, no siento que esto esté mal, ni que tenga un final. Aquí todo se acopla en una perfecta sinfonía.

Liam se separa y me tumba de nuevo sobre la cama. Sus labios buscan los míos antes de ir descendiendo por mi cuello. Cuando va a llegar a mis pechos, arqueo la espalda ante su

inminente caricia. Observo como sus labios besan mis cimas y cuando se acerca al punto más álgido de ellos y le da un beso, doy un respingo que le hace gracia.

—Tonto —le digo golpeándole en broma antes de que coja mi pezón entre sus dientes y me olvide de todo salvo de lo que me hace con la lengua.

Me pierdo en un mar de pasión. Me retuerzo bajo sus manos, bajo sus labios, bajo sus caricias. Por eso, cuando lleva las manos al cierre de mis pantalones, no puedo decirle que no, porque todo mi calor se concentra ahí donde reside mi deseo y, si no me toca, creo que voy a explotar. Siento que su mano se centra en buscar mi ropa interior mientras que

la otra aparta la basta tela de mis vaqueros. Me dejo hacer y doy otro respingo cuando sus dedos encuentran mi húmedo núcleo y me tocan ahí donde nadie lo ha hecho. Explorando y dándome un placer que ni sabía que existía. Sus labios buscan los míos y me hace el amor con la boca al igual que lo hace con sus mágicos dedos, que no tardan en encontrar cabida en mi cuerpo y se adentran en mí. Me retuerzo. Gimo y le digo mil frases que ni yo misma sé qué quieren decir. Liam me guía como un hábil maestro mientras siento que estoy a punto de irme. A punto de elevarme a ese paraíso que he conocido entre sus brazos. Como si supiera que estoy cerca, intensifica las caricias y

entonces estallo en un poderoso orgasmo que me nubla la mente y me hace retorcerme. Liam no me deja caer y me besa con ternura mientras me acaricia la espalda. Me cobijo entre sus brazos lánguida y ni protesto cuando me desviste y me deja solo las braguitas. Ni cuando se mete conmigo en la cama y nos arroja. Ahora no quiero estar en ningún lugar que no sea entre sus brazos.

\* \* \*

Oigo el sonido de mi móvil. Al principio me creo que es un sueño, hasta que Liam me despierta.

—Son tus padres.

Me despierto de golpe y cojo el móvil.

—¿Hola?

—Hija, ¿dónde estás? —me pregunta mi madre—. ¡Son casi las seis de la mañana! Me desperté a beber agua y vi que no estabas en tu cama.

—Me he quedado dormida en casa de Robert —digo mientras Liam se pone los pantalones—. Están viendo una sesión de películas y yo hace rato que me dormí. Ahora mismo me llevan.

—Vale, no te preocupes.

Cuelgo y salgo de la cama a buscar mi ropa preocupada por cómo llegar a casa sin que mis padres noten que quien me deja no es Robert ni Adair. Me visto con manos temblorosas y, ya con la ropa puesta, sigo a Liam fuera de su cuarto, ese que, por un momento, también a mí

me ha servido de refugio ante la realidad.

—No sé cuándo podremos volver a estar solos. Entre los exámenes y mis responsabilidades... —Nos hemos detenido cerca de mi casa con su moto—. Te llamaré siempre que pueda. Siempre estaré cerca —alarga su mano y acaricia el colgante del sol que llevo puesto—, aunque no pueda estar contigo.

Me acerco y lo beso antes de tenderle el casco y callo porque las lágrimas no me dejan hablar, pues presiento que el final está cerca.

# CAPÍTULO 19



## ELEN

Ha pasado casi un mes desde la noche que estuve en el cuarto de Liam. Desde entonces parece que todo se ha puesto en nuestra contra, como Liam ya vaticinó. Su padre le está organizando la vida más que nunca y los profesores no paran de mandarnos trabajos que prácticamente me tienen recluida en mi habitación. No hemos podido estar a solas ni un día y, aunque la prensa ya no acosa a Liam, parece que todo se ha

confabulado para que no tenga ni un instante de paz. No dejo de darle vueltas a si todo esto será una señal, si el destino nos está indicando que lo nuestro no debe ser. Hace tiempo que no me hace falta ocultar mi sonrisa, porque solo aparece cuando estoy con Liam, e incluso él ha notado que algo empaña mi mirada. Lo peor de todo es que también hay algo que empaña la suya y yo sé lo que es: su padre no entra en razones cuando le pide que le dé más libertad. Me contó, una de las veces que hablamos por teléfono, que le preguntó por nuestra relación de forma hipotética, sin decirle mi nombre, y su padre le dijo que haría lo imposible para romperla, que solo aceptaría a alguien que

perteneciera a su círculo social. Desde entonces, sospechando que esa historia hipotética fuera cierta por lo que pasó hace años, ha puesto vigilancia a Liam, lo cual ha reducido aún más nuestros encuentros.

Hoy es sábado. El lunes tenemos un examen final y, por mucho que repaso, no me parece suficiente. Es como si mi mente no fuera capaz de absorber los conocimientos como antes. No consigo dejar de lado mis preocupaciones y centrarme en los estudios.

—Elen... —Mi madre toca a la puerta y yo me giro en la silla para mirarla—. Ayer se me olvidó darte esta carta. Es de tu universidad.

Entra para dárme-la y se sienta en la

cama a esperar que la abra. Intuyo qué puede ser: el director les ha hablado de mí a varias universidades y me comentó que algunas estaban interesadas en que vaya a estudiar a ellas. Nadie se plantea que deje de estudiar cuando apruebe este curso, todos esperan que use mi inteligencia para algo más. Pero ¿y yo? Me matriculé en esta carrera no muy complicada porque en aquel entonces era muy joven, no sabía bien a qué dedicarme en un futuro. Pero desde hace tiempo he estado leyendo sobre otros grados universitarios y sí me he visto decantada por algunos...

Abro el sobre y extraigo de él una carta del director junto a las de diferentes universidades en las que pone

que me aceptarían y me concederían una beca de estudios.

—¿Qué es?

Se la doy a mi madre. Sus ojos se llenan de lágrimas de emoción, llama a mi padre y le enseña la carta.

—¡Esto es fantástico, hija! —dice abrazándome—. Un día serás alguien importante... ¡Siempre lo he sabido!

Mis padres parecen muy felices, así que sonrío para que no noten lo triste que me siento por dentro, pues una vez más el destino me está indicando que mi camino está lejos de aquí, lejos de Liam, como yo siempre he intuido aunque en el fondo siempre deseé estar equivocada. Yo ya sabía que esto ocurriría; el problema es que ahora que veo mi

partida tan cercana, no puedo evitar sentir el peso de esta sobre mis hombros de manera asfixiante.

Mis padres me besan y se van para dejarme estudiar. Al poco mi madre regresa y me dice que se van a pasar la noche fuera con unos amigos. Que volverán mañana. Ya me lo había comentado hace unos días, pero se me había olvidado por completo.

—Si necesitas cualquier cosa, llámanos al móvil —me dice mi madre antes de besarme—. Estoy muy orgullosa de ti.

Cuando se marchan, media hora después, por fin puedo dar rienda suelta a mi tristeza, pues ahora sé que, pase lo que pase, no puedo defraudar a mis

padres. Ellos creen en mí. Sé que, si decidiera dejar de estudiar, lo aceptarían, pero los decepcionaría. Ellos esperan que un día sea alguien importante. «¿Y yo qué?», me pregunto una vez más. A mí me gusta estudiar, pero no quiero sentir esta presión de tener que ser siempre la mejor, porque es lo que se espera de mí... Además, en estos meses he descubierto una parte de mí que me encanta. Me siento más viva que nunca y me gusta llenar mis días de algo más que de estudios.

\* \* \*

Me meto en la cama algo tarde, sin sueño. Mi mente no para de darle vueltas a todo. Echo tanto de menos a

Liam... Quiero estar con él, disfrutar de su compañía el poco tiempo que nos queda... porque siento que el último día del curso cambiará todo para siempre entre él y yo. Como si esa fuera la fecha límite de nuestra relación. Cuando empecé con él, esperaba que cuando llegara el momento de que cada uno siguiera su camino tuviera un sinfín de recuerdos guardados en mi mente, pero no ha sido así. Las cosas no siempre salen como uno espera y nuestros instantes robados han sido demasiado pocos.

Me remuevo inquieta en la cama. Al final me levanto para hacerme una infusión y, cuando vuelvo con ella, escucho el móvil sonar. A estas horas

solo puede ser Liam. Dejo la taza en la mesilla y lo cojo.

—Buenas noches —le digo con una sonrisa asomando en mi rostro.

—¿Estabas despierta?

—Sí, no podía dormir. ¿Y tú?

—Yo he conseguido escapar de mis niñeras... ¿Puedes bajar?

—¿Puedes tú subir?

—¿Estás sola?

—Sí.

—Estoy abajo.

—Voy.

Corro hasta la habitación y, cuando abro la ventana, Liam ya ha subido por la escalera y entra enseguida. Nada más cerrar la ventana, me refugio en sus brazos. Nuestras bocas no tardan en

buscarse y yo lo hago desesperadamente. Hace tanto que no nos veíamos..., que no nos besábamos por miedo a que nos descubrieran...

Las manos de Liam me abrazan. Me acarician. Pero eso no basta, lo necesito todo de él.

—Quédate conmigo esta noche.

Liam me alza la barbilla. Me pregunto si es capaz de leer en mis ojos lo que le estoy pidiendo de verdad antes de que llegue nuestro inminente final que parece tan a la vuelta de la esquina.

—¿Estás segura?

«Parece que sí», me respondo.

Asiento. Liam me coge de la mano y me lleva hacia mi cuarto. Nos quedamos de pie en el centro de la

habitación, como expectantes.

—¿Y tus padres?

—No vienen hasta mañana.

Liam me mira serio un segundo y yo me alzo y le beso temiendo que pueda ver algo en mis ojos que le haga echarse atrás. El beso debe de surtir efecto, porque no tarda en abrazarme y en devolverme el beso con pasión. Sus manos se adentran bajo mi camiseta y me acarician, abrasándome la piel allá por donde pasan. Todos mis sentidos están alerta para no perder detalle de este momento. Tira de mi ropa y le dejo hacer; esta vez, cuando me quita el sujetador, no me cubro. Liam me observa con esa verde mirada cargada de pasión y se separa para quitarse la

camiseta que lleva puesta. Me besa pegando su pecho al mío. La sensación es maravillosa. Más cuando sus manos suben y bajan por mi espalda. Yo le imito. Me encanta cómo se contraen sus músculos bajo mis caricias, su firmeza y la suavidad de su piel.

Andamos hacia la cama y Liam me sienta en ella. Se agacha para tirar de mi pantalón de pijama, llevándose con él mi ropa interior. No pierde detalle de mi mirada por si me arrepiento, por si dudo, pero no hay duda en mis ojos, solo deseo de ser una con él. De amarlo con mi cuerpo como ya lo amo con toda mi alma. Me quedo desnuda ante él, vestida tan solo con el rubor que cubre mi cuerpo. Liam se desabrocha el vaquero

y se lo quita quedándose solo con el bóxer oscuro. Es espléndido. Todo músculo. Me echo hacia atrás en la cama y lo acojo entre mis piernas cuando se sube a la cama conmigo. Me besa al tiempo que nos acariciamos. Nos separamos jadeantes, necesitados de más.

—¿Estás segura? —Asiento—. Te quiero, Elen.

—Y yo a ti. —Liam me besa de nuevo antes de quitarse el bóxer y ponerse un preservativo que ha sacado de su cartera.

Le tiendo una mano, que él me coge para depositar en ella un beso. Se sitúa en mi centro y noto su dureza acariciarme. Siento un instante de miedo

y él lo nota, pues me coge la cara entre sus manos y me besa con ternura haciendo que me relaje. Y no deja de besarme con absoluta devoción mientras mi cuerpo acoge su miembro en mi interior y noto ese pequeño dolor que hace esto por unos instantes algo más amargo, hasta que se mueve de nuevo y el placer me posee por entero. Sentirlo así, dentro de mí, es una sensación maravillosa. Nunca he estado tan unida a nadie y sé que, aunque la vida un día me lleve a los brazos de otro, nunca podría ocupar el lugar de mi Liam.

Nos movemos buscando el máximo placer. Liam cada vez me besa con más pasión. Acaricio su espalda presintiendo que estoy a punto de llegar.

—No dejes de mirarme —me pide en ese instante.

—Nunca. —Los ojos se me llenan de lágrimas cuando el orgasmo nos sobrecoge a ambos.

Liam me las seca a besos pero no dice nada, tal vez porque ha sabido ver en cada una de ellas el dolor que tengo en el pecho porque, por mucho que ahora sea todo mío, en verdad nunca lo fue.

\* \* \*

Me despierto con las caricias de Liam por mi espalda. Me acerco más a él y sonrío con algo de vergüenza al recordar lo que ha acontecido.

—¿Estás despierta?

—Sí. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Antes de amanecer debo estar de vuelta en mi cuarto. Es allí donde creen que estoy.

Noto la voz de Liam pensativa y me incorporo un poco para verle la cara.

—¿Qué pasa?

—Mi padre lo ha dispuesto todo para que me marche en cuanto termine la graduación —dice, atento a mi reacción; yo sonrío con tristeza.

—Sabíamos que esto...

—No, Elen, aún no me he rendido.

—¿Y qué puedes hacer? Yo nunca te dejaría renunciar al reino, antes me iría de tu vida. Eres lo que eres, Liam, y no puedes cambiarlo. Ni yo tampoco...

Al pensar en eso, pienso en la carta

del director que recibí hoy. Yo también soy lo que soy y no puedo cambiarlo. Esta relación solo ha sido un paréntesis en nuestras vidas.

Me levanto y le tiendo la carta. Mientras él la abre y la lee, comienzo a vestirme. Liam sonrío con tristeza.

—¿Qué vas a hacer? Tienes talento para seguir estudiando, nunca te pediría que no lo hicieras.

—Lo sé.

Nos miramos en silencio, ambos sabiendo la verdad. Ninguno se interpondrá en el camino del otro, nos queremos lo suficiente como para no hacernos renunciar a lo que somos. Los ojos se me llenan de lágrimas y me cuesta mucho esconderlas.

—Ven aquí, Elen.

Vuelvo a la cama a su lado y, cuando me abraza, no puedo evitar derramar por su perfecto pecho las lágrimas que tanto tiempo he estado reteniendo.

—A veces me pregunto si no hubiera sido mejor que no hubiera vuelto. Me duele verte sufrir y no he dejado de ver ese dolor en tu mirada desde que regresé. Ojalá pudiera borrarlo...

—Yo, en cambio, me alegro de que volvieras. No cambiaría este tiempo juntos por nada.

Liam me alza la cara y me seca las lágrimas para después besarme, pero antes he visto tal tristeza en sus ojos

verdes, que me ha partido aún más el corazón.

—Todavía nos queda tiempo...

Cuando lo dice, una pregunta instantánea se forma en mi mente. ¿Cuánto? No lo sé, pero siento que esto es una despedida y eso hace que nuevas lágrimas caigan por mis mejillas. Nunca se está lo suficientemente preparado para decir adiós a la persona que amas, aunque te empeñes en creer lo contrario.

## LIAM

Bajo a la salita donde me han dicho que está Bianca y la encuentro tomando el té mirando distraída por la ventana. En la universidad quiere aparentar que está bien pero, cuando nadie la ve, sus

ojos azules muestran tristeza. Eso hace que me sienta peor por lo que voy a decirle, pero las clases están terminando y no quiero que Elen se vaya a estudiar fuera sin que hayamos dejado todo claro y yo haya hecho lo posible para que podamos estar juntos. Tengo que jugar mi última carta.

—Bianca. —Se gira y me sonrío—. Tenemos que hablar.

Bianca despide a su doncella, que está de pie a unos pasos de ella, y espera a que esta se vaya y cierre la puerta.

—Intuyo lo que me vas a decir. —Se levanta—. Que nuestra farsa no puede seguir...

—Así es, voy a decirle a mi padre

la verdad. Lo siento.

—No pasa nada. Sabíamos que este día tenía que llegar.

—Puedes quedarte aquí si quieres... No me molesta tu presencia. Te considero una amiga.

— Y yo a ti, pero cuanto antes me vaya, mejor. ¿Vas a hablar ahora con él?

—Sí.

—Suerte, Liam. Te deseo lo mejor.

Asiento y le doy un tierno beso en la frente.

—Gracias por todo, Bianca. Cuenta conmigo siempre que lo necesites.

Me despido de ella y me dirijo al despacho de mi padre. Esta mañana hemos tenido clase y el último examen. No he podido ver a Elen a solas desde

lo que pasó el sábado, solo a lo lejos en la universidad, y siempre ha evitado mirarme por temor a que sus ojos delaten lo que siente. La biblioteca esta últimamente llena de gente y por las noches mi padre me tiene hasta las tantas liado con trabajos y ya no quiero telefonarla por no despertarla, pues a esas horas ya debe de estar durmiendo. Aun así, todos los días he sacado unos minutos para llamarla, pero cada vez que hablamos siento el amargo sabor de la despedida en cada palabra no dicha por parte de Elen. Como si el adiós que le dije el sábado fuese definitivo... No, me niego a pensar que aquello fue una despedida. Esto no puede ser el final. Ahora que es cuando más lejos la siento,

es cuando estamos más unidos que nunca y me niego a dejarla marchar.

Entro en el despacho de mi padre; está hablando por teléfono.

—Te llamo luego. —Cuelga y me observa serio—. Por tu cara intuyo que tienes algo importante que decirme.

—Intuyes bien. —Cierro la puerta, me coloco ante su escritorio y, sin dejar de mirarlo, anuncio—: No voy a casarme con Bianca.

Mi padre se ríe.

—Eso es lo que tú te crees.

—No puedes obligarme.

—¿Y se puede saber por qué?

—Es simple. No es a ella a quien amo.

—¿Otra vez con la misma historia,

Liam? ¿Otra vez vas a renunciar al trono por una chica?

Aunque trata de parecer calmado, sus ojos dicen otra cosa muy distinta.

—Me lo he planteado, pero supongo que me perseguirías allá donde fuera.

—Supones bien.

Mi padre abre un cajón y saca un sobre, lo abre y extiende sobre la mesa varias fotos. Un músculo se contrae en mi mejilla cuando veo quién sale en ellas. Son fotos mías con Elen, abrazándonos o besándonos; y también hay fotos de Elen sola trabajando en la heladería.

—¿Se puede saber qué es esto?!  
—bramo enfadado—. No tenías ningún

derecho a investigarla.

—Sí lo tengo, sobre todo cuando mi reino está en peligro.

—¡No lo estaría si dejaras que me casara con ella! Pero no, tú prefieres llevar todo al extremo. Y dime, ¿qué has averiguado de ella, eh? ¿Que es una buena hija y ayuda a sus padres? ¿Que no es egoísta? ¿Que es muy inteligente? ¿Que me quiere? Dime, padre, ¿qué has visto tan malo en ella para que no sea perfecta para ti?

La puerta se abre y aparece mi madre, que se pone a mi lado y nos observa.

—Se escuchan vuestros gritos en todo el palacio —comenta exagerando, pero yo no dejo de clavarle la mirada a

mi padre.

—Sabes que te quiero, padre, pero ahora mismo solo puedo sentir odio hacia ti. Creía que confiabas en mi buen criterio. ¿Crees que soy capaz de gobernar un reino, pero no de que sepa elegir con quién he de reinar?

—No sabes lo que dices, Liam. Ella solo es una chica que te ha dado un tiempo de libertad, pero no es mujer para ti. El amor pasa y luego solo queda la cabeza, y, si ella no está preparada para asumir las responsabilidades inherentes al título, acabará marchándose. Quieres que ella sea reina, Liam, algo que a ti te ha costado años aprender, aceptar y asimilar. ¿No crees que le estás pidiendo demasiado?

—Tú no sabes nada.

—Yo solo sé que mi hermano abdicó en mí sin importarle que yo no tuviera hijos y nuestro linaje pudiera perderse. Que pese a saber lo que nos costó concebirte, nunca fue capaz de decir que si él tenía hijos, podrían ser los herederos. Él renunció a todo por ella.

—Hizo una buena elección.

—¿Te crees que a mí me gusta levantarme y tener que tomar decisiones? ¿Que no estoy cansado de todo esto? ¿Te has parado a pensar qué pasaría si renuncio a todo y lo dejo? No puedo hacerlo. Yo, como tú, no tengo otra opción.

Me giro hacia mi madre y ella mira

con cariño a mi padre, algo que me extraña, pues hacen vidas separadas desde hace años.

—Tu padre y yo nos queremos, Liam. Yo aprendí a hacerlo con los años. Nunca nos enamoramos, es cierto, pero sé estar a su lado. Muchas veces tu padre delega no pocas responsabilidades del reino en mí. Solo tratamos de aconsejarte...

—Elen podría...

—Hijo, Elen solo tiene dieciocho años. Por lo que me ha contado tu padre de esa chica, si le dices que lo deje todo por ti, estoy segura de que lo haría. Pero debe seguir su camino, y crecer, madurar, y hacerse una mujer. No puedes cortar sus alas ahora; no cuando

apenas está empezando a vivir, y tú mejor que nadie sabes lo que es eso. Tal vez un día vuelva...

—¿Y esperaréis a que ella vuelva?  
¿A que sea digna del reino?

—No si el reino está en peligro — comenta mi padre—. Tal vez ella nunca sea digna. O nunca esté preparada para volver sabiendo lo que le espera a tu lado.

—Ella es digna de mí. Es lo único que importa.

—Liam...

—Déjame, madre.

Salgo del despacho a grandes zancadas con la intención de buscar mi moto para largarme de aquí. Cuando salgo del palacio y paso por delante de

la casa de Elen miro a ver si la veo, pero la heladería está llena de gente y ahora mismo necesito estar solo. Me siento como si no tuviera nada que decir, como si todo estuviera ya decidido. Siento tal impotencia que no puedo pensar con claridad. Solo tengo una cosa clara: no pienso renunciar a Elen. Sin embargo, por muy enfadado que esté y me duela reconocerlo, en el fondo sé que mis padres tienen razón. Elen me ha elegido a mí, a Liam, pero no al *príncipe* Liam, ni a mi reino. ¿Le estaré pidiendo demasiado al querer que se quede a mi lado? ¿Estaré cortando sus alas?

**ELEN**

Después de recoger unas mesas, voy hacia la barra. Siento una opresión en el pecho y un malestar interior desde que me levanté.

—¡Tú! ¡No me lo puedo creer! No eres más que una golfa.

Me giro hacia la puerta y veo a Roberta gritando y señalándome con el dedo.

—¡Qué calladito te lo tenías! — grita lanzando unas fotos a una de las mesas. Mi madre las toma, pero me da tiempo a ver que en ellas salimos Liam y yo besándonos apasionadamente en la parte trasera de la heladería, aquella noche bajo la lluvia. ¿De dónde ha sacado esto Roberta? Me quedo sin respiración y me apoyo en la barra para

no caerme.

—¿Quién te ha dado esto? —  
pregunto.

—Tengo contactos en palacio. ¿No lo sabías?

—No tienes ningún derecho a venir aquí...

—Unas bonitas fotos... ¿Tienes algo que decir? —dice mi madre extrañamente calmada.

—¡Su hija es una cualquiera!

—No acostumbro a golpear a mis clientes, pero vuelve a insultar a mi hija y no lo dudaré —le dice en el mismo tono. Roberta se calla y yo me acerco a mi madre.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.  
—Trato de sonar contundente; mi madre

me pasa una mano por la cintura dándome su apoyo.

—Él nunca será para ti. Mi contacto escuchó cómo el rey le decía a Liam que no eres lo suficientemente buena para él, así que más vale que te largues. Aquí nunca has pintado nada — escupe Roberta, y empieza a irse.

—¿Qué es lo que te da más rabia? ¿El saber que Liam nunca será tuyo? ¿O el que yo sea mucho mejor que tú aun sin tener tu posición? Si pertenecer a tu clase significa tener que compararme con gente como tú, prefiero estar donde estoy. No me llegas a la suela de los zapatos, no eres más que una mimada egoísta. Nunca seré como tú.

—Él será mío.

—No si yo puedo evitarlo — comenta una mujer desde la puerta. Las tres nos giramos hacia ella confundidas. Lleva el pelo cubierto por un pañuelo y gafas de sol, y tiene un porte distinguido.

—Alteza —dice Roberta en cuanto la reconoce inclinando la cabeza.

—Gracias por estropearme el disfraz, querida.

La reina se quita el pañuelo y las gafas. Su pelo rubio le cae por los hombros y sus ojos marrones miran a Roberta con seriedad. Esta, sabiendo que finalmente ha perdido, se aleja.

—Ah, Roberta, tu contacto en mi casa ha sido despedida. Sospechaba de ella y la han visto robando las fotografías del despacho de mi marido.

Lo digo por si quieres contratarla en tu casa.

Roberta asiente en silencio y se marcha.

Me doy cuenta de que padre se ha acercado y también está a mi lado. Conforme entra la reina, la gente del local inclina la cabeza y, al plantarse ante nosotros, le agunto la mirada, preguntándome todavía por qué está aquí, e inclino la cabeza ante ella.

—Elen, me gustaría mucho poder hablar contigo.

—Como gustéis, alteza.

Ella empieza a subir las escaleras hacia el segundo piso. Yo lo hago detrás de ella y mi madre nos sigue. Agradezco su apoyo. Cuando llegamos al salón, mi

madre le ofrece asiento en el sofá y va a la cocina, de la que regresa al poco con un platito de pastas.

—Siento si la casa...

—Es perfecta, no se preocupe — contesta la reina a mi madre mientras esta toma asiento.

—Ha venido a hablar de Liam — deduzco.

—Sí. De vuestra relación.

—Sé lo que me vais a decir. — Sonrío con tristeza y mi madre me observa con cariño. Me sabe mal que se haya enterado así. Creo que a Liam y a mí se nos ha ido de las manos todo esto. El hecho de que la reina se haya tomado la molestia de venir a mi casa es prueba de ello—. Que nuestra relación no tiene

futuro.

La reina me mira en silencio. Por un momento, deajo de verla como a la reina y me parece más una madre preocupada por su hijo.

—Elen, nada me gustaría más que ver feliz a Liam..., pero su padre no dejará que hoy por hoy estéis juntos. Y sé que Liam renunciaría a todo por ti. Basta con ver esas fotos para darse cuenta de ello, porque nunca he visto a Liam mirar a nadie como te mira a ti. Él te quiere y tú a él. Sin embargo, no es suficiente. Al menos, no ahora.

Asiento.

—Yo nunca le pediría que renunciara a su reino por mí, forma parte de él. No me gusta que sea príncipe, me

gustaría que fuera un joven normal y corriente, pero no lo es...

—No, no lo es. Soy madre antes que reina, pero eso no me hace olvidar cuáles son las obligaciones de mi cargo.

—Soy consciente de que Liam es el único heredero.

—Lo intuía. —La reina me toma la mano y su calidez me reconforta—. Elen, eres muy lista y tendrás un futuro brillante, mejor que muchas de las amistades de las que se rodea mi marido. Sé que llegarás a ser alguien importante. Tal vez un día puedas ser digna de mi hijo a ojos del rey. Y tal vez un día estés preparada para lo que conlleva estar al lado de Liam. Pero antes debes volar por tu cuenta para

saber qué quieres de verdad en la vida.

—Pero no sabemos cuándo será eso.

—No, y si el reino corriera peligro...

—... Liam debería elegir esposa.

—Así es. Pero ahora, contigo cerca, él no piensa en su reino. Tú aún tienes una vida por delante, tienes que madurar y discernir si este reino es tu camino. Ya sé que Liam sí lo es, pero él no viene solo.

Tomo aire. La reina está poniendo palabras a lo que yo ya sabía. Me duele no estar preparada para ser reina al lado de Liam, pero no me veo con un cargo tan importante ahora mismo. Solo de pensarlo me asfixia.

—No pienso interponerme entre Liam y el cargo para el que ha nacido.  
—Mientras lo digo, noto como una lágrima rueda por mi mejilla, pero respiro hondo para que no caigan más  
—. Siempre supe que antes o después tendría que decirle adiós.

La reina pone una mano sobre la mía.

—Elen, tal vez con el tiempo...

—Eso no lo puede saber ni usted, ni nadie. Tal vez cuando yo esté preparada él se haya cansado de esperar... o haya tenido que casarse con otra.

—Lamentablemente, eso es algo que puede suceder.

—Solo prométame una cosa. —La

reina me observa intrigada—. Ayúdelo a elegir una buena reina. Alguien que lo quiera a él por encima de su título. Alguien... —Se me rompe la voz, pero tomo aire para que las palabras no se me queden rezagadas—. Alguien que lo haga feliz.

—Lo haré. No tengas duda.

La reina se despide de nosotras y, cuando se va, mi madre me mira y, sin necesidad de decir nada, me abraza y me consuela. Al poco llega mi padre y se une a nosotras.

—Niña, ¿por qué has ido a enamorarte de la única persona que no podías tener?

—Díselo a mi tonto corazón —le contesto a mi madre.

—Elen... Si vas a irte, debes hacerlo cuanto antes. Cuanto más tiempo pase, más te costará. Si vas a decirle adiós...

—Lo sé —contesto a mi madre.

Entro en mi cuarto y miro mis cosas.

—Me iré esta noche. Si me quedo unas horas más, Liam podría venir... y no creo que pueda decirle adiós si lo tengo delante. No puedo...

Me siento en la cama y trato de reunir fuerzas. Cojo la cadena que me regaló y la aprieto en mi palma. Mis padres entran detrás de mí y me ayudan a meter las cosas en la maleta.

—Me lo dio la reina para ti —dice mi padre tendiéndome un sobre.

Al abrir, veo fotos mías y de Liam juntos, cómo él me observaba en clase cuando creía que nadie se daba cuenta y cómo yo lo miraba disimuladamente. Pero alguien sí se estaba dando cuenta. Paso los dedos por su cara y tomo aire para poder seguir adelante.

—Nunca lo olvidaré.

—Tal vez con el tiempo...

Miro a mi padre pero no digo nada. Termino de hacer la maleta y mi padre va a preparar el coche. Había pensado ir a estudiar cerca de donde vive mi tía, la hermana de mi padre. Hasta ahora era algo que solo me rondaba la cabeza, no lo tenía muy claro. Ahora sé que es la decisión acertada.

—Esta noche dormiremos en un

hotel y mañana seguiremos el viaje. ¿Estás segura de que es lo que quieres? —Miro a mi padre sin saber qué decirle —. Lo siento, Elen.

Cuando mi madre saca la maleta, me quedo sola en mi cuarto y miro la cama donde hace tan poco tiempo fui amada por Liam. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y toco su pequeño rodillo y la bola de cristal. Ojalá todo hubiera sido diferente. Saco el móvil y marco su número por última vez. Respiro varias veces y espero que mi voz suene serena, no quiero que mis últimas palabras para él sean llorando. No quiero que su último recuerdo mío sea así. Pero mis ojos opinan otra cosa y cuando escucho su voz, una lágrima de

despedida se desliza por mi mejilla. Nunca podré olvidarlo. Nunca podré dejar de amarlo. Y sé que, a pesar de que mi corazón me ha hecho amar a un príncipe que no era para mí, no podía haber encontrado un hombre mejor a quien entregárselo.

## LIAM

Empiezo a conducir de vuelta a casa de Elen. No tengo claro qué haremos, pero no pienso aceptar el trono si no es con ella a mi lado. Mi padre al final tendrá que admitirlo.

Noto que el móvil me vibra. Al principio creo que lo que he sentido es el aire, pero cuando vuelvo a sentirlo, paro en el arcén y lo saco. Veo que es

Elen.

—¿Elen? —respondo preocupado de que me llame.

—Hola, Liam...

—Iba ahora hacia tu casa. Quiero hablar contigo.

—Yo... Liam, prométeme que pase lo que pase no dejarás tu reino.

Me tenso.

—¿A qué viene eso? Yo no quiero un reino si tú...

—Yo... Liam..., a veces lo que uno quiere no puede ser... yo nunca te pediría que renunciaras a tu reino por mí... y yo no estoy preparada...

—Elen, voy para tu casa. Es mejor que hablemos cara a cara.

—Nunca querré a nadie como a

ti..., nunca te olvidaré... —La voz de Elen se rompe.

—¡Elen!

Escucho que me cuelga y la llamo sin perder tiempo, pero ha apagado el móvil. Me subo en la moto y conduzco hacia la casa de Elen desesperado, sintiendo el peso de su adiós. Cuando aparco, llamo al timbre sin estar pendiente de si alguien me ve o no. Ya todo me da igual.

Al ver que nadie contesta, voy hacia la parte trasera, subo las escaleras de hierro, fuerzo la ventana y me cuelo en el interior. Todo está apagado. Voy hacia el cuarto de Elen y, cuando entro, me invade su perfume. Enciendo la luz, pero no hay nada de ella, el armario está

abierto y prácticamente vacío. Echo un vistazo más pausado por la estancia y veo su móvil sobre la cama. Lo cojo y me quedo mirándolo, con la confirmación de que, dondequiera que haya ido, ha decidido dejar el pasado atrás.

Me siento en la cama, con el móvil aún en la mano y un gran vacío en mi interior. Ella ha tomado la decisión por los dos. ¿Acaso no podía esperar? «¿Esperar a qué? —pregunta mi mente—. Ella siempre vio el final antes que tú.» ¿Y ahora qué? No lo sé. Me siento verdaderamente perdido y por primera vez me gustaría que alguien hubiera planeado esto en mi vida y que me dijera cuál es el siguiente paso que debo

dar para estar a su lado. Pero así es la vida, esa que siempre he anhelado vivir. Mi consuelo es que esta vez he decidido yo. Esta vez he amado a quien he querido, he sido feliz junto a quien he elegido y, pese al dolor que ahora siento por su partida, no me arrepiento de mi decisión, aunque en este momento no sepa hacia dónde tengo que ir... ¿Acaso nuestro destino siempre fue este? No, me niego a creer eso...

Llego a mi casa y, al entrar en mi cuarto, veo a mi padre sentado en una de mis sillas junto con mi madre.

—Ha llegado el momento de que aceptes tu papel como futuro rey, Liam—dice levantándose y mirándome con sus fríos ojos verdes—. Ya es hora de

que pienses como un príncipe.

—Y que olvide al hombre, ¿no?

Mi padre no dice nada, pero sé la respuesta. Sí. Ha llegado el momento de que sea su príncipe perfecto, alguien al que pueda moldear a su antojo... Alguien que olvide que por unos meses se sintió libre y amó con libertad.

# CAPÍTULO 20



*Siete años más tarde*

## ELEN

Bajo del coche y observo la nueva casa de mis padres. Siempre esperé que cuando tuvieran dinero se comprarían una mansión al lado de los que pensaban que nunca llegarían a nada, pero me sorprendió su elección y me agradó. Es una casa de tres plantas en tonos claros muy acogedora y con un cómodo balancín en la entrada; está a las afueras del pueblo, en el lado opuesto de la casa

de Robert. Ahora que he regresado, me gustaría también volver a verlos a todos.

Toco a la puerta. Mi madre sale a abrir y me abraza como si lleváramos años sin vernos.

—Solo hace dos meses que no nos vemos.

—¿Te parece poco?

Le doy un beso y dejo mi bolso en una mesa mientras miro a mi alrededor.

—¿Por qué no me dijiste que era así la casa?

—¿Y perdernos tu cara de sorpresa? —Mi padre baja las escaleras y me abraza—. ¿Cómo estás, pequeña?

—Bien.

Los miro. Me parece increíble haber regresado al pueblo después de

siete años. Desde que me fui no había vuelto a venir. Ni les he preguntado por él, ni por...

—¿Qué tal ha ido el viaje? — pregunta mi padre.

—Fenomenal. Soy una buena conductora.

—Ahora que vas a vivir aquí, me tienes que dejar conducirlo —dice mi padre mirando mi coche de alta gama aparcado en la puerta.

—Todo tuyo.

Me siento en el sofá y me quedo pensando qué decir, qué hacer... ¿Por dónde empezar tras siete años?

Desde aquella noche en que me marché precipitadamente no he vuelto la vista atrás. Solo he vivido para estudiar

y para demostrar a todos los que dudaron de que yo fuera lo suficientemente buena para Liam que sí lo era. Ahora mi sueldo puede competir con el de los padres adinerados de mis antiguos compañeros. He conseguido un nombre y una buena posición... pero, cuando lo tenía todo, me pregunté: «¿Y ahora qué?».

Me sentí vacía, ya no tenía más por lo que luchar. Ha pasado mucho tiempo desde que vi a Liam por última vez y, pese a ello, cada vez que miro nuestras fotos de jóvenes y pienso en él, siento que mi alma llora su ausencia. Al principio creí que moriría de dolor; luego aprendí a vivir con la pena, a reír, e incluso a ser feliz. Sin embargo, él

siempre ha estado presente en mi mente. Una parte de mí quería olvidarlo, seguir adelante..., y otra se negaba a decirle adiós para siempre.

—¿Qué quieres para comer?

—No tengo hambre. —Mi madre pone los brazos en jarras, esperando, y yo alzo los hombros—. Lo que hagas estará bien.

Ella asiente y se va a la cocina.

—Voy a ver qué tal va el negocio.

Mi padre me pide las llaves del coche y se va. Vendieron la heladería hace tiempo y ahora han abierto un restaurante. Mi padre disfruta haciendo sus comidas y elaborando sus helados, cada año más especiales. De hecho, ha alcanzado un gran renombre con ellos y

mucha gente viene de lejos para probarlos. Todos hemos conseguido superarnos: mis padres, yo... Y una vez más me pregunto: «¿Y ahora qué?». He madurado en este tiempo. Lejos ha quedado la joven que era con dieciocho años, ahora me siento más preparada para la vida, pero eso no me hace ver el camino que debo tomar. No obstante, en el fondo de mí espero que el camino al que hace años renuncié siga esperando por mí...

Me llevo la mano a la cabeza, cansada. Desde que acabé mi última titulación, no tengo claro qué es lo que voy a hacer con mi vida.

—¿Elen?

Me levanto y voy a la cocina.

—¿Te ayudo con la comida?

Empiezo a buscar las cosas, pero mi madre me pone una mano en el brazo.

—¿No crees que ya es hora de que me preguntes por él?

Siento una gran punzada en el corazón. No es la primera vez que pienso qué ha sido de Liam, pero siempre he evitado saberlo, informarme. Temía que si me enteraba de que se había casado y era inmensamente feliz, no encontraría fuerzas para seguir adelante. Una parte de mí siempre ha deseado que él me esperara... aunque nunca le pidiera que lo hiciera.

—Yo... —Miro a mi madre y asiento. Ya no soy la niña que le conoció; es hora de que acepte la verdad

— Di, ¿qué ha sido de él?

Mi madre me sonrío y sale de la cocina. La miro sin entender a dónde va y al poco vuelve con una enorme y pesada caja. La ayudo a ponerla en la mesa y la abro.

—En ella encontrarás las respuestas que buscas.

El corazón me late acelerado. Cuando la abro y veo que está llena de regalos sin abrir, de cartas, de CD y de fotos, se me humedecen los ojos.

Miro a mi madre sonriendo, cojo la caja y subo las escaleras hacia mi cuarto lo más rápida que puedo.

—Tu cuarto es la primera puerta a la derecha. Ahora te subo algo de comer.

—¡Gracias!

Entro y me dejo caer en la cama. ¿De verdad me ha esperado? ¿De verdad me espera?

Saco la primera de las cartas y veo la fecha. Es de poco después de irme. Cuando la leo, no puedo evitar llorar por la impotencia transmitida por Liam en cada línea. En ella me dice que cuando decidí irme se enfureció conmigo, y luego lo aceptó y supo lo que tenía que hacer y que por eso me enviaba esta primera carta.

En la segunda ya sabe que no quiero saber de él y acepta mi decisión. Me cuenta lo que ha hecho en sus viajes, lo que está aprendiendo, y hacia el final, dice: «A veces pienso si volverás en un

mes o si por el contrario serán años los que me esperen sin ti. A veces dudo de si un día estarás preparada para volver, y eso me aterra y hace la espera más amarga».

Veo la fecha y siento pena por el Liam joven, pues para mi regreso aún faltaban años. Sigo abriendo, apreciando en sus cartas su paulatina madurez. No sé las horas que me paso leyendo. Mi madre me ha subido una bandeja y yo he comido mientras seguía leyendo. Cuando llega la última, me inunda la tristeza y busco en la caja, esperando ver más. Hace dos años que no escribe cartas. Abro los regalos y veo que en la tarjeta la fecha también es de hace dos años. Me quedo paralizada,

todas mis esperanzas de que él estuviera esperándome se rompen. Me llevo la mano al estómago y me siento una vez más esa joven Elen que decidió irse porque no había futuro para nosotros. ¿Acaso no aprendí la lección entonces? ¿Acaso no vi cómo se destruía nuestro puente sin poder evitarlo?

Miro los regalos y las fotos que me fue mandando de los diferentes lugares a los que viajó. Dejo la caja a un lado y bajo a la cocina. Cuando entro me percato de que ya es de noche.

—Mamá..., ¿por qué dejó de mandarme cartas hace dos años?

—No lo sé... Elen, quise hablarte de él hace tiempo, pero él no quiso. No quería que dejaras tus estudios. Pero

cada vez que venía, su mirada se teñía de tristeza. Me partía el corazón. Pese a eso no dejaba que nadie lo viera, pero yo lo notaba. Han pasado siete años. ¿Qué esperanzas tenía de que volvieras algún día? Ni yo, que soy tu madre, sabía si un día regresarías y por fin te enfrentarías a él.

—Yo... Yo solo quería...

—Sé lo que querías. Pero hace dos años que podrías haber vuelto, que ya eras digna de entrar en su círculo social. Y además has madurado en este tiempo. ¿Qué te retenía?

Mi madre me tiende un par de cartas más. Al abrirlas, me encuentro con dos invitaciones a la fiesta del baile anual de los reyes. Esto demuestra que

hace dos años que estamos en el mismo mundo, que yo tenía la llave para estar juntos y no la utilicé.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Mi madre solo me mira, pero sé perfectamente lo que está pensando: cada vez que me hablaba de Liam, le colgaba.

—Debería haber vuelto, pero tenía miedo de no poder soportar verlo con otra.

—¿Y te dolerá menos ahora?

—No. Ahora sé que tenía la oportunidad de estar a su lado. ¡¡Dios, he sido tan tonta!! ¿Por qué no me lo dijiste?... Vale, ya lo sé —contesto al ver la cara de mi madre—. Ay, Dios. ¿Qué he hecho?

—Huir. Al principio era lo que tenías que hacer, pero después...

—Desde que supe quién era, me convencí de que no podíamos estar juntos.

—Y ese prejuicio te alejó de él.

—No pienso volver a huir.

Me levanto con las piernas temblándome y empiezo a subir las escaleras cuando la voz de mi madre me detiene.

—Elen. —Me giro. Tiene una de las invitaciones en la mano.

—Ya las he visto.

—Esta no.

Bajo y la cojo. Es una invitación para la fiesta de esta noche.

—¿Por eso insistías en que viniera

hoy?

—Sí. Tenía la esperanza de que quisieras ir al baile.

Cojo la invitación y miro a mi madre.

—No estoy preparada para verlo con otra, pese al tiempo que ha pasado...

—La cabeza alta y una gran sonrisa, Elen, demuestra quién eres. Al menos así podrás decirle adiós para siempre y seguir con tu vida.

—Quiero seguirla con él.

Mi madre me mira con tristeza. En el fondo creo que, aunque no quiera decírmelo, sabe la verdad, sabe que Liam se casó por obligación hace tiempo.

Respiro hondo y subo a mi cuarto. Abro la maleta y miro mi ropa, pero no tengo nada decente que ponerme. Al poco toca mi madre a la puerta y entra con un precioso vestido largo de seda plateado.

—¿Hoy eres mi hada madrina?

—Soy tu madre y, como madre, siempre voy por delante de los hijos para hacerlos felices. Y ahora, déjame que te ayude a arreglarte.

—Quiero que vengáis conmigo.

—Si es tu deseo, iremos. Venga, que la hora se nos echa encima y tengo que llamar a tu padre para decirle que sí vamos.

Cuando mi madre termina de arreglarme el pelo y me pongo el

vestido, me miro en el espejo. Mi mente evoca sin querer a la Elen de dieciocho años. No he cambiado mucho en este tiempo... o sí, según se mire. Mis rasgos se han definido y ya no queda nada en mi cara de esa redondez de la niñez. Sin embargo, el reflejo que me devuelve el espejo sigue siendo el de aquella joven asustada que se marchó de aquí sin saber qué iba a ser de su vida. Observo cómo brilla el colgante que me regaló Liam la noche del concierto. No me lo he quitado desde entonces.

—Elen, nosotros ya estamos listos.

Me vuelvo hacia mi padre: se ha puesto un traje y está muy elegante.

—No podría tener compañía mejor. Bajamos a mi coche y mi padre se

ofrece a conducir. Cuando pasamos por la heladería, me inundan un sinfín de recuerdos. Me dolió mucho cuando mis padres la vendieron. Nunca les pregunté a quién, pero es evidente que quien la compró no ha decidido reabrirla. ¡Vaya comprador más raro!

Recuerdo cuando vi a Liam por primera vez y cómo me sentí atraída por él desde el primer momento, y la última, que fue también allí. Nunca he olvidado nuestra última noche juntos.

Noto una lágrima caer por mi mejilla y me la seco sin que mis padres lo noten. He tardado demasiado en volver. El miedo no es un buen aliado y menos aún la falta de confianza, el no creermelo digna de ocupar un lugar al lado

de Liam como reina. Por culpa del miedo, podemos perder todo por lo que en la vida merece la pena luchar.

Cuando veo el palacio a lo lejos, el estómago se me encoge y me llevo las manos a él para ser fuerte. «Si entro y lo veo con otra, le sonreiré y de una vez por todas le diré adiós..., yo puedo hacerlo...»

Trago el nudo que siento en la garganta y sigo mirando al frente. Llegamos a la puerta del palacio y un aparcacoches le abre la puerta a mi padre. Mi madre sale ayudada por un sirviente y otro me abre la puerta a mí, que salgo temiendo que los pies no me sostengan. Por suerte sí lo hacen y camino con paso firme junto a mis

padres. Ya en la puerta, tiendo la invitación y nos dejan pasar.

Cruzar esa puerta es para mí como romper el último de mis prejuicios, pues ahora que estoy aquí, que soy parte de este mundo, no me siento mejor ni peor. Sigo siendo yo, nada ha cambiado. Respiro hondo y camino tras mis padres siguiendo a la comitiva. Lo observo todo con curiosidad y me imagino a un joven Liam corriendo por estas escaleras, y también a un Liam adulto bajando por ellas y enfrentándose día a día al mundo. Un mundo que en ocasiones cree que por ser príncipe ya lo tienes todo.

—¿Elen? —Miro a mi madre—.  
¿Estás lista?

—Sí. Estoy lista para lo que acontezca, sea lo que sea.

Llegamos al gran salón. A lo lejos, veo a la gente parada saludando a alguien. Me adentro en la sala y busco a Liam con la mirada, desesperada por encontrarlo, por reconocerlo.

Entonces, frente a mí, veo a alguien alto con el pelo rubio. El corazón me deja de latir y más cuando la persona a la que está saludando se aparta y puedo ver el amado rostro de Liam. Está aquí... Me quedo observando cómo los años han realzado su belleza y veo ante mí al hombre en quien se ha convertido. Está incluso más guapo de lo que recordaba. Sonríe a algo que le dicen, por lo que puedo ver su hoyuelo y su

dentadura perfecta.

—Elen, vamos.

Mi madre me tira del brazo y yo camino mirando hacia Liam, temiendo el momento en que descubra quién está a su lado. Cuando la gente se mueve, veo a su derecha a una mujer saludando a alguien, y me quedo quieta una vez más. «Debe de ser ella», pienso, pero cuando la reconozco, agrando los ojos. «No puede ser..., no puede ser que acabara con Roberta.» Me giro y veo sobre mi hombro la puerta del gran salón, al fondo. Pensaba que estaba preparada para esto, pero me equivoqué.

—Elen, la cabeza bien alta y el paso firme.

Miro a mi padre, asiento y sigo

caminando cogida de su brazo, con los ojos clavados en Liam, pero esta vez ha desaparecido de ellos la alegría por verlo. Miro una vez más a Roberta: alguien le dice algo y ella pone cara molesta. No ha cambiado mucho con los años. Estamos casi llegando a donde está Liam cuando un hombre bastante mayor coge a Roberta del brazo y se la lleva de allí.

—No se casó con ella... —  
murmuro estupefacta.

—¿Con quién? —Mi madre sigue mi mirada y sonrío—. ¿Con Roberta? No, ella al ver que no tenía nada que hacer con él, pescó a un hombre mayor usando sus tretas. Su marido es un conde. Esa niña nunca tuvo mucha

sesera y lo que más le interesó siempre fue su posición.

Los veo alejarse hacia el salón donde intuyo se celebrará el baile y sigo andado. Cuando quedan pocos metros, observo a Liam saludar a una señora mayor. De pronto, noto que alguien me mira y, al girarme, me topo con los ojos de la madre de Liam puestos en mí. La reina, tras un instante de evaluación, me sonríe y le dice algo a Liam al oído. Lo miro sabiendo que en cualquier momento girará la cabeza y mis ojos volverán a encontrarse con los suyos, después de tanto tiempo... Y el momento no se hace esperar. Liam se gira y sus increíbles ojos verdes se clavan en los míos. La seriedad con la

que me observan me hace detenerme, pero solo hasta que pienso: «Nunca más». Doy un paso hacia delante y le demuestro, a él y a mí, que he venido aquí a luchar por él, y no pienso irme hasta que me escuche. Que ya no soy esa niña asustada que no podía aceptarlo todo de él.

—Ah, Elen —me comenta mi madre muy flojito—, ya recuerdo qué ha pasado con las cartas de estos dos últimos años. Están en tu armario..., no sé por qué no te lo dije antes.

Aparto los ojos de Liam un segundo y me vuelvo hacia mi madre, que me mira sonriente. Quería que yo estuviera aquí porque había decidido luchar por Liam, pasara lo que pasase.

Me ha dado una lección, y me la merecía.

Aparto la mirada de ella y doy otro paso hacia él. Por fin, Liam cambia su expresión seria por una sonrisa, y de pronto es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo y me estuviera sonriendo como lo hacía siempre. Le sonrío también mientras él deja su puesto y viene hacia mí. Mis pies, que casi no me sostienen, se acercan a él y cuando nos encontramos, nos fundimos en un abrazo sin saber muy bien quién de los dos lo ha comenzado. Lo abrazo como si no hubiera pasado el tiempo, y a su vez como si el tiempo pasado hubiera sido eterno. Absorbo su aroma, su fuerza, su cercanía. Ríe entre lágrimas.

Me da miedo separarme y descubrir que todo esto no es más que un sueño.

—Liam...

—Te estaba esperando —dice él separándose un poco.

—Estoy aquí. Y he venido para quedarme.

Liam sonríe y baja la cabeza. Cuando recibo sus labios, me olvido de que estamos rodeados de un montón de gente que no han dejado de chismorrear desde que nos hemos abrazado, y solo pienso en lo mucho que he echado de menos sus besos y en que, por primera vez, me da igual quién nos mire. Siento el calor de sus labios y su calidez y me pierdo en ellos.

—Liam. —Liam se tensa y se

separa, pero pone su mano en mi cintura —. Me parece muy bien que le des la bienvenida, pero creo que deberías presentárnosla a los demás —le comenta el rey al oído.

—Sí, creo que ya es hora. Llevo siete años esperándola. —Y dicho esto Liam mira hacia los que nos rodean y toma mi mano para presentarme—. Os presento a Elen Blake, mi futura esposa.

Me sonrojo. Oigo como la gente contiene el aliento un segundo y luego acaban por asentir mostrando su conformidad.

—Deberías ir acostumbrándote a ser mi esposa —me dice Liam sonriente al oído mientras me lleva a saludar a su madre.

—Y tú deberías habérmelo pedido —le digo entre dientes pero nada enfadada.

—¿Y arriesgarme a que me digas que no? No, Elen, ahora que has vuelto, no pienso dejarte marchar nunca.

—Ni yo quiero que lo hagas.

Camino hacia su madre mientras comienzo a mentalizarme del cambio que dará mi vida. Pero al mirar hacia mi derecha y ver a Liam, sé que aunque tenga miedo no es un camino que vaya a hacer sola. Lo haremos juntos, pues juntos hemos demostrado que a veces entre un mundo y otro acaban formándose puentes sólidos que prueban que tu mundo, al fin y al cabo, está donde reside tu corazón. Pues el amor es

libre y no elige a quién amar, ni cuándo.  
Y el mío eligió volar hasta posarse al  
lado de mi príncipe, pues es donde se  
halla mi verdadero hogar.

# EPÍLOGO



## ELEN

Me levanto del pecho de Liam. Cuando terminó la fiesta dijo a sus padres que me acompañaba a casa, pero en realidad subimos a su cuarto por el pasadizo. Una vez solos, nuestra pasión contenida tanto tiempo se desató y a esta siguieron los besos y los mimos. El sueño no se ha apoderado de mí todavía, pues no puedo dejar de mirarlo, de tocarlo, de sentirlo a mi lado para tener la certeza de que es real. He soñado

tantas veces con este momento, que me parece increíble que de verdad esté pasando.

—¿No piensas dormir?

Me sobresalto al escuchar la voz de Liam y veo que tiene los ojos abiertos y me está mirando. La luz de la luna llena que se cuelga por la ventana da cierta claridad a la habitación y me permite observar sus rasgos.

—No puedo.

Liam me sonrío y se levanta para besarme.

—¿Qué ha sido de tu vida este tiempo? Sé por tus padres que estabas bien y que te iban bien los estudios, pero no sé qué hacías cuando no estudiabas.

—Me pasaba mucho tiempo

estudiando o trabajando... o con Matthew.

—¿Matthew? —Liam se incorpora y frunce el ceño. Yo no puedo evitar reírme.

—Liam, Matty solo tiene cuatro años. Es el hijo de una buena amiga, Becca. Gracias a ellos este tiempo ha sido menos duro.

Liam se relaja. Pienso en Becca. Para mí ha sido como la hermana pequeña que nunca tuve y Matthew, mi sobrino.

—Me alegra saber que en este tiempo no has estado sola.

—Los dos primeros años sí, solo me dedicaba a estudiar y estudiar... Luego me independicé, pues mi tía

siempre se sentía mal porque no tuviera vida más allá de los estudios. No me gustaba verla triste y me era difícil hacerle entender que yo necesitaba meterme en mis libros para no pensar en nada más.

No le digo «en ti», pero Liam me aprieta la mano con cariño entendiéndome perfectamente, como siempre.

—Conocí a Becca cuando estaba a punto de dar a luz. Era solo una chica asustada de dieciséis años. No pude alejarme de ella cuando llegamos al hospital, y menos cuando me dijo que no tenía a nadie. Desde ese instante algo nos unió. La ayudé con los cuidados del pequeño y eso hizo que los días pasaran

más rápidos. Cuando no tenía que estudiar, estaba con ellos.

—Se nota que les tienes mucho cariño.

—Sí. Lo malo es que Becca no está pasando por un buen momento.

—Les ayudaremos. Me gustaría mucho conocerlos.

—Matty te encantará. Habla por los codos y siempre dice lo que piensa. Si tienes un secreto, nunca lo digas delante de él, porque si no, se enterará todo el mundo.

Liam se ríe y yo lo abrazo.

—Me gustaría tener pronto un hijo... —Liam se queda callado y yo me incorporo para mirarlo—. Bueno, tal vez tú no... Liam, no sé cómo van estas

cosas de palacio...

Liam no me deja hablar. Me besa con pasión y con sus gestos y caricias me dice lo que él piensa. No tardamos mucho en fundirnos en un solo cuerpo. Cuando el acto culmina, sé su respuesta y los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo dejar de soñar con un pequeño idéntico a Liam correteando a nuestro alrededor.

¿Será todo esto un sueño?

\* \* \*

No sé qué hora es cuando alguien aporrea la puerta.

—¿Quién demonios será? —Liam mira el despertador de la mesilla: son cerca de las nueve de la mañana.

—Más vale que os tapéis. Pienso entrar.

La puerta se abre un segundo después, por lo que yo me meto deprisa bajo las mantas y Liam maldice.

—¿Se puede saber qué haces aquí?  
—pregunta Liam enfadado a su padre.

—Es tarde y tenemos muchas cosas que hacer. Hay que prepararla para su cargo y, por si esta noche me habéis dado nietos, no podemos retrasar mucho la boda.

—¡No tienes derecho a entrar así!

—Sí que lo tengo, este es mi castillo. ¿O acaso esperabas que no supiera que estabais juntos? Yo también he sido joven, Liam, y este cuarto antes era el mío. Os espero abajo dentro de

media hora. Ah, y no te preocupes, Elen, he mandado que te traigan algo de ropa. Ahora te la suben.

Y sin más, se va. Me dejo caer en la almohada, roja como un tomate. Liam rompe a reír y se levanta de la cama como si nada.

—Vamos, Elen, tenemos que prepararte para ser reina.

—... Y la realidad llegó en forma de rey. Esta parte no me gusta...

—Sé que puedes lograrlo.

—Tienes más confianza en mí de la que yo puedo siquiera imaginar.

—Estaré a tu lado.

Observo a Liam radiante de felicidad y solo por eso salgo de la cama, dispuesta a enfrentarme a una vida

que nunca soñé y mucho menos deseé.

\* \* \*

Llevo una semana aquí y no me siento más preparada para ser reina que cuando llegué. La prensa no me deja ni a sol ni a sombra: controlan todo lo que hago y mi ropa es estudiada y cuestionada en varias revistas. El lado bueno es que el restaurante de mi padre ha tenido más publicidad y están pensando en ampliarlo.

Si soy fuerte, sé que lo conseguiré. Es como si ahora estuviera estudiando la carrera de cómo ser una perfecta reina... pero también sé que, si no estuviera al lado de Liam, ya habría abandonado. Él hace que todo el

esfuerzo merezca la pena. Las noches son para nosotros, casi no dormimos. Tenemos muchas cosas que decirnos y que planificar. Nuestro compromiso ya es oficial y anoche dieron una fiesta de compromiso íntima para los más allegados... y la prensa, por supuesto.

Abro la heladería y me adentro en ella. Ahora sé quién es el dueño: yo. Liam la compró para mí cuando mis padres decidieron venderla; sabía que yo no querría que nadie más la tuviera. Me conoce mejor incluso que yo misma.

Paseo la mirada por las mesas, todas cubiertas con sábanas. Parece mentira que hace unos años esto estuviera lleno de gente. Por un lado, siento como si el tiempo hubiera

transcurrido muy rápido, pero por otro, ha pasado inmensamente lento.

A mi mente acude la imagen de cómo conocí a Liam y sonrío por el recuerdo.

—¿Está todo a tu gusto?

Me sobresalto, pues no esperaba que Liam me hubiera seguido.

—Me has asustado.

—Pobre. Y tú, sin tu rodillo de pizza a mano.

Lo miro divertida por encima del hombro y me apoyo en su pecho cuando él me abraza por detrás.

—¿Sigues arrepintiéndote de haberme conocido aquel día?

—No —le respondo—. En verdad, nunca lo hice. Solo trataba de ser

realista. Creía que así me dolería menos decirte adiós.

—Intentando que la razón se antepusiera a todo lo demás.

—Sí. Pero he descubierto que hay fuerzas ajenas a la razón que mueven el mundo, y más poderosas.

—Y que lo digas.

Miro una vez más el local. Es como si pasado y presente se fundieran en uno solo, y siento que por fin todas las piezas del puzle encajan, que poco a poco se va cerrando el círculo de mi vida. En este mundo todo sucede por una razón. Nuestros actos, nuestras decisiones, nos conducen irremediabilmente hacia nuestro destino. Liam podía haber elegido no

entrar aquí para huir de los del pueblo, o mis padres podían haber decidido no salir ese día..., pero sucedió así porque así tenía que suceder. Nuestro destino siempre fue estar juntos. Y superar juntos estos baches. Ahora sé que la única que veía una gran diferencia entre su mundo y el mío era yo, pues hasta el destino supo verlo hace siete años, antes que nosotros.

Lo importante no es el tiempo que tardemos en darnos cuenta de hacia dónde nos dirigimos, sino que un día, más tarde o más pronto, sepamos verlo y aceptarlo. Sepamos amarrarnos con fuerza a lo que nos toca vivir, y vivirlo, no vaya a ser que se nos escape por segunda vez.

—¿Preparada para regresar a palacio?

—Qué remedio.

Liam se ríe y yo me alzo para besarlo. En verdad no me asusta tanto el hecho de ser reina; me asustaba no estar a la altura, pero he descubierto que solo tengo que representar un papel y guardarme mi verdadero yo para las personas que quiero. Esas a quienes no les importa si yo no soy perfecta.

—Vamos, nos están esperando.

—Estoy lista.

Y esa es la verdad. El miedo sigue estando, pero he aprendido que, haga lo que haga, siempre habrá miedo en mi vida, pues cuando amas temes perderlo todo y, cuando no amas, temes no llegar

a amar nunca. Vayas donde vayas y hagas lo que hagas, el miedo estará contigo, dentro de ti. Por eso hay que aprender a caminar hacia delante, aunque las piernas nos tiemblen ante lo desconocido.

A mí no se me preparó para ser reina, pero sí para amar. Y eso es lo que hago ahora: amo a Liam y a lo que es. Amo al príncipe Liam. Mi Liam.

## **LIAM**

Observo a Elen decidida a regresar a palacio. Hay firmeza en su mirada y una seguridad que nunca vi cuando la conocí. Si hace siete años la hubiera retenido a mi lado, la hubiera acabado perdiendo. Las personas son libres y

retenerlas solo hace que acaben deseando escapar; eso es algo que yo sé muy bien. Lo difícil ha sido esperar a que ella se diera cuenta de que su lugar estaba a mi lado. Ahora está aquí, conmigo, y casi no puedo creerlo. Y me asombra ver en sus ojos esa fiel determinación a que esto funcione. Nunca hubo un puente entre su mundo y el mío, pues nuestros mundos siempre estuvieron unidos. Nosotros éramos los únicos que no supimos ver que, cuando el corazón ama, las barreras dejan de existir. Tal vez el amor no siempre sea suficiente, pero sí te da la fuerza para luchar por lo que quieres.

—¿Vamos? —me pregunta Elen observándome con sus increíbles ojos

grises.

—Sí. —Pero en vez de tirar de ella hacia el castillo, la llevo hasta el que fue su cuarto.

Un cuarto que está tal como ella lo dejó y donde he pasado horas interminables queriendo estar cerca de ella.

—Me siento como esa jovencita de dieciocho años que creía que hacía algo prohibido al dejarte entrar en su cuarto a altas horas de la noche.

—Te prometo que si tratas de seducirme, no me pienso negar.

Sonríe feliz y alza sus manos a mi camisa. En su mirada hay una picardía que no tenía la Elen niña y que me fascina. Tal vez en algunas cosas

hayamos cambiado, pero lo esencial sigue ahí, porque no tarda en aparecer el rubor en sus mejillas cuando me quita el último botón, dejando expuesto mi pecho desnudo. Llevo las manos a la cremallera de su vestido y se lo quito de una vez dejando que caiga al suelo. No me canso de mirarla. De admirar su cuerpo, su belleza. De amarla sin prisas, sin miedo. De decirle con mis manos y mis labios cuánto la amo. No me canso de buscarla por las noches para abrazarla y saber que no es un sueño, que por fin está a mi lado.

La beso y la alzo para que me rodee con sus piernas. El beso cada vez se torna más intenso y nos dejamos caer en la pequeña cama, que cruje bajo

nuestro peso. Elen se ríe feliz y atrapo su sonrisa entre mis labios al tiempo que la despojo de todo rastro de ropa. Me separo lo justo para quitarme la mía y me adentro en ella con una certera estocada. Me quedo quieto. Mis ojos verdes se funden con su mirada plateada, en la que veo cuánto me ama. Y cómo el tiempo no ha sido capaz de apagar ese amor. La hago mía mientras me veo a mí mismo como aquel joven que tenía miedo a perderla y como este hombre que no dudaría en ir al infierno para traerla de nuevo a mi lado, pues no soportaría dejarla marchar una vez más en esta vida. No soportaría una vez más el tormento de no tenerla.

Estallamos juntos y rezo para que

pronto anide en ella un pequeño con su mirada plateada y ese pelo cobrizo que tanto me gusta.

Acuno su cara entre mis manos y le digo algo que es cierto desde el instante que nuestras vidas se cruzaron:

—Mi destino eres tú.

—Ahora sé que mi error no fue amar al príncipe, sino no saber ver desde el principio que nunca amé al príncipe, que siempre amé al hombre. Siempre te amé a ti y acepté lo que eras.

—Siempre lo he sabido. No me equivoqué contigo.

Elen me sonríe y me besa. Le devuelvo el beso dando gracias al destino porque un día la pusiera en mi camino. Porque un día apareciera en mi

vida decidida a defender lo que era suyo, pues no podría compartir mi vida con nadie mejor, nadie como ella para luchar por lo nuestro, sin que nada ni nadie nos diga cómo debemos vivir nuestra vida. Porque a su lado, antes que príncipe, soy solo un hombre enamorado que es libre para demostrarle el amor que siento por ella. Porque al fin a su lado he encontrado la libertad que tanto he ansiado en mi vida. El amor me ha hecho un hombre libre.

# AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago

cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de teneros a mi lado y de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo

de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

### **Libros publicados en papel:**

- **El círculo perfecto** ( Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** ( Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi

Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «[teregalounlibro.com](http://teregalounlibro.com)» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y Itunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

**Más sobre ella:**

<http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

*«La única batalla que se pierde es la que se abandona»*

Y ella no piensa abandonar su sueño.

# Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi Error». Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

## Volumen II

*Mi error fue buscarte en otros brazos.*

*Parte I (02/02/16)*

*Mi error fue buscarte en otros brazos.*

*Parte II (16/02/16)*

## Volumen III

*Mi error fue confiar en ti. Parte I*

*(01/03/16)*

*Mi error fue confiar en ti. Parte II*

*(15/03/16)*

## Volumen IV

*Mi error fue enamorarme del novio de  
mi hermana. Parte I (05/04/16)*

*Mi error fue enamorarme del novio de  
mi hermana. Parte II (12/04/16)*

Volumen V

*Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)*

*Mi error fue amarte. Parte II  
(17/05/16)*

Volumen VI

*Mi error fue creer en cuentos de hadas.  
Parte I (07/06/16)*

*Mi error fue creer en cuentos de hadas.  
Parte II (21/06/16)*

Serie «Mi error»

*Mi error fue amar al príncipe*

*Parte II*

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita

reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con Cedro a través de la  
web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por  
teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04  
47.

© del diseño de la portada, Click  
Ediciones / Área Editorial Grupo  
Planeta

© de la imagen de la portada, Sivilla /  
Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034

Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico  
(epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-08-14990-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A.  
Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

*[Ella es tu destino](#)*

Megan Maxwell

*[Heaven. El hilo rojo del destino](#)*

Lucía Arca

*La suerte de encontrarte*

Helena Nieto

*Mariposas en tu estómago (primera entrega)*

Natalie Convers

*La chica de los ojos turquesa*

Jonaira Campagnuolo

*Mis alas por un beso*

Marta Conejo

*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*

Alexandra Roma

*Una canción bajo las estrellas*

Laura Morales

*Viaje hacia tu corazón*

Moruena Estríngana

*Suki Desu. Te quiero*

Kayla Leiz

*Tú eres mi vez*

Judith Priay